

Obras Escogidas



Karl Marx

1818-1883

F. Engels

1820-1895

Carlos Marx y Federico Engels

*

Federico Engels

La guerra de los campesinos en Alemania

Edicions internacionals Sedov



Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels

Edicions internacionals Sedov



Valencia, septiembre de 2021

germinal_1917@yahoo.es

Redactado en el verano de 1850 y publicado por primera vez en los números 5 y 6 de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, Hamburgo, 1850; con segunda y tercera edición en 1870 y 1875, a las que se corresponde el prefacio. Usamos la versión al castellano de Leandro Martínez de 1931 y en *Estudios marxistas* de Barcelona.

Índice

Prefacio a la segunda y tercera ediciones en alemán, de 1870 y 1875	4
I La situación económica y la estructura social de Alemania	15
II Los grandes grupos de la oposición y sus ideologías. Lutero y Münzer	22
III Los movimientos precursores de la gran guerra campesina entre 1476 y 1517	33
IV La sublevación de la nobleza	42
V La guerra de los campesinos en Suabia y Franconia	45
VI La guerra de los campesinos en Turingia, Alsacia y Austria	61
VII Las consecuencias de la guerra de los campesinos	67

También el pueblo alemán tiene su tradición revolucionaria. Hubo un tiempo en el que Alemania producía hombres que se pueden comparar con los mejores revolucionarios de otros países, en el que el pueblo alemán mostraba una perseverancia y energía que en una nación centralizada hubieran dado los resultados más grandiosos. Entonces los campesinos y plebeyos alemanes acariciaban proyectos que tantas veces causaron espanto a sus descendientes.

Frente al cansancio momentáneo que casi en todas partes se manifiesta al cabo de dos años de lucha es oportuno presentar de nuevo al pueblo alemán las figuras recias, fuertes y tenaces de la gran guerra campesina.

Transcurrieron tres siglos y han cambiado muchas cosas; sin embargo, la guerra de los campesinos no se halla tan lejos de nuestras luchas actuales y muchas veces tenemos que combatir a los mismos adversarios de entonces. Las propias clases y fracciones de clases que traicionaron el movimiento de 1848 y 1849 son las que encontramos como traidoras en 1875 aunque en una etapa inferior de su desarrollo y si en el movimiento de los últimos años el vandalismo vigoroso de la guerra campesina no se manifestó más que en algunos sitios del Odenwald, de la Selva Negra y de Silesia, no es precisamente patrimonio de la insurrección moderna.

Prefacio a la segunda y tercera ediciones en alemán, de 1870 y 1875

La presente obra fue escrita en Londres, durante el verano de 1850, bajo la impresión directa de la contrarrevolución que acababa de consumarse; apareció en los números 5 y 6 de la *Nueva Gaceta del Rin*, Revista de Política y Economía dirigida por Carlos Marx, Hamburgo, 1850. Mis correligionarios de Alemania me piden su reedición, y atiendo a su deseo ya que, con gran sentimiento mío, la obra no ha perdido aún actualidad.

La obra no pretende dar un material nuevo, fruto de mis propias investigaciones. Por el contrario, todo el material que se refiere a las insurrecciones campesinas y a Tomás Münzer ha sido tomado de Zimmermann. A pesar de sus lagunas, el libro de este autor constituye la mejor recopilación de datos aparecida hasta la fecha. Además, el viejo Zimmermann trata la materia con mucho cariño. El mismo instinto revolucionario que le obliga a lo largo de todo el libro a erigirse en campeón de las clases oprimidas, le convierte más tarde en uno de los mejores representantes de la extrema izquierda de Fráncfort. Bien es verdad, que sus puntos de vista ya resultan hoy día algo anticuados.

Y a pesar de que a la exposición que nos ofrece Zimmermann le falta cohesión interna; de que no logra presentarnos las cuestiones religiosas y políticas que se debatían en aquella época como un reflejo de la lucha de clases del momento; de que no ve en esa lucha de clases más que opresores y oprimidos, malos y buenos, con el triunfo final de los malos; de que su comprensión de las relaciones sociales que determinan el origen y el desenlace de la lucha es muy incompleta, todo esto no son más que defectos propios de la época en que apareció el libro¹. Por el contrario, en medio de las obras históricas idealistas alemanas de aquellos tiempos, el libro constituye una excepción digna de elogio y está escrito de un modo muy realista.

En mi exposición, en la que me limito a describir a grandes rasgos el curso histórico de la lucha, trato de explicar el origen de la guerra campesina, la posición ocupada por los diferentes partidos que intervenían en ella, las teorías políticas y religiosas con que estos partidos procuraban explicarse ellos mismos su posición y, por último, el propio desenlace de la lucha como una consecuencia necesaria de las condiciones históricas de la vida social de estas clases en aquella época. En otros términos, trato de demostrar que el régimen político de Alemania de aquellos tiempos, las sublevaciones contra este régimen y las teorías políticas y religiosas de la época no eran la causa, sino la consecuencia del grado de desarrollo en que se encontraban entonces en Alemania la agricultura, la industria, las vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas, el comercio y la circulación del dinero. Esta concepción de la historia (la única concepción materialista) no ha sido creada por mí, sino que pertenece a Marx y forma

¹ La primera edición de los tres tomos de la *Historia de la gran guerra campesina* de W. Zimmermann apareció en 1841-1843. (N. del Red.)

asimismo la base de sus trabajos sobre la revolución francesa de 1848-1849, publicados en la misma revista, y de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*².

El paralelo entre la revolución alemana de 1525 y la revolución de 1848-1849 saltaba demasiado a la vista para que yo pudiese renunciar por completo a él. Sin embargo, al lado de la semejanza en el curso general de los acontecimientos, cuando tanto en un caso como en otro el mismo ejército de un príncipe iba aplastando una tras otra las diversas insurrecciones locales, y a pesar de la semejanza, muchas veces cómica, que presenta la conducta observada en ambos casos por los vecinos de la ciudad, la diferencia entre ambas revoluciones es clara y patente.

“¿Quiénes se aprovecharon de la revolución de 1525? *Los príncipes*.

¿Quiénes se aprovecharon de la revolución de 1848? *Los grandes monarcas*. Austria y Prusia. Detrás de los pequeños príncipes de 1525 estaban los pequeños villanos, a quienes aquéllos estaban atados por los impuestos; detrás de los grandes soberanos de 1850, detrás de Austria y Prusia está, sometiéndolas rápidamente por medio de la deuda pública, la gran burguesía moderna. Y detrás de la gran burguesía está el proletariado.”

Por desgracia, debo decir que con esta afirmación hice demasiado honor a la burguesía alemana, la cual tanto en Austria como en Prusia había tenido la ocasión de “someter rápidamente” la monarquía “a través de la deuda pública” pero que nunca ni en ninguna parte aprovechó esta oportunidad.

Como consecuencia de la guerra de 1866, Austria cayó como un regalo en manos de la burguesía. Pero ésta no sabe dominar, es impotente e incapaz de hacer nada. Lo único que sabe hacer es vomitar furia contra los obreros en cuanto éstos se ponen en movimiento. Y si sigue empuñando el timón del poder, es únicamente porque los *húngaros* la necesitan.

¿Y en Prusia? Ciertamente es que la deuda pública ha subido vertiginosamente, que el déficit es un fenómeno crónico, que los gastos del estado crecen de año en año, que la burguesía tiene la mayoría en la dieta, que sin su consentimiento no se pueden elevar los impuestos ni contratar empréstitos, pero, ¿dónde está, a pesar de todo, su poder sobre el estado? Apenas hace unos cuantos meses, cuando el estado se hallaba otra vez en déficit, la posición de la burguesía era de lo más ventajosa. De haber mostrado tan sólo *un poco* de firmeza hubiese podido lograr grandes concesiones. Pero, ¿qué hizo? Consideró como una concesión suficiente el que el gobierno le *permitiese* poner a sus pies cerca de nueve millones, y no por un solo año, sino como aportación *anual* para todos los años futuros.

No quiero fustigar a los pobres nacional-liberales de la dieta más de lo que se merecen. Yo sé que han sido abandonados por los que están detrás de ellos, por la masa de la burguesía. Esta masa no *quiere* gobernar. Los recuerdos de 1848 están demasiado frescos en su memoria.

Más adelante diremos por qué la burguesía alemana manifiesta tanta cobardía.

La afirmación que hemos hecho más arriba se confirma plenamente en otros aspectos. Como vemos, a partir de 1850, los pequeños estados van pasando más y más decididamente a segundo plano, y ya no sirven más que de palancas para las intrigas prusianas y austriacas. La lucha entre Austria y Prusia por la hegemonía es cada vez más encarnizada, y, finalmente, en 1866, llega la solución violenta, por la que Austria conserva sus propias provincias. Prusia sojuzga directa o indirectamente todo el norte, mientras que los tres Estados Suroccidentales quedan por el momento de puertas afuera.

En toda esta representación pública, lo único que tiene importancia para la clase obrera alemana es lo siguiente:

² Ambas obras, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* y *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, de próxima edición en estas Obras Escogidas. EIS.

En primer lugar, que, gracias al sufragio universal, los obreros obtuvieron la posibilidad de estar directamente representados en la Asamblea Legislativa.

En segundo lugar, que Prusia dio un buen ejemplo al tragarse otras tres coronas por la gracia de Dios. Ni siquiera los nacional-liberales creen ahora que *después* de esta operación Prusia conserva aún aquella inmaculada corona por la gracia de Dios que se atribuía antes.

En tercer lugar, que en Alemania no existe más que *un* adversario serio de la revolución: el gobierno prusiano.

Y, en cuarto lugar, que los germano-austriacos deben plantearse y decidir de una vez para siempre qué es lo que quieren ser: alemanes o austriacos; qué es lo que prefieren: Alemania o sus apéndices extra-alemanes transleitanos. Era evidente desde hacía tiempo que debían renunciar a una o a los otros, pero este hecho siempre había sido velado por la democracia pequeñoburguesa.

Por lo que respecta a las demás cuestiones importantes en litigio y relacionadas con 1866, cuestiones discutidas desde entonces hasta la saciedad entre los nacional-liberales y el “partido del pueblo”, la historia de los años siguientes demostró palmariamente que estos puntos de vista habían combatido entre sí con tanta violencia únicamente por representar los dos polos opuestos de una misma mediocridad.

El año 1866 no modificó casi nada las condiciones sociales de Alemania. Las escasas reformas burguesas (el sistema único de pesas y medidas, la libertad de residencia, la libertad de industria, etc.), todas ellas limitadas a los marcos señalados por la burocracia, no llegan aún a lo alcanzado desde hace tiempo por la burguesía de los otros países de la Europa occidental y dejan en pie el mal principal: el sistema de tutela burocrática. Por lo demás, para el proletariado la práctica policíaca al uso hizo completamente ilusorias todas esas leyes sobre la libertad de residencia, el derecho de ciudadanía, la supresión de los pasaportes, etc.

Mucha mayor importancia que toda esta representación pública de 1866 fue la que tuvo el desarrollo que a partir de 1848 adquieren en Alemania la industria, el comercio, los ferrocarriles, el telégrafo y la navegación transoceánica. Por mucho que estos éxitos quedasen a la zaga de los logrados durante ese mismo tiempo por Inglaterra e incluso por Francia, no tenían, sin embargo, precedentes en la historia de Alemania, y dieron a este país en veinte años mucho más de lo que antes le había dado un siglo entero. Ahora es cuando Alemania se incorpora resuelta y decididamente al *comercio mundial*. Multiplíquense rápidamente los capitales de los industriales y sube en consonancia la posición social de la burguesía. El síntoma más seguro de la prosperidad industrial, la *especulación*, florece esplendorosamente y encadena a condes y duques a su carro triunfal. Ahora, el capital alemán (¡que la tierra le sea leve!) está construyendo ferrocarriles en Rusia y en Rumania, mientras que hace tan sólo quince años los ferrocarriles alemanes tenían que implorar la ayuda de los empresarios ingleses. ¿Cómo ha podido ocurrir, pues, que la burguesía no haya conquistado también el poder político, que su conducta frente al gobierno sea tan pusilánime?

La desgracia de la burguesía alemana consiste en que, siguiendo la costumbre favorita alemana, llega demasiado tarde. Su florecimiento ha coincidido con el período en que la burguesía de los otros países de la Europa occidental se halla políticamente en declive. En Inglaterra, la burguesía no ha podido llevar a su verdadero representante Bright al gobierno más que ampliando el derecho electoral, medida que por sus consecuencias debe poner fin a toda la dominación burguesa. En Francia, donde la burguesía como tal, como clase, no pudo dominar más que dos años bajo la república, 1849 y 1850, sólo logró prolongar su existencia social cediendo su dominación política a Luis Bonaparte y al ejército. Dado el extraordinario desarrollo alcanzado por las

influencias recíprocas de los tres países más avanzados de Europa, es ya completamente imposible que la burguesía pueda instalarse cómodamente en el poder en Alemania cuando en Inglaterra y en Francia ese poder ya ha caducado.

La particularidad que distingue a la burguesía de todas las demás clases dominantes que la han precedido consiste precisamente en que en su desarrollo existe un punto de viraje, tras el cual todo aumento de sus medios de poder, y por tanto de sus capitales en primer término, tan sólo contribuye a hacerla cada vez más incapaz para la dominación política. *“Tras la gran burguesía está el proletariado”*. En la medida en que la burguesía desarrolla su industria, su comercio y sus medios de comunicación, en la misma medida engendra al proletariado. Y al llegar a un determinado momento, que no es el mismo en todas partes ni tampoco es obligatorio para una determinada fase de desarrollo, la burguesía comienza a darse cuenta de que su inseparable acompañante, el proletariado, empieza a sobrepasarla. Desde ese momento pierde la capacidad de ejercer la dominación política exclusiva, y busca en torno suyo aliados, con quienes comparte su dominación, o a quienes, según las circunstancias, se la cede por completo.

En Alemania, ese punto de viraje ya había llegado para la burguesía en 1848. Aunque bien es cierto que en aquel entonces la burguesía alemana no se asustó tanto del proletariado alemán como del proletariado francés. Los combates de junio de 1848 en París le enseñaron qué era lo que la esperaba. La agitación del proletariado alemán era suficiente para demostrarle que en Alemania habían sido arrojadas las semillas capaces de dar la misma cosecha. Y a partir de ese momento quedó embotado el filo de la acción política de la burguesía alemana. Esta empezó a buscar aliados y a venderse por cualquier precio; y de entonces acá no ha avanzado un solo paso.

Todos esos aliados son esencialmente reaccionarios: el poder real, con su ejército y su burocracia; la gran nobleza feudal; los junker provincianos de medio pelo y, finalmente, los curas. Con todos ellos pactó y concertó acuerdos la burguesía con tal de salvar su preciado pellejo, hasta que, por último, no le quedó ya nada con qué traficar. Y cuanto más se desarrollaba el proletariado, cuanto más conciencia adquiría de su condición de clase y cuanto más actuaba en calidad de tal, más cobarde se hacía la burguesía. Cuando la estrategia asombrosamente mala de los prusianos venció en Sadowa a la estrategia asombrosamente aún peor de los austriacos, difícilmente podría decirse quién lanzó un suspiro de alivio más grande: el burgués prusiano, que también había sido derrotado en Sadowa, o el burgués austriaco.

Nuestros grandes burgueses obran en 1870 exactamente igual como obraron en 1525 los villanos medios. En lo que atañe a los pequeños burgueses, a los artesanos y a los tenderos, éstos siguen siendo siempre los mismos. Esperan poder trepar a las filas de la gran burguesía y temen ser precipitados a las del proletariado. Fluctuando entre la esperanza y el temor, tratarán de salvar su precioso pellejo durante la lucha, y después de la victoria se adherirán al vencedor. Tal es su naturaleza.

El desarrollo de la actividad social y política del proletariado ha marchado a la par con el auge industrial que siguió a 1848. El papel desempeñado hoy día por los obreros alemanes en sus sindicatos, cooperativas, organizaciones y asambleas políticas, en las elecciones y en el llamado Reichstag, demuestra perfectamente por sí sola cuál ha sido la transformación experimentada de un modo imperceptible por Alemania en estos últimos veinte años. Es un gran mérito de los obreros alemanes el haber sido los únicos que han logrado enviar obreros y representantes de los obreros al parlamento, cosa que ni los franceses ni los ingleses han logrado hasta ahora.

Pero tampoco el proletariado ha salido aún de ese estado que permite establecer un paralelo con 1525. La clase que depende exclusivamente del salario toda su vida se halla aún lejos de constituir la mayoría del pueblo alemán. Por eso, también tiene que

buscarse aliados. Y sólo los puede buscar entre los pequeños burgueses, el lumpemproletariado de las ciudades, los pequeños campesinos y los obreros agrícolas.

Ya hemos hablado de los *pequeños burgueses*. Son muy poco de fiar, excepto cuando ya ha sido lograda la victoria. Entonces arman un alboroto infernal en las tabernas. A pesar de esto, entre ellos se encuentran excelentes elementos que se unen espontáneamente a los obreros.

El *lumpemproletariado*, esa escoria integrada por los elementos desmoralizados de todas las capas sociales y concentrada principalmente en las grandes ciudades, es el peor de los aliados posibles. Ese desecho es absolutamente venal y de lo más molesto. Cuando los obreros franceses escribían en los muros de las casas durante cada una de las revoluciones: “*Mort aux voleurs!*” ¡Fusilad a los ladrones!, y en efecto fusilaban a más de uno, no lo hacían en un arrebatado de entusiasmo por la propiedad, sino plenamente conscientes de que ante todo era preciso desembarazarse de esta banda. Todo líder obrero que utiliza a elementos del lumpemproletariado para su guardia personal y que se apoya en ellos, demuestra con este solo hecho que es un traidor al movimiento.

Los *pequeños campesinos* (pues los grandes pertenecen a la burguesía) son de composición heterogénea.

O bien son *campesinos feudales*, obligados todavía a realizar determinadas prestaciones para sus señores. Después que la burguesía dejó pasar la oportunidad de liberarles de la servidumbre, como era su deber, no costará trabajo convencerles de que sólo pueden esperar la liberación de manos de la clase obrera.

O bien son *arrendatarios*. En este caso tenemos por lo común las mismas relaciones que en Irlanda. El arriendo es tan elevado que, cuando la cosecha es mediana, el campesino y su familia apenas pueden mantenerse, y cuando la cosecha es mala casi se mueren de hambre, no pueden pagar el arriendo y quedan, por consiguiente, completamente a merced del terrateniente. Para esta gente, la burguesía sólo hace algo cuando se la obliga a ello. ¿De quién, si no es de los obreros, pueden esperar la salvación?

Quedan los campesinos que cultivan *su propio pedazo de tierra*. En la mayoría de los casos están tan cargados de hipotecas que dependen del usurero tanto como el arrendatario del terrateniente. Tampoco a ellos les queda más que un mísero salario, muy inestable por lo demás, ya que depende de los altibajos de la cosecha. Menos que nadie pueden esperar algo de la burguesía, pues son explotados precisamente por los burgueses, por los capitalistas usureros. A pesar de ello, las más de las veces están muy apegados a su propiedad, aunque, en realidad, ésta no les pertenece a ellos, sino al usurero. Sin embargo, es preciso convencerles de que sólo podrán liberarse del prestamista cuando un gobierno dependiente del pueblo convierta todas las deudas hipotecarias en una deuda única al estado y rebaje así el tipo del interés. Y esto sólo puede hacerlo la clase obrera.

En todas partes donde predomina la propiedad agraria mediana y grande, la clase más numerosa del campo está integrada por los *obreros agrícolas*. Tal es el caso en todo el norte y en el este de Alemania, y en *este* grupo es donde los obreros industriales de la ciudad encuentran su *aliado más natural y más numeroso*. El terrateniente o gran arrendador se opone al obrero agrícola de la misma manera que el capitalista se opone al obrero industrial. Las mismas medidas que ayudan a uno deben ayudar al otro. Los obreros industriales sólo pueden liberarse transformando los capitales de la burguesía, es decir, las materias primas, las máquinas, los instrumentos y los medios de vida necesarios para la producción en propiedad social, o sea, en propiedad suya y utilizada por ellos en común. De la misma manera, los obreros agrícolas sólo pueden liberarse de su espantosa miseria si, en primer término, la tierra (su principal objeto de trabajo) es arrancada a la propiedad privada de los grandes campesinos y de los aún más grandes señores feudales y convertida en propiedad social, cultivada colectivamente por cooperativas de obreros

agrícolas. Y aquí nos llegamos a la célebre resolución del Congreso de Basilea de la Internacional³, en la que se dice que en interés de la sociedad es preciso convertir la propiedad de la tierra en propiedad colectiva, en propiedad nacional. Esta resolución se refería principalmente a los países donde existe la gran propiedad de la tierra, con grandes explotaciones agrícolas en manos de un solo amo y atendidas por numerosos obreros asalariados. Y como en términos generales esta situación sigue predominando en Alemania, dicha resolución era *particularmente oportuna para Alemania* a la vez que para Inglaterra. El proletariado agrícola, los jornaleros del campo constituyen la clase que proporciona más reclutas para los ejércitos de los monarcas. Es la clase que, gracias al sufragio universal, envía hoy día al parlamento a la mayoría de los feudales y de los junkers. Pero, al mismo tiempo, es la clase que está más cerca de los obreros industriales de la ciudad, la que comparte con ellos las mismas condiciones de existencia, la que se encuentra en una situación de miseria aún mayor que la de ellos. Esta clase es impotente, pues está fraccionada y dispersa, pero el gobierno y la nobleza conocen tan bien su fuerza latente, que con toda intención dejan desmoronarse las escuelas para mantenerla en la ignorancia. La tarea inmediata más urgente de los obreros alemanes es despertar a esta clase e incorporarla al movimiento. El día en que la masa de obreros agrícolas aprenda a tener conciencia de sus propios intereses, ese día será imposible en Alemania un gobierno reaccionario, ya sea feudal, burocrático o burgués.

Las líneas que anteceden fueron escritas hace más de cuatro años⁴, pero siguen conservando hoy día toda su significación. Lo que era cierto después de Sadowa y de la división de Alemania, se ha confirmado después de Sedán y de la fundación del Sacro Imperio germánico de la nación prusiana. ¡Tan pequeños son los cambios que pueden introducir en el curso del movimiento histórico esas representaciones públicas de la llamada alta política que “conmueven al mundo”!

Lo que pueden hacer en cambio es acelerar el curso de ese movimiento. A este respecto, los causantes de esos acontecimientos que “conmueven al mundo” han logrado, a pesar suyo, unos éxitos que seguramente les resultan muy indeseables, pero que, quiéranlo o no, tienen que aceptarlos.

La guerra de 1866 ya había sacudido los cimientos de la vieja Prusia. Después de 1848 costó mucho trabajo reducir de nuevo a la vieja disciplina a los elementos rebeldes industriales (tanto burgueses como proletarios) de las provincias occidentales; sin embargo, se logró, y los intereses de los junker de las provincias orientales volvieron a ser los dominantes en el estado a la par con los intereses del ejército. En 1866 casi toda la Alemania noroccidental era prusiana. Sin hablar ya del irreparable daño moral que la corona prusiana por la gracia de Dios había experimentado al tragarse otras tres coronas por la gracia de Dios, el centro de gravedad de la monarquía se había desplazado sensiblemente hacia el occidente. Los cinco millones de renanos y de westfalianos recibieron en un principio el refuerzo de cuatro millones de alemanes anexionados directamente y, después, el de seis millones de alemanes indirectamente anexionados a través de la Confederación de la Alemania del Norte. Y en 1870 se les añadieron, además, ocho millones de alemanes del sudoeste, de modo que en el “nuevo Imperio”, a los catorce millones y medio de viejos prusianos (de las seis provincias del este del Elba y entre los

³ Ver en nuestra serie [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores](#) las *Resoluciones sobre la tierra del Cuarto Congreso de la Primera Internacional, septiembre 1869*; el resto de resoluciones de este Congreso de Basilea en la misma serie.

⁴ Las líneas que siguen las añadió Engels para la tercera edición (1875).

que figuran, además, dos millones de polacos) se oponen unos veinticinco millones que ya hace tiempo han dejado atrás al feudalismo viejo-prusiano de los junker. Así pues, fueron precisamente las victorias del ejército prusiano las que desplazaron radicalmente todos los cimientos del edificio estatal prusiano; la dominación de los junker se hizo cada vez más insostenible hasta para el propio gobierno. Pero, al mismo tiempo, el vertiginoso desarrollo de la industria relegó a segundo plano la lucha entre los junker y la burguesía, destacando la lucha entre la burguesía y los obreros, de suerte que las bases sociales del viejo estado sufrieron también desde dentro una transformación radical. La premisa fundamental de la monarquía, que se iba descomponiendo lentamente desde 1840, era la lucha entre la nobleza y la burguesía, lucha en la que la monarquía mantenía el equilibrio. Pero desde el momento en que ya no se trataba de defender a la nobleza del empuje de la burguesía, sino de defender a todas las clases poseedoras frente al empuje de la clase obrera, la vieja monarquía absoluta hubo de transformarse por completo en *monarquía bonapartista*, la forma de estado especialmente elaborada para ese fin. En otro lugar (“Contribución al problema de la vivienda”, 2ª parte, pág. 26 y siguientes⁵) examiné ya este paso de Prusia al bonapartismo, aunque allí pude dejar sin destacar un punto que aquí es muy esencial, a saber, que este paso fue el *avance más grande* hecho por Prusia desde 1848, hasta tal punto había quedado a la zaga del desarrollo moderno. Prusia seguía siendo un estado semifeudal, mientras que el bonapartismo es en todo caso una forma moderna de estado que presupone la eliminación del feudalismo. Prusia debe, pues, decidirse a terminar con sus numerosos vestigios del feudalismo y a sacrificar a sus junker como tales. Todo esto se va haciendo, naturalmente, de la manera más suave y al compás de la melodía favorita: *Immer langsam voran*⁶. Así ha ocurrido, por ejemplo, con la célebre ordenanza sobre los distritos, que suprime los privilegios de cada junker en sus tierras, pero únicamente para restablecerlos en forma de privilegios del conjunto de los grandes terratenientes en el territorio de todo el distrito. La esencia de la cuestión sigue siendo la misma; lo único que se hace es traducirla del dialecto feudal al dialecto burgués. El junker viejo prusiano es convertido a la fuerza en algo parecido al *squire* inglés, y no tiene por qué ofrecer mucha resistencia, pues ambos son igualmente estúpidos.

De este modo, a Prusia le ha correspondido el peculiar destino de culminar a fines de este siglo, y en la forma agradable del bonapartismo, su revolución burguesa que se inició en 1808-1813 y que dio un paso de avance en 1848. Y si todo marcha bien, si el mundo permanece quieto y tranquilo y nosotros llegamos a viejos, tal vez en 1900 veamos que el gobierno prusiano ha acabado realmente con todas las instituciones feudales y que Prusia alcanzó por fin la situación en que se encontraba Francia en 1792.

La abolición del feudalismo, expresada de un modo positivo, significa el establecimiento del régimen burgués. A medida que desaparecen los privilegios de la nobleza, la legislación se va haciendo más burguesa. Y aquí llegamos a la médula de las relaciones entre la burguesía y el gobierno. Ya hemos visto que el gobierno *tiene forzosamente* que introducir estas reformas lentas y mezquinas. Pero cada una de estas míseras concesiones la presenta a los ojos de la burguesía como un *sacrificio* que hace por ella, como una concesión arrancada a la corona con gran esfuerzo, y a cambio de la cual los burgueses deben hacer a su vez concesiones al gobierno. Y los burgueses aceptan el engaño, aunque saben perfectamente de qué se trata. Este es el origen del acuerdo tácito que preside en Berlín todos los debates del Reichstag y de la Cámara de Prusia: por una parte, el gobierno, a paso de tortuga, reforma las leyes en interés de la burguesía, elimina las trabas feudales y los obstáculos creados por el particularismo de los pequeños estados, que impiden el desarrollo de la industria; introduce la unidad de moneda, de pesas y

⁵ De próxima edición en nuestra serie [Marx y Engels, algunos materiales](#).

⁶ Siempre adelante, sin apresurarse.

medidas; establece la libertad de industria, etc.; implanta la libertad de residencia, poniendo así a disposición del capital y en forma ilimitada la mano de obra de Alemania; fomenta el comercio y la especulación; por otra parte, la burguesía cede al gobierno todo el poder político efectivo, aprueba los impuestos, los empréstitos y la recluta de soldados y ayuda a formular todas las nuevas leyes de reforma de modo que el viejo poder policíaco sobre los elementos indeseables conserve toda su fuerza. La burguesía compra su paulatina emancipación social al precio de su renuncia inmediata a un poder político propio. El principal motivo que hace aceptable para la burguesía semejante acuerdo no es, naturalmente, su miedo al gobierno, sino su miedo al proletariado.

Por lamentable que sea el papel desempeñado por nuestra burguesía en el campo político, no se puede negar que en la industria y en el comercio ya ha empezado a cumplir con su deber. El ascenso de la industria y del comercio, señalado ya en el prefacio a la segunda edición, se ha desarrollado desde entonces con nuevos bríos. Lo ocurrido en este aspecto en la región industrial renano-westfaliana a partir de 1869 constituye algo realmente insólito para Alemania, y nos recuerda el florecimiento de los distritos fabriles ingleses a principios de siglo. Lo mismo ocurrirá en Sajonia y en la Alta Silesia, en Berlín, en Hannover y en las ciudades marítimas. Por fin tenemos un comercio mundial, una verdadera gran industria y una auténtica burguesía moderna; al mismo tiempo, también hemos sufrido una verdadera crisis y hemos obtenido un verdadero y poderoso proletariado.

Para los futuros historiadores, el tronar de los cañones en Spickeren, Mars-la-Tour y Sedán y todo lo relacionado con esto tendrá mucha menos importancia para la historia de Alemania de los años 1869-1874 que el desarrollo sin ostentación, reposado, pero siempre progresivo del proletariado alemán. En 1870, los obreros alemanes ya tuvieron que pasar por una dura prueba: la provocación bélica bonapartista y su consecuencia lógica, el entusiasmo nacional general en Alemania. Los obreros socialistas alemanes no se dejaron despistar ni un solo momento. No manifestaron ni un ápice de chovinismo nacionalista. Conservaron su sangre fría en medio del más furioso delirio provocado por las victorias, y exigieron que se concertase con la “República Francesa una paz justa sin anexiones”; ni siquiera el estado de sitio pudo reducirles al silencio. Ni el entusiasmo por la gloria militar ni las chácharas sobre la “magnificencia del Imperio alemán” hallaron eco entre ellos; su único objetivo era la emancipación de todo el proletariado europeo. Se puede afirmar con todo fundamento que en ningún país los obreros han salido tan airosos de una prueba tan difícil.

Al estado de sitio del período bélico siguieron los procesos por delitos de alta traición, de lesa majestad y de ofensas a los funcionarios y las persecuciones policíacas cada vez mayores de los tiempos de paz. Por lo menos tres o cuatro miembros de la redacción del *Volksstaat* se hallaban habitualmente al mismo tiempo en la cárcel; lo mismo les ocurría a los demás periódicos. Cualquier orador del partido, que fuese algo conocido, debía comparecer ante los tribunales por lo menos una vez al año, y casi siempre era condenado. Llovían los destierros, las confiscaciones y las disoluciones de asambleas. Pero todo era en vano. Cada persona detenida o desterrada era sustituida inmediatamente por otra; por cada asamblea disuelta se convocaban otras dos; la firmeza y el estricto cumplimiento de las leyes iban agotando la arbitrariedad policíaca. Todas las persecuciones producían un efecto contrario: lejos de romper o siquiera doblar al partido obrero, no hicieron más que proporcionarle nuevos afiliados y fortalecer su organización. En su lucha, lo mismo contra las autoridades que contra burgueses aislados, los obreros dieron pruebas en todas partes de su superioridad intelectual y moral, y demostraron, sobre todo en sus choques con los llamados “patronos”, que ellos, los obreros, eran ahora unas personas cultas, y los capitalistas, unos ignorantes. Al propio tiempo, en la mayoría

de los casos luchan con un profundo sentido del humor, prueba de que tienen confianza en su causa y conciencia de su superioridad. La lucha así llevada, sobre un terreno preparado por la historia, debe producir grandes resultados. El éxito logrado en las elecciones de enero constituye un caso sin precedentes en la historia del movimiento obrero moderno, y se comprende perfectamente el asombro que ha provocado en toda Europa.

Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los obreros del resto de Europa. La primera es la que pertenecen al pueblo más teórico de Europa y que han conservado en sí ese sentido teórico, casi completamente perdido por las clases llamadas “cultas” de Alemania. Sin la filosofía alemana que le ha precedido, sobre todo sin la filosofía de Hegel, jamás se habría creado el socialismo científico alemán, el único socialismo científico que ha existido. De haber carecido los obreros de sentido teórico, este socialismo científico nunca hubiera sido, en la medida que lo es hoy, carne de su carne y sangre de su sangre. Y lo inmenso de esta ventaja lo demuestra, por una parte, la indiferencia por toda teoría, que es una de las causas principales de que el movimiento obrero inglés avance tan lentamente, a pesar de la excelente organización de algunos oficios, y, por otra, lo demuestran el desconcierto y la confusión sembrados por el proudhonismo, en su forma primitiva, entre los franceses y los belgas, y, en la forma caricaturesca que le ha dado Bakunin, entre los españoles y los italianos.

La segunda ventaja consiste en que los alemanes han sido casi los últimos en incorporarse al movimiento obrero. Así como el socialismo teórico alemán jamás olvidará que se sostiene sobre los hombros de Saint-Simon, Fourier y Owen (tres pensadores que, a pesar del carácter fantástico y de todo el utopismo de sus doctrinas, pertenecen a las mentes más grandes de todos los tiempos, habiéndose anticipado genialmente a una infinidad de verdades, cuya exactitud estamos demostrando ahora de un modo científico), así también el movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre los hombros del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partida de su experiencia costosa, de evitar en el presente los errores que entonces no había sido posible evitar en la mayoría de los casos. ¿Dónde estaríamos ahora sin el precedente de las tradeunions inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que ha dado particularmente la Comuna⁷ de París?

Hay que hacer justicia a los obreros alemanes por haber aprovechado con rara inteligencia las ventajas de su situación. Por primera vez desde que existe el movimiento obrero, la lucha se desarrolla en forma metódica en sus tres direcciones concertadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico, por decirlo así, reside precisamente la fuerza y la invencibilidad del movimiento alemán.

Esta situación ventajosa, por una parte, y, por otra, las peculiaridades insulares del movimiento inglés y la represión violenta del francés hacen que los obreros alemanes se encuentren ahora a la cabeza de la lucha proletaria. No es posible pronosticar cuánto tiempo les permitirán los acontecimientos ocupar este puesto de honor. Pero, mientras lo sigan ocupando, es de esperar que cumplirán como es debido las obligaciones que les impone. Para esto, tendrán que redoblar sus esfuerzos en todos los aspectos de la lucha y de la agitación. Sobre todo, los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se

⁷ Ver en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria abundantes materiales de las [Comunas de París y Lyon](#).

le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida, debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del partido, así como la de los sindicatos. Aunque los votos reunidos en enero por los socialistas representen ya un ejército bastante considerable, aún se hallan lejos de constituir la mayoría de la clase obrera alemana; y por muy alentadores que sean los éxitos logrados por la propaganda entre la población rural, aquí precisamente es donde aún queda infinitamente mucho por hacer. No hay, pues, que cejar en la lucha; es preciso ir arrebatando al enemigo ciudad tras ciudad y distrito electoral tras distrito electoral. Pero, es preciso ante todo mantener el verdadero espíritu internacional, que no admite ningún chovinismo patriótico y que acoge con alegría todo progreso del movimiento proletario, cualquiera que sea la nación donde se produzca. Si los obreros alemanes siguen avanzando de este modo, no es que marcharán al frente del movimiento (y no le conviene al movimiento que los obreros de una nación cualquiera marchen al frente del mismo), sino que ocuparán un puesto de honor en la línea de combate; y estarán bien pertrechados para ello si, de pronto, duras pruebas o grandes acontecimientos reclaman de ellos mayor valor, mayor decisión y energía.

Federico Engels
Londres, 1 de julio de 1874



I La situación económica y la estructura social de Alemania

Examinemos brevemente la situación de Alemania al principio del siglo XVI.

La industria alemana había adquirido notable desarrollo en los siglos XIV y XV, los gremios de las ciudades habían substituido la industria feudal del campo que no tenía más que una importancia local; producían para un círculo más amplio e incluso para mercados lejanos. El arte de tejer paños gruesos y tejas de lino se había generalizado y en Augsburgo se elaboraban hasta paños y telas de mayor finura. Al lado de los telares había crecido aquella industria vecina del arte que hallaba su sostén en el lujo eclesiástico y secular de fines de la Edad Media: la de los plateros, joyeros, escultores, tallistas, grabadores, armeros, medallistas, torneros, etc.

Una serie de inventos más o menos importantes, entre los que los más brillantes fueron el de la pólvora y el de la imprenta, había contribuido al aumento de la producción. Con la industria se desarrollaba el comercio. Gracias al monopolio secular de la navegación ejercido por la Liga Hanseática, toda la Alemania del norte había logrado emanciparse de la barbarie medieval; si bien tuvo que retroceder desde fines del siglo XV ante la competencia de los ingleses y holandeses; la gran vía comercial de la India al norte seguía atravesando Alemania. A pesar de los descubrimientos de Vasco de Gama aún era Augsburgo el gran emporio de las telas de seda italianas, de las especias indias y de todos los productos del Oriente. Las ciudades del sur, principalmente Augsburgo y Nuremberg, ostentaban una riqueza y un lujo considerable por entonces.

También en la producción de materias primas se habían realizado grandes progresos. En el siglo XV los mineros alemanes tenían fama de ser los más hábiles del mundo, y el florecimiento de las ciudades había sacado a la agricultura de su primitiva torpeza medieval. Se habían roturado grandes extensiones de terreno, se criaban plantas tintóreas y otras plantas importadas cuyo cultivo diligente surtió buen efecto sobre la agricultura en general.

Sin embargo, el aumento de la producción nacional de Alemania no había podido alcanzar el nivel de otros países. La agricultura era muy inferior a la de Inglaterra y Países Bajos, la industria a la de Italia, Flandes e Inglaterra: la competencia de los navegantes ingleses y sobre todo holandeses empezaba a hacer sentir sus efectos. La población era todavía muy escasa. En Alemania la civilización no existía más que en estado esporádico, agrupada en derredor de algunos centros industriales y comerciales; los intereses de estos centros eran divergentes, faltaban los puntos de contacto. El sur tenía vías de comunicación y mercados, muy diferentes de los del norte; el este y el oeste apenas comunicaban. Ninguna de las ciudades hubiera podido llegar a ser el centro económico del país como ya lo era Londres en Inglaterra. El tráfico interior disponía tan solo de la navegación costera y fluvial y de unas cuantas vías comerciales que de Augsburgo y Nuremberg iban por Colonia a los Países Bajos y por Erfurt hacia el norte. Al lado de los ríos y carreteras había un gran número de pequeñas ciudades que excluidas de las grandes comunicaciones seguían vegetando en las condiciones de vida de la Edad Media, sin consumir mercancías de fuera y sin exportar sus productos. Entre la población rural solo

la aristocracia tenía algún conocimiento del mundo exterior y de las nuevas costumbres y necesidades, la masa campesina no poseía más que relaciones puramente locales y tenía, por consiguiente, un horizonte bastante limitado.

Mientras en Francia e Inglaterra el desarrollo del comercio y de la industria tuvo como consecuencia la creación de intereses generales en el país entero y con esto la centralización política, Alemania no pasó de la agrupación de intereses por provincias, alrededor de centros puramente locales que llevó aneja la fragmentación política, esta fragmentación que luego se estabilizó por la exclusión de Alemania del comercio mundial. A medida que decaía el imperio puramente feudal, se descompuso la unión de los países y los grandes vasallos se transformaron en príncipes casi independientes. Las ciudades libres, los caballeros del imperio formaron alianzas y guerreaban entre sí o contra los príncipes y el emperador. El poder imperial empezó a dudar de su propia misión y vacilaba entre los diferentes elementos constitutivos del imperio, perdiendo paulatinamente toda su autoridad; su intento de centralización a la manera de Luis XI⁸ por mucha intriga y violencia que empleasen, no pudo más que salvar la unidad de los dominios imperiales de Austria. Los que salieron ganando con esta confusión, en este sinnúmero de conflictos contradictorios, fueron los representantes de la centralización dentro de la fragmentación, es decir, los partidarios de la centralización local y provincial: los príncipes, en comparación con los cuales el mismo emperador no era ya sino otro príncipe más. En esas circunstancias la situación de las clases sociales de la Edad Media había cambiado por completo y nuevas clases se habían formado al lado de las antiguas.

Los príncipes habían salido de la alta nobleza. Eran casi independientes del emperador y disfrutaban todos los derechos de soberanía. Declaraban la guerra y concluían la paz a su antojo. Entretenían ejércitos permanentes, convocaban las dietas, decretaban los impuestos. Mandaban ya sobre una parte de la pequeña nobleza y de las ciudades y se valían de todos los medios para incorporarse las restantes ciudades y baronías que aun dependían del imperio. Frente a estos obraron como centralistas, mostrándose anticentralistas frente al poder imperial. Sus métodos de gobierno eran bastante autoritarios. No convocaban los estados sino cuando ya no les quedaba otra salida. Decretaban impuestos y negociaban empréstitos; raras veces reconocieron el derecho de los estados a aprobar los impuestos y aun menos dejaban que se ejerciese. Aun así, el príncipe casi siempre obtenía la mayoría gracias al apoyo de los dos estados que, libres de tributos, disfrutaban del producto de los impuestos: los caballeros y los prelados. Las necesidades de los príncipes aumentaban con el lujo y la importancia de la vida cortesana, con los ejércitos permanentes y con los crecientes gastos de gobierno. La carga tributaria se hizo cada vez más abrumadora. Una gran parte de las ciudades estaban protegidas por sus privilegios; y toda la carga recaía de lleno sobre los campesinos, tanto sobre los dominiales de los propios soberanos como sobre los siervos de sus caballeros. Cuando no bastaba la imposición directa se añadió la indirecta; recurrieron a las maniobras más ingeniosas del arte financiero para llenar los vacíos del erario. Cuando ya no quedaba otro camino, habiendo empeñado lo que era posible empeñar, cuando todas las ciudades libres se negaban a conceder más crédito, los príncipes procedían a operaciones monetarias de las más sucias; acuñaban moneda mala e imponían un curso forzado, alto o bajo, según convenía al fisco. El tráfico con toda clase de privilegios, que se anulaban después de vendidos para volver a venderlos más caros. El aprovechamiento de todo intento de oposición como pretexto para toda clase de incendios y saqueos, etc., constituían otras tantas fuentes de ingreso seguras y cómodas para los príncipes de aquella época. También la justicia era un negocio permanente y muy lucrativo. Los súbditos de

⁸ Rey de Francia desde 1461 a 1483.

entonces, que además de todo esto tenían que satisfacer la codicia personal de los corregidores y funcionarios de los príncipes, gozaban de todos los beneficios de aquel sistema de gobierno “paternal”.

La nobleza media había desaparecido por completo de la jerarquía feudal de la Edad Media; sus representantes, si no habían conquistado la independencia de los pequeños príncipes, habían tenido que engrosar las filas de la pequeña nobleza. La pequeña nobleza, los caballeros, decaía rápidamente. Una gran parte estaba ya completamente empobrecida. Sus miembros vivían al servicio de los príncipes como funcionarios civiles o militares; otros subsistían como vasallos sometidos a los príncipes y sólo una minoría dependía directamente del poder imperial. El desarrollo de la técnica militar, la importancia creciente de la infantería, el perfeccionamiento de las armas de fuego, aniquilaron su poder guerrero reduciendo la eficacia de la caballería pesada y acabando con la fortaleza inexpugnable de sus castillos. El progreso de la industria hacía inútiles a los caballeros, lo mismo que a los artesanos de Nuremberg. Sus pretensiones y necesidades económicas contribuyeron a su ruina. El lujo que en sus castillos reinaba, la suntuosidad de los torneos y fiestas, el precio de las armas y caballos aumentaban con los progresos de la civilización, mientras que los ingresos de los caballeros y barones apenas variaron. Andando el tiempo las guerrillas seguidas del indispensable saqueo e incendio, los asaltos y otras ocupaciones aristocráticas se hicieron demasiado peligrosas. Las contribuciones y servicios de los súbditos no producían más que antes. Para cubrir sus gastos crecientes los señores tuvieron que recurrir a los mismos expedientes que los príncipes. La opresión que ejercía la nobleza crecía de año en año. Los siervos eran explotados hasta la última gota de sangre, los nobles se valían de todos los pretextos para imponer nuevos tributos y servicios a sus vasallos. En contra de todo lo estipulado aumentaban la servidumbre personal, los pechos, censos, laudemios, derechos en caso de muerte, tributos de domicilio, etc. Se negaba o se vendía la justicia y cuando los caballeros no podían de este modo hacerse con el dinero de los campesinos, los echaban sin más ni más al calabozo exigiéndoles un rescate. Las demás clases tampoco simpatizaban con la pequeña nobleza. Los nobles sujetos a vasallaje querían depender directamente del imperio mientras la nobleza independiente buscaba conservar su libertad. Menudeaban los litigios con los príncipes. El clero, cargado de riquezas, parecía a los caballeros una clase inútil; le envidiaban su enorme cantidad de bienes, sus tesoros acumulados gracias al celibato y a la constitución eclesiástica. Peleaban continuamente con las ciudades; les adeudaban dinero y se sostenían saqueando su territorio, despojando a sus mercaderes y exigiendo rescate a los prisioneros. La lucha de la nobleza contra todas estas clases tomó mayor violencia a medida que sus apuros financieros se hicieron más apremiantes.

El clero, como representante ideológico del feudalismo medieval, sufrió a su vez las consecuencias del cambio histórico. La imprenta y las necesidades de un comercio más intenso habían acabado con su monopolio del leer y escribir e incluso con el de la instrucción superior. También en el terreno intelectual se produjo la división del trabajo. Los juristas (oficio recién creado) quitaron al clero una serie de posiciones de gran importancia. La mayor parte de éste se hizo inútil y lo reconoció y demostró con su pereza e ignorancia creciente. Pero al par que su inutilidad creció el número de clérigos atraídos por las enormes riquezas de la Iglesia, que aumentaban continuamente gracias a toda suerte de maniobras.

El clero se componía de dos clases completamente distintas. Su jerarquía feudal formaba la aristocracia de los obispos, arzobispos, abates, priores y demás prelados. Estos altos dignatarios de la Iglesia, cuando no eran al mismo tiempo príncipes del imperio, dominaban como señores feudales bajo la soberanía de otros príncipes grandes territorios con numerosos siervos y vasallos. No sólo explotaban a sus súbditos con tanta y más saña

que la nobleza y los príncipes, sino que obraban de manera aún más desvergonzada. A la violencia añadieron todas las sutilezas de la religión, al horror de las torturas, los horrores de la excomuni3n, valiéndose de todas las intrigas del confesionario para arrancar a los súbditos hasta el último centavo y aumentar la parte de la Iglesia en las herencias. La falsificaci3n de documentos era el medio preferido que empleaban estos dignos hombres en sus estafas. Pero a pesar de percibir el diezmo, adem3s de los derechos feudales y censos corrientes, no les bastaban todos estos ingresos. Para arrancar m3s tributos al pueblo recurrieron a la fabricaci3n de im3genes y reliquias milagrosas, a la comercializaci3n de las peregrinaciones, a la venta de bulas, lo que con bastante 3xito consiguieron durante alg3n tiempo.

En estos prelados y en su numerosa polic3a de monjes fortalecida por las numerosas campa3as de excitaci3n pol3tica y religiosa, se objetiv3 la ira popular, as3 como el odio de la nobleza. Cuando eran soberanos independientes su presencia molestaba a los príncipes. La vida alegre de los ventripotentes obispos y abades y de su ej3rcito de frailes despertaba la envidia de la nobleza y la indignaci3n del pueblo que ten3a que soportar los gastos; tanto mayor era esta indignaci3n cuanto m3s la vida de estos se3ores estaba en contradicci3n manifiesta con sus predicaciones.

Los predicadores del campo y de las ciudades constitu3an la fracci3n plebeya del clero. Se hallaban al margen de la jerarqu3a feudal de la Iglesia y estaban excluidos del goce de sus riquezas. Su trabajo estaba menos controlado y (a pesar de su importancia para la Iglesia) era menos indispensable en aquel momento que los servicios polic3acos de los monjes acuartelados. Eran, por lo tanto, bastante peor pagados; en su mayor3a con prebendas exiguas. Gracias a su origen burgu3s o plebeyo hab3an conservado contacto con las masas y el conocimiento de sus condiciones de vida, a pesar de su oficio, les hac3a simpatizar con la causa burguesa y plebeya. Los monjes, salvo contadas excepciones, no tomaron parte en los movimientos de la 3poca; aqu3llos en cambio les dieron te3ricos e ide3logos y no pocos murieron en el cadalso. El odio popular hacia los frailes raras veces se volv3a contra ellos.

Si el emperador era el jefe de los príncipes y de la nobleza, el papa lo era de todos los curas. El emperador cobraba el "pfenning com3n", los impuestos imperiales; el papa, los impuestos eclesi3sticos con los que subven3a a los gastos de la suntuosa corte romana. En ning3n pa3s estos impuestos se recaudaban tan escrupulosamente y con tanta severidad como en Alemania gracias al n3mero y a la influencia de los frailes.

Se mostraba un inter3s especial en cobrar las anatas al traspasar un obispado. Con las necesidades crecientes se encontraron nuevos medios para sacar dinero: el comercio de reliquias, de absoluciones, la organizaci3n de jubileos, etc. Todos los a3os grandes sumas de dinero sal3an de Alemania camino de Roma: la opresi3n creciente impuls3 el odio contra los frailes, despertando el sentimiento patri3tico, sobre todo de la nobleza, que era la clase m3s nacional. Al iniciarse el florecimiento comercial e industrial los habitantes de las primitivas ciudades medievales se hab3an dividido en tres ramas enteramente distintas.

Las familias patricias, los llamados "honorables", mandaban en las ciudades. Eran los m3s ricos. Ellos solos formaban el ayuntamiento y desempe3aban los cargos p3blicos. No se contentaron, pues, con administrar los caudales p3blicos, sino que los consum3an.

Fuertes por su riqueza y por su condici3n aristocr3tica reconocida desde antiguo por el poder imperial pod3an despojar a sus conciudadanos como a los campesinos que depend3an de la ciudad. Practicaban el acaparamiento del trigo y la usura apropi3ndose toda clase de monopolios y paulatinamente llegaron a privar a la comunidad de todos sus derechos sobre los montes municipales, explot3ndolos en su propio provecho; impon3an arbitrariamente nuevos peajes y portazgos y traficaban con los privilegios corporativos y

derechos de maestría y de ciudadanía, vendiendo la justicia. A los campesinos que vivían bajo su jurisdicción los trataban peor que la misma nobleza y los curas; los corregidores y funcionarios patricios en las aldeas añadieron a la dureza y a la codicia de los aristócratas cierta pedantería y rigor burocrático en la recaudación. La hacienda municipal así unida era administrada con suma arbitrariedad; la contabilidad era de pura fórmula y llevada a cabo con el mayor descuido y confusión posibles; las malversaciones eran frecuentísimas. La facilidad con que una casta fortalecida por sus privilegios y vinculada por el parentesco y el interés pudo enriquecerse con los caudales públicos se comprende cuando se tienen en cuenta las numerosas defraudaciones que reveló el año 1848.

Los patricios habían procurado desvanecer los derechos de la comunidad, sobre todo en lo que tocaba a la hacienda. Más tarde, cuando las estafas de estos señores se hicieron intolerables, las comunidades se movilizaron por fin para reconquistar el control sobre la administración municipal, lo que efectivamente lograron en las demás ciudades. Pero gracias a las constantes luchas entre las corporaciones, gracias a la obstinación de los patricios y a la protección que hallaron cerca del poder imperial y en los gobiernos de las ciudades amigas, los concejales patricios pudieron muy pronto restaurar su régimen, ya por astucia, ya por violencia. Al principio del siglo XVI las comunidades se hallaban otra vez en la oposición.

Esta se dividía en dos ramas que se manifiestan claramente en la guerra campesina.

La *oposición burguesa*, precursora del liberalismo de nuestros días, abarcaba a los burgueses ricos y medios como también a una parte de la pequeña burguesía que, según las circunstancias locales, era más o menos numerosa.

Sus reivindicaciones no rebasaban lo estrictamente constitucional. Pedían el control de la administración municipal y una representación en el poder legislativo por medio de la asamblea comunal o de la representación municipal (ayuntamiento, comisión gestora) querían limitar el favoritismo practicado con creciente desenfado por unas familias patricias en perjuicio del mismo patriciado. A lo sumo reivindicaban algunas concejalías para sus hombres de confianza. Este partido, reforzado de vez en cuando por la fracción descontenta de los patricios venidos a menos, tenía una mayoría abrumadora en todas las asambleas comunales ordinarias y en las corporaciones.

Los partidarios del ayuntamiento junto a la oposición radical no constituían más que una ínfima minoría de la verdadera *burguesía*.

Veremos cómo en el movimiento del siglo XVI esta oposición “moderada”, “legal” de gente “acomodada” e “inteligente” desempeña el mismo papel con igual resultado que su heredero, el partido constitucional en 1848 y 1849.

Esta oposición burguesa polemizaba violentamente contra los frailes cuyas costumbres disolutas la escandalizaban. Exigía medidas contra la vida escandalosa de estos dignos hombres. Quería acabar con la jurisdicción propia y la exención tributaria de los curas y pedía la restricción del número de monjas.

La oposición plebeya se componía de burgueses venidos a menos y de una multitud de vecinos excluidos del derecho de ciudadanía: oficiales, jornaleros y los numerosos brotes del “lumpen proletariat”⁹ que se encuentran hasta en las etapas inferiores del desarrollo urbano. El “lumpen proletariat” en sus formas más o menos desarrolladas es un fenómeno común a todas las etapas de la civilización. En aquel tiempo el número de gentes sin profesión definida ni residencia fija estaba en aumento, pues al descomponerse el feudalismo aún reinaba una sociedad que dificultaba el acceso a todas las profesiones y esferas de actividad con un sinnúmero de privilegios. En los países

⁹ Ver página 8 de esta obra. EIS.

civilizados jamás el número de vagos había sido mayor que en la primera mitad del siglo XVI. Un parte de estos vagabundos se alistaba en el ejército en tiempos de guerra otros pedían limosna por las carreteras, los restantes se ganaban su vida mísera realizando trabajos como jornaleros y en otros oficios que no estaban reglamentados por los gremios. Estas tres partes intervinieron en la guerra campesina: la primera en los ejércitos de los príncipes que aniquilaron a los campesinos, la segunda en las conjuraciones y en los grupos de campesinos armadas donde su influencia desmoralizadora se manifiesta en cada momento, la tercera en las luchas entre partidos en el interior de las ciudades. Por lo demás, no se debe olvidar que una gran parte de esta clase, y sobre todo los que vivían en las ciudades, había guardado un fondo de robustez campesina y se hallaban muy lejos de la venalidad y degeneración de nuestro "lumpen proletariat" civilizado.

Se ha visto que la oposición plebeya en las ciudades reunía los elementos más diversos. Al lado de los restos degenerados de la vieja sociedad feudal y corporativa, empezó a manifestarse el elemento proletario (aun poco desarrollado) de la naciente sociedad burguesa. Unos eran compañeros de gremio empobrecidos a los que solamente el privilegio ligaba al orden vigente, otros eran campesinos desahuciados y criados despedidos que aún no podían ser proletarios. Entre ambos se hallaban los oficiales que, excluidos de la sociedad de entonces, se encontraban en una situación comparable a la del proletariado actual, teniendo en cuenta la diferencia entre la industria de hoy y la regida por el privilegio gremial. Pero al mismo tiempo y en virtud de este privilegio casi todos se consideraban como los futuros maestros burgueses. La posición política de esta mezcla de elementos había de ser muy vacilante, variando según el lugar. Antes de la guerra campesina la oposición plebeya no toma parte en las luchas políticas como un partido autónomo. Aparece como un apéndice de la oposición burguesa, como un tropel de alborotadores aficionados al pillaje, cuya actuación o silencio se compra con algunas cubas de vino. Durante las insurrecciones campesinas por fin se forma un partido, pero entonces depende de los campesinos en sus reivindicaciones y en su actuación, lo que muestra hasta qué punto la ciudad aun dependía del campo. Cuando actúa en su propio nombre lo hace para pedir la creación en el campo del monopolio industrial de la ciudad; se opone a toda disminución de los ingresos de la municipalidad, por la abolición de cargas feudales en su territorio, en todo esto se muestra reaccionaria y se somete a sus propios elementos pequeñoburgueses, lo que constituye un preludio característico de la tragicomedia que bajo el nombre de democracia viene representando desde hace tres años la actual pequeña burguesía.

Únicamente en Turingia, bajo la influencia directa de Münzer y en otros sitios gracias a sus discípulos, la fracción plebeya fue arrastrada por la tempestad general y el proletariado embrionario pudo momentáneamente imponerse a todos los demás elementos en lucha. Este episodio, que constituye el punto culminante de la guerra campesina, simbolizado por la figura más gloriosa, *Tomas Münzer*, es también el más corto. Se comprende el pronto fracaso de este movimiento, las formas algo fantásticas que revistió, lo impreciso de sus reivindicaciones: no pudo encontrar una base firme en aquella época.

Todas estas clases, excepto la última, oprimían a la gran masa de la nación: los campesinos. El campesino soportaba el peso integro de todo el edificio social: príncipes, funcionarios, nobleza, frailes, patricios y burgueses. El príncipe como el barón, el monasterio como la ciudad, todos le trataban como mero objeto, peor que a las bestias de carga. Como siervo, estaba entregado a su señor atado de pies y manos. Siendo vasallo, los servicios a que le obligaba la ley y el contrato eran ya suficientes para aplastarlo; pero todavía se los aumentaban continuamente. Durante la mayor parte del tiempo, debía trabajar en las fincas del señor; con lo que ganaba en sus ratos libres tenía que pagar los

diezmos, censos, pechos, tributos de guerra e impuestos regional e imperial. No podía casarse ni morir sin que cobrase algo su señor. Además de los servicios regulares, tenía que recoger paja, fresas, bayas, conchas de caracol, ayudar en la caza, cortar leña. etc., todo para el señor. La pesca y la caza pertenecían al señor; el campesino tenía que callar y resignarse mientras que la caza del amo destruía su cosecha. Los señores se habían apropiado de casi todos los montes comunales, pertenecientes a los campesinos. Lo mismo que de la propiedad, el señor disponía arbitrariamente de la persona del campesino y de la de su mujer e hijas. Tenía el derecho de pernada. Cuando quería mandaba encerrar a sus siervos en el calabozo donde los esperaba la tortura con la misma seguridad que el juez de instrucción les espera en nuestros días. Los mataba o los mandaba degollar cuando quería. No hay capítulo de aquella edificante “Carolina”¹⁰ que trate “del desorejamiento”, “de la abscisión de narices”, “del vaciamiento de los ojos”, “de la cortadura de dedos y manos”, “de la decapitación”, “del suplicio de la rueda”, “de la hoguera”, “del atenazamiento”, del “descuartizamiento”, etc., que los señores protectores no hayan aplicado a sus campesinos. ¿Quién los iba a proteger? Los tribunales estaban compuestos por barones, frailes, patricios o juristas que no ignoraban la razón por la cual se les pagaba; pues todas las clases altas del imperio vivían de la expoliación de los campesinos.

Bajo tan intolerable opresión éstos rechinaban los dientes; sin embargo, era difícil decidirles a la insurrección. Su división dificultaba en extremo todo acuerdo entre ellos. La costumbre secular de la sumisión transmitida de generación en generación y en muchas regiones la pérdida del hábito de usar armas, la dureza más o menos grande de la explotación que variaba según la persona del señor, contribuyeron a mantenerlos inmóviles. Durante la Edad Media nos encontramos con una multitud de insurrecciones locales, pero (por lo menos en Alemania) antes de la guerra campesina no hubo ninguna insurrección general de todos los campesinos. Mientras se les oponía el poder organizado de los príncipes, de la nobleza y de las ciudades unidas los campesinos no fueron capaces de lanzarse a una revolución por sí solos. Su única oportunidad de vencer hubiese sido mediante una alianza con otras clases; pero ¿cómo unirse con ellas, si todas los explotaban con igual saña?

Hemos visto que al comienzo del siglo XVI las diferentes clases del imperio, los príncipes, la nobleza, los prelados, los patricios, los burgueses, los plebeyos y los campesinos, formaban una masa sumamente confusa con intereses divergentes y en todo contradictorios. Cada clase era un estorbo para la otra y se hallaba en lucha continua contra las demás. Aquella división de una nación entera en dos campos que existió en Francia al estallar la primera revolución, y que hoy se manifiesta en una etapa superior en los países avanzados, era completamente imposible en estas circunstancias; semejante división no se podía producir sino por la sublevación de la capa inferior de la nación, explotada por todas las demás clases: los campesinos y los plebeyos. La confusión que reinaba en los intereses, opiniones y tendencias de aquella época se comprenderá fácilmente recordando la confusión que en los últimos dos años resultó de la división actual, mucho más sencilla, de la nación alemana en aristocracia, burguesía, pequeña burguesía, campesinado y proletariado.

¹⁰ El código penal del emperador Carlos V (1519-1556).

II Los grandes grupos de la oposición y sus ideologías. Lutero y Münzer

La descentralización, la autonomía local y regional, la diversidad comercial e industrial de las provincias, la insuficiencia de las comunicaciones, hacían imposible el agrupamiento en un conjunto de estas clases tan diversas, que no se realiza hasta difundirse las ideas revolucionarias político-religiosas de la Reforma. Las clases que adoptan estas ideas y las que se oponen a ellas logran (aunque lenta y penosamente) la concentración de la nación entera en tres campos: el católico o reaccionario, el luterano, burgués reformista y el revolucionario. El hecho de que esta división fuese poco consecuente hallándose en los dos primeros campos elementos en parte parecidos, se explica por el estado de descomposición en que se encontraban las clases feudales y por la descentralización que en regiones diferentes hizo reaccionar a la misma clase de diferentes maneras. Durante los últimos años hemos podido ver en Alemania tantos hechos parecidos que no nos puede sorprender la aparente confusión de clases y subclases en las condiciones mucho más embrolladas del siglo XVI.

A pesar de las experiencias de fecha reciente, la ideología alemana no quiere ver en las luchas que dieron al traste con la Edad Media sino una vehemente disputa teológica. Según dicen nuestros historiadores patrios y nuestros sabios de cátedra, las gentes de aquella época no hubiesen tenido motivo para reñir por las cosas de este mundo si se hubiesen podido poner de acuerdo sobre los asuntos celestiales. Estos ideólogos son bastante crédulos para tomar como buena moneda todas las ilusiones que una época tiene sobre sí misma o que los ideólogos de una época se hacen sobre ella. En la revolución de 1789 esta misma gente no ve más que una discusión un tanto acalorada sobre las ventajas de la monarquía constitucional respecto a la monarquía absoluta; en la revolución de julio una controversia práctica sobre lo insostenible del derecho divino; en la de febrero un ensayo de resolver la cuestión: ¿república o monarquía?, etc. Nuestros ideólogos no quieren saber nada de la *lucha de clases* que se decide en aquellos movimientos y que no hace más que expresarse superficialmente en la frase política que sirve de bandera. Lo siguen ignorando hoy día, cuando la noticia de tal lucha nos llega clara y distinta, no solamente del extranjero, sino también por el conducto de millares de voces proletarias en nuestro país.

También en las llamadas guerras religiosas del siglo XVI se trataba sobre todo de intereses materiales y de clase muy positivos y estas guerras fueron luchas de clase, lo mismo que más tarde los conflictos interiores en Inglaterra y Francia. El hecho de que estas luchas de clase se realizasen bajo el signo religioso, que los intereses, necesidades y reivindicaciones de las diferentes clases, se escondiesen bajo la manta religiosa, no cambia en nada sus fundamentos y se explica fácilmente teniendo en cuenta las circunstancias de la época.

La Edad Media se había desarrollado sobre la barbarie; había hecho tabla rasa de la civilización antigua, con su filosofía, política y jurisprudencia, para empezar de nuevo. Del mundo antiguo no había recibido más que el cristianismo y una serie de ciudades en ruinas, despojadas de toda su civilización. La consecuencia fue que los curas obtuvieron

el monopolio de la instrucción, como suele pasar en toda civilización primitiva y que la misma instrucción tenía un marcado carácter teológico. En manos de los curas la política, la jurisprudencia y todas las demás ciencias no pasaron de ser meras ramas de la teología a las que se aplicaban los principios de aquella: El dogma de la Iglesia era al mismo tiempo axioma político y los textos sagrados tenían fuerza de ley en todos los tribunales. Aun después de crearse el oficio independiente de los juristas, la jurisprudencia permaneció bajo la tutela de la teología. Esta supremacía de la teología en todas las ramas de la actividad intelectual era debida también a la posición singular de la Iglesia como símbolo y sanción del orden feudal. Es evidente que todo ataque general contra el feudalismo debía, primeramente, dirigirse contra la Iglesia, y que todas las doctrinas revolucionarias, sociales y políticas, debían ser, en primer lugar, herejías teológicas. Para poder tocar el orden social existente había que despojarlo de su aureola.

La oposición revolucionaria contra el feudalismo se manifiesta a través de toda la Edad Media. Según las circunstancias aparece como misticismo, herejía abierta o insurrección armada. En cuanto al primero se conoce hasta qué punto los reformadores del siglo XVI dependían de él. También Münzer le debe mucho.

Por una parte, las herejías expresaban la reacción de los pastores patriarcales de los Alpes contra el feudalismo invasor (los valdenses)¹¹; por otra, la oposición de las ciudades emancipadas del feudalismo (los albigenses¹², Arnaldo de Brescia¹³, etc.); finalmente, la insurrección directa de los campesinos (Juan Ball)¹⁴, etc. Prescindamos de la herejía patriarcal de los valdenses y de la insurrección de los cantones suizos como de un intento de forma y contenido reaccionarios para cerrar el paso a la evolución histórica y que sólo tuvo una importancia local.

En las dos restantes herejías medievales encontramos desde el siglo XII la huella de las divergencias que separan la oposición burguesa de la campesina y plebeya y que motivaron el fracaso de la guerra campesina. Estas divergencias subsistieron durante toda la segunda parte de la Edad Media.

La herejía de las ciudades (que es de cierto modo la herejía oficial de la Edad Media) se dirigía principalmente contra los curas, atacándolos por su riqueza y su influencia política. De igual modo que la burguesía de nuestros días pide un “gouvernement a bon marche”, un gobierno barato, los burgueses de la Edad Media pedían una “église a bon marche”, una iglesia barata. La herejía burguesa tenía la forma reaccionaria de toda herejía que en la evolución de la Iglesia y de su doctrina no quiere ver sino una degeneración. Exigía la restauración del cristianismo primitivo con su aparato eclesiástico simplificado y la supresión del sacerdocio profesional. Esta institución barata hubiera acabado con los monjes, los prelados, la curia romana, en una palabra, con todo lo que la Iglesia tenía de costoso. Aunque protegidas por monarcas, las ciudades eran republicanas; en sus ataques contra el papado expresaron por primera vez que la república es la forma normal de la dominación burguesa. Su enemistad contra una serie de dogmas y preceptos de la Iglesia se explica por los hechos que ya hemos

¹¹ Herejía que aún subsiste en los valles de los Alpes. Fue fundador de la secta Pedro Valdo (o Váldez) hacia 1170.

¹² Herejía de los “buenos cristianos” enemigos de la Iglesia romana. Floreció en el sur de Francia (especialmente en la región de Tolosa) durante los siglos XII y XIII. El papa Inocencio II ordenó su exterminio.

¹³ Siglo XII. Combatió el poder temporal de la Iglesia. Fue jefe de la revolución que proclamó la república romana, desterrando al Papa. Murió en la hoguera.

¹⁴ Fue ejecutado en 1385, después de aplastada la insurrección campesina en Inglaterra. A Ball se le atribuye el refrán: “Cuando Eva hilaba, cuando araba Adán / ¿dónde estaba entonces el noble galán?”

enumerado y por sus condiciones de vida en general. El mismo Bocaccio¹⁵ nos da a conocer las razones que movieron a las ciudades a impugnar el celibato en tonos tan vehementes. Arnaldo de Brescia en Italia y Alemania, los albigenses en el sur de Francia, Juan Wycliffe¹⁶, en Inglaterra, Juan Hus y los calixtinos en Bohemia fueron los principales representantes de esta tendencia. El hecho de que en estos casos la oposición contra el feudalismo no se manifestase sino como oposición al feudalismo eclesiástico, tiene su explicación en la independencia que ya habían logrado las ciudades, en tanto que estado reconocido, que gozaba de privilegios y podía muy bien resistir al feudalismo secular por medio de las armas, por la decisión de sus asambleas.

Aquí, como en el sur de Francia, como en Inglaterra y Bohemia la mayor parte de la pequeña nobleza se solidariza con la herejía de las ciudades en la lucha contra los curas, lo que pone de manifiesto la dependencia en que las ciudades tenían la pequeña nobleza y a su comunidad de intereses frente a los príncipes y preladados. Esta alianza surgirá en la guerra campesina.

La herejía que expresaba los anhelos de plebeyos y campesinos y que casi siempre daba origen a alguna sublevación, tenía un carácter muy diferente. Hacía suyas todas las reivindicaciones de la herejía burguesa que se referían a los curas, al papado y a la restauración de la iglesia primitiva, pero al mismo tiempo iba mucho más allá. Pedía la instauración de la igualdad cristiana entre los miembros de la comunidad y su reconocimiento como norma para la sociedad entera. La igualdad de los hijos de Dios debía traducirse por la igualdad de los ciudadanos y hasta por la de sus haciendas; la nobleza debía ponerse al mismo nivel que los campesinos, los patricios y burgueses privilegiados al de los plebeyos. La supresión de los servicios personales, censos, tributos, privilegios, la nivelación de las diferencias más escandalosas en la propiedad eran reivindicaciones formuladas con más o menos energía y consideradas como consecuencia necesaria de la doctrina cristiana, cuando el feudalismo estaba en su auge. Esta herejía plebeya y campesina (p. e. la de los albigenses) no se esperaba de la burguesía, pero durante los siglos XIV y XV se transforma en ideario de un partido bien definido, independiente de la herejía burguesa. Así Juan Ball, el predicador de la sublevación de Wat-Tyler en Inglaterra, aparece al margen del movimiento de Wycliffe como los *taboritas* al lado de los calixtinos en Bohemia. En el movimiento taborita se manifiesta ya bajo el ropaje teocrático esa tendencia republicana que a fines del siglo XV y al principio del XVI adquirió tanta importancia entre los representantes de los plebeyos alemanes.

Junto a esta forma de herejía existe la exaltación de las sectas místicas, los flagelantes. lollards¹⁷, etc., que en los tiempos de opresión mantienen viva la tradición revolucionaria.

Los plebeyos eran la única clase que entonces se hallaba enteramente al margen de la sociedad existente. Se hallaban fuera de la comunidad feudal y de la comunidad burguesa. No tenían privilegios ni bienes; no tenían ni siquiera la propiedad gravada con cargas abrumadoras de los campesinos y pequeños burgueses. Estaban desposeídos y sin derechos; en su vida normal ni siquiera entraban en contacto con las instituciones de un estado que ignoraba hasta su existencia. Eran un símbolo viviente de la disolución de la

¹⁵ Siglo XIV. En las novelas reunidas en el *Decamerón* describe la corrupción de costumbre que reinaba entre los curas y monjes.

¹⁶ 1320-1384, reformador religioso que profesaba ideas comunistas.

¹⁷ Secta ascética inspirada por Wycliffe, muy poderosa en la Inglaterra del siglo XIV. Querían suprimir el celibato de los sacerdotes, la confesión auricular y las guerras que “servían a los reyes para enriquecerse, despojando a los pobres”.

sociedad feudal y corporativa y al mismo tiempo los primeros precursores de la moderna sociedad burguesa.

Así se explica que ya entonces la fracción plebeya no pudiera contentarse con combatir tan sólo al feudalismo y a la burguesía privilegiada de los gremios, sino que hubo de ir (por lo menos en su imaginación) más allá de la propia sociedad burguesa apenas naciente y por qué esta fracción desposeída tuvo que renegar de ideas y conceptos que son comunes a todas las sociedades basadas en el antagonismo de clases. Las fantasías quiliásticas¹⁸ del cristianismo primitivo ofrecían el punto de referencia oportuno. Pero la superación, no sólo del presente, sino también del porvenir, no podía ser más que forzada e imaginaria; al primer intento de realización tenía que volver a encerrarse en los estrechos límites que permitían las circunstancias de entonces. El ataque contra la propiedad privada, la reivindicación de la comunidad de bienes, no podía dar más resultado que una simple organización de la caridad; la confusa igualdad cristiana podía a lo sumo traducirse por la burguesa igualdad ante la ley; la supresión de toda autoridad por fin se transforma en el establecimiento de gobiernos republicanos elegidos por el pueblo. La anticipación del comunismo en la imaginación condujo, en realidad, a una anticipación de la nueva sociedad burguesa.

Esta anticipación forzada de la historia posterior es muy explicable por las condiciones de vida de la fracción proletaria. En *Alemania* fue *Tomas Münzer* con su partido quien primero la llevo a cabo. Los taboritas habían tenido cierta comunidad de bienes quiliástica, pero tan sólo como medida puramente militar. Pero en el caso de *Münzer* estos brotes de comunismo expresan los anhelos de toda una fracción de la sociedad; desde que él los formuló por primera vez con cierta claridad, los encontramos en todos los grandes movimientos populares hasta que por fin se unieron en el movimiento proletario moderno; tal como en la Edad Media las luchas de los campesinos libres contra la dominación feudal, cada vez más amenazante, se unió con la lucha de los vasallos y siervos por la destrucción total de esta dominación.

Mientras en el *campo católico conservador* se juntaron todos los elementos interesados en la conservación de lo existente, es decir, el poder imperial, los príncipes eclesiásticos y parte de los seculares, los nobles ricos, los prelados y el patriciado de las ciudades, *la reforma luterana burguesa y moderada* agrupa a los elementos pudientes de la oposición, la masa de la pequeña nobleza, la burguesía y hasta una parte de los príncipes seculares que querían enriquecerse incautándose de los bienes del clero y que aprovecharon esta oportunidad para lograr una mayor independencia frente al poder imperial. Los campesinos y plebeyos por fin formaron el partido *revolucionario*, cuyo portavoz más ardiente fue *Tomas Münzer*.

Por sus doctrinas, su carácter y su conducta Lutero y *Münzer* fueron los perfectos representantes de sus partidos.

De 1517 a 1525 Lutero cambió de igual modo que los constitucionalistas alemanes de 1846 a 1849 y como todos los partidos burgueses que, colocados en un momento a la cabeza del movimiento, se ven desplazados por el partido proletario o plebeyo que forma en su retaguardia.

Cuando en 1517¹⁹ Lutero atacó por primera vez el dogma y las instituciones de la Iglesia católica, su oposición no tenía un carácter bien definido. Sin ir más allá de la antigua herejía burguesa no excluía tampoco ni podía excluir las tendencias más radicales. En el primer momento había que reunir todos los elementos de la oposición, había que demostrar la energía revolucionaria más decidida, había que representar a la totalidad de

¹⁸ Creencia consistente en que un milagro divino (la vuelta de Cristo) inauguraría una era milenaria de felicidad comunista para los hijos de Dios en la tierra.

¹⁹ En las 95 tesis de Wittenberg que dieron comienzo a la Reforma.

las herejías frente a la ortodoxia católica. En esto se parece a nuestros burgueses liberales que, en 1847, eran revolucionarios, se decían socialistas y comunistas y se entusiasmaban por la emancipación de la clase trabajadora. En este primer periodo Lutero dio libre curso a toda la vehemencia de su temperamento de campesino vigoroso. “Si su furia [la de los curas romanos] debiese seguir, me parece sería el mejor consejo y remedio atajarla por la violencia, armándose reyes y príncipes para atacar a esta gente dañosa que al mundo entero envenena, y acabar con ella *por las armas, no con palabras*. ¿No castigamos a los ladrones con espada, a los asesinos con garrote, a los herejes con el fuego? ¿Por qué no atacamos pues a estos maestros de perdición cual son papas cardenales, obispos y toda la gentuza de la Sodoma romana? ¿Por qué no los atacamos con toda clase de armas y lavamos nuestras manos en su sangre?”.

Pero esta furia revolucionaria del principio terminó pronto. El rayo que Lutero había lanzado cayó en el polvorín. El pueblo alemán se puso en movimiento. De un lado los campesinos y plebeyos vieron en sus proclamas contra los curas, en su sermón sobre la libertad cristiana, la señal de la sublevación; del otro lado, los burgueses moderados y una gran parte de la pequeña nobleza se unieron a él; y hasta algunos príncipes fueron arrastrados por la tormenta. Unos creyeron que había llegado el día de ajustar las cuentas a sus opresores, otros solo querían destruir el poder de los curas, la hegemonía romana y enriquecerse por la incautación de los bienes eclesiásticos. Los partidos se separan y eligieron sus representantes. Lutero tuvo que escoger. El protegido del elector de Sajonia, el respetable profesor de la Universidad de Wittenberg que del día a la mañana se hizo célebre y poderoso, el gran hombre, rodeado de lacayos y aduladores, no vacilo ni un momento. Dejo caer a los elementos populares del movimiento para unirse al sequito burgués, aristocrático y monárquico. Enmudecieron los llamamientos a la guerra de exterminio contra Roma. Ahora Lutero recomendaba la *evolución pacífica* y la *resistencia pasiva*. (Véase p. e. “A la nobleza de la nación alemana” 1520 etc.) Cuando Hutten le invito a visitarlo a él y a Sickingen en el castillo de Ebernburg que era el centro de la conspiración de la nobleza contra los curas y príncipes, Lutero le contestó: “No quiero que el Evangelio se imponga *por la violencia y vertiendo sangre*. El mundo fue ganado por la palabra, la Iglesia por la palabra fue instituida y por la palabra renacerá y el Anticristo, habiéndolo conseguido todo sin violencia, caerá sin violencia”.

Desde que se realizó este cambio o, mejor dicho, desde que se definió la tendencia de Lutero, empezó el regateo de si se debían conservar o reformar tales y cuales dogmas e instituciones, principiaron aquellos repugnantes conciliábulos, concesiones, intrigas y convenios que dieron como resultado la “confesión de Augsburgo”, el estatuto de la iglesia burguesa reformada, logrado después de mucho intrigar. Es exactamente el mismo tráfico que últimamente se ha repetido hasta la náusea en las asambleas nacionales alemanas, las “asambleas de convenio”, “cámaras de revisión” y “parlamentos” de Erfurt. En estas negociaciones se manifestó el carácter cerrilmente burgués de la Reforma oficial. Lutero, como representante declarado de la reforma burguesa, tenía razones muy serias para predicar el progreso legal. La mayoría de las ciudades había aceptado la Reforma; también cundía entre la pequeña nobleza, una parte de los príncipes la aceptó, los demás estaban indecisos. El éxito estaba casi asegurado, por lo menos en una gran parte de Alemania. Si seguía el desarrollo pacífico, las demás regiones no podían rebatir a la larga el empuje de la oposición moderada. Pero toda agitación violenta hubiese hecho estallar el conflicto entre el partido moderado y los extremistas plebeyos y campesinos; los príncipes, la nobleza y muchas ciudades se apartarían del movimiento y el partido burgués sería desplazado por los campesinos y plebeyos o la reacción católica aplastaría a todos los partidos del movimiento. Últimamente hemos tenido bastantes ejemplos de cómo los partidos burgueses cuando han conseguido algún pequeño éxito se empeñan en conservar

por medio del progreso legal el equilibrio entre el Escila de la revolución y el Caribdis de la restauración.

Dadas las circunstancias políticas y sociales de aquella época todo cambio debía necesariamente redundar en provecho de los príncipes y aumentar su poder; la Reforma burguesa, cuanto más se separaba de los elementos plebeyos y campesinos, más debía de caer bajo el dominio de los príncipes conformes con ella. El mismo Lutero terminó por ser su lacayo y el pueblo supo perfectamente lo que hacía cuando dijo que Lutero se había convertido en servidor de los príncipes como los demás y cuando lo apedreó en Orlamünde.

Al estallar la guerra de campesinos en regiones donde los príncipes y la nobleza eran en su mayoría católicos, Lutero trató de adoptar una actitud conciliadora. Arremetió contra los gobiernos atribuyéndoles la culpa de la insurrección por la opresión que ejercían. Según él los campesinos no eran los que oponían la resistencia, sino el mismo Dios. De otra parte, la sublevación era también impía y contraria al Evangelio. Finalmente aconsejó a ambos bandos que se hicieran mutuas concesiones y se reconciliaran.

Pero a pesar de esta mediación benévola la insurrección se extendió rápidamente; en las regiones protestantes gobernadas por príncipes, señores o ciudades luteranas la sublevación arrolló a la Reforma burguesa y “razonable”. En la misma Turingia, donde vivía Lutero, establecieron su cuartel general los más decididos insurgentes capitaneados por Münzer. Algunos éxitos más y Alemania entera ardía en llamas, Lutero era apresado (y tal vez “pasado por las baquetas” como traidor) y la Reforma burguesa arrastrada por la marea de la revolución campesina y plebeya. No había tiempo para vacilar. Frente a la revolución se olvidaron los viejos rencores; en comparación con las bandas de campesinos, los servidores de la Sodoma romana eran mansos corderos, inocentes hijos de Dios; burgueses y príncipes, nobles y curas, Lutero y el Papa se aliaron “contra las bandas asesinas de campesinos ladrones”. “Hay que *despedazarlos, degollarlos y apuñalarlos, en secreto y en público*; ¡y los que puedan que los maten como se mata a un perro rabioso!”, gritaba Lutero. “Por esto, queridos señores, oídme y matad, degolladlos sin piedad; y aunque muráis ¡cuán dichosos seréis! pues jamás podríais recibir una más feliz muerte. Nada de falsa piedad con los campesinos. Son como los insurgentes los que de ellos se apiaden, porque Dios no les tiene misericordia, sino antes quiere verlos castigados y perdidos. Luego los mismos campesinos darán las gracias al Señor cuando tengan que entregar una vaca para poder disfrutar en paz de la que queda; por esta rebeldía los príncipes conocerán el espíritu de la plebe a la que no pueden gobernar sino por la violencia. “Dice el sabio; *cibus onus et virgam asino*,²⁰ al campesino corresponde paja de avena; si son insensatos y no quieren obedecer a la palabra que obedezcan a la “virga”, al arcabuz, y será para el bien de ellos. Deberíamos rezar para que obedezcan; y sino nada de conmiseración. *Dejad que les hablen los arcabuces*, sino será mil veces peor”.

Exactamente igual hablaban nuestros filántropos burgueses y ex socialistas, cuando el proletariado les fue a reclamar su parte después de la victoria.

Con su traducción de la Biblia, Lutero había dado un instrumento poderoso al movimiento plebeyo. En la Biblia había opuesto el cristianismo sencillo de los primeros siglos al cristianismo feudal de la época; frente a la sociedad feudal en descomposición había descrito una sociedad que desconocía la jerarquía feudal, compleja y artificiosa. Este instrumento, los campesinos lo habían empleado a fondo contra los príncipes, la nobleza y los curas. Ahora Lutero lo volvió contra ellos y sacó de la misma Biblia la alabanza de las autoridades instituidas por la gracia de Dios, como ningún lacayo de la monarquía absoluta lo hizo jamás. La Biblia sirvió para justificar la monarquía por la

²⁰ Al asno, la cebada, la carga y el azote.

gracia de Dios, la obediencia pasiva y hasta la servidumbre. Fue la negación no solo de la sublevación campesina sino de la rebeldía del mismo Lutero contra la autoridad espiritual y secular; la traición en beneficio de los príncipes no solo de la rebeldía popular sino del movimiento burgués.

(No hace falta nombrar la burguesía que últimamente nos ha dado nuevos ejemplos de esta traición de su propio pasado).

A Lutero, reformador burgués, opongamos a Münzer, revolucionario plebeyo.

Tomas Münzer nació en Stolberg, en la montaña del Harz, hacia el año 1498²¹. Parece que su padre murió ahorcado, víctima de la arbitrariedad de los condes de Stolberg. A la edad de 15 años, siendo alumno de la escuela de Halle, fundó ya una liga secreta contra el arzobispo de Magdeburgo y la Iglesia romana en general. Su erudición teológica le valió pronto el título de doctor y un puesto de capellán en un convento de monjas. Ya entonces trataba con el mayor desprecio el dogma y los ritos de la Iglesia, diciendo misa omitía las palabras de la transustanciación y como refiere Lutero, se comía los dioses no consagrados. Estudiaba, sobre todo, los místicos medievales y particularmente los escritos quiliásticos de Joaquín Calabres²². En la Reforma y en la inquietud de la época Münzer veía el principio del nuevo reino milenarista, el juicio de Dios sobre la Iglesia degenerada y el mundo corrompido que había descrito el Calabres. Sus sermones lograron gran aplauso en la región. En 1520 vino a Zwicken como primer predicador evangélico. Allí se encontró con una de aquellas sectas de quiliastas exaltados que seguían existiendo en muchas regiones y bajo cuya humildad y retraimiento momentáneo se escondía la creciente oposición de las capas inferiores de la sociedad contra el vigente estado de cosas; ahora, al aumentar la agitación, salieron a la luz manifestándose con mayor firmeza. Eran la secta de los anabaptistas a cuya cabeza iba *Nicolás Storch*. Anunciaban el juicio final y el reino milenarista; tenían “visiones, arrobamientos y el don de la profecía”. Pronto entraron en conflicto con el ayuntamiento de Zwicken; Münzer lo defendió a pesar de no identificarse con ellos y logró tenerlos bajo su influencia. El ayuntamiento inició una represión enérgica; los anabaptistas y Münzer con ellos tuvieron que abandonar la ciudad. Esto sucedió a fines de 1521.

Marchó a Praga donde intentó ganar terreno en contacto con los restos del movimiento husita. Pero las proclamas no tuvieron más efecto que obligarle a huir también de Bohemia. En 1522 se hizo predicador en Altstedt. Allí empezó a reformar el culto. Suprimió totalmente el uso del latín, antes de que Lutero se atreviese a hacerlo, dejando que se leyese la Biblia entera y no tan sólo las epístolas y evangelios de rigor en el culto dominical. Al mismo tiempo organizaba la propaganda en la región. El pueblo acudía de todas partes y Altstedt vino a ser el centro para Turingia entera del movimiento anticlerical popular.

Münzer seguía siendo el teólogo; sus ataques se dirigían casi exclusivamente contra los curas. Pero no propugnaba la discusión pacífica y el progreso legal como ya lo hacía Lutero, sino que siguió predicando la violencia, llamando a los príncipes sajones y al pueblo a la intervención armada contra los curas romanos. “¿No dijo Cristo: he venido, no a traer la paz, sino la espada? ¿Y qué debéis hacer con aquella? Nada, sino alejar y separar a la gente ruin que se opone al evangelio. Cristo ordenó con gran severidad: (Luc. 18: 27). Apresad a mis enemigos y matadlos ante mis ojos... No os valgáis del vano pretexto de que el brazo de Dios lo debe hacer sin la ayuda de vuestra espada, que bien pudiera aquella enmohecerse en su vaina. Los que se opondrán a la revelación divina, sean aniquilados sin piedad, como Hisquias, Ciro, Josías, Daniel y Elías destruyeron a los pontífices de Baal, la Iglesia cristiana no puede de otro modo volver a su origen. En

²¹ Probablemente ya en 1490 o 1493.

²² De 1130 a 1202, anunció la venida de una nueva era de fraternidad cristiana.

tiempo de vendimia hay que arrancar las malas hierbas de la viña del señor. Dios ha dicho: (S. Moisés. 7). “No tengáis compasión con los idólatras, romped sus altares, destrozad sus imágenes y quemadlos para que no me enoje”.

Pero estos llamamientos a los príncipes no tuvieron éxito: mientras tanto la agitación revolucionaria crecía continuamente. Las ideas de Münzer se hicieron más precisas y más audaces. Münzer se separó de la Reforma burguesa y se hizo agitador político.

Su doctrina teológica y filosófica no sólo atacaba los principios del catolicismo, sino que se volvió contra el cristianismo en general. Bajo las formas cristianas Münzer enseñaba un panteísmo que tiene un parecido extraño con las teorías especulativas modernas acercándose algunas veces al ateísmo. Desechaba la Biblia en tanto que revelación única e infalible. La verdadera revelación, la revelación viviente es la razón humana que ha existido y existe en todos los pueblos. Oponer la Biblia a la razón significa matar el espíritu por la letra. El Espíritu Santo de que tanto habla la Biblia, no existe fuera de nosotros; el Espíritu Santo es la misma razón. La fe no es más que el despertar de la razón en el hombre; por eso también los paganos pueden tener la fe. La fe, la razón llamada a la vida, diviniza y santifica al hombre. El cielo no es de ultratumba, hay que buscarlo en esta vida; al creyente incumbe la misión de establecer este cielo, el reino de Dios, aquí sobre la tierra. Asimismo, no hay cielo en el más allá, tampoco existe un infierno o condenación eterna. Y no hay más diablo que la codicia y concupiscencia de los hombres.

Cristo fue un hombre como nosotros, un profeta y maestro cuya cena no es más que una comida conmemorativa donde se toma pan y vino sin ningún adorno místico.

Esta fue la doctrina que Münzer disimulaba debajo de la fraseología cristiana detrás de la cual la nueva filosofía tuvo que esconderse durante algún tiempo. Pero a través de sus escritos aparecen sus principios archiheréticos, y se ve que el adorno bíblico le importaba mucho menos que a ciertos discípulos de Hegel en tiempos recientes; y, sin embargo, los separaban tres siglos.

Su doctrina política procede directamente de su pensamiento religioso revolucionario y se adelantaba a la situación social y política de su época lo mismo que su teología a las ideas y conceptos corrientes. Si la filosofía religiosa de Münzer se acercaba al ateísmo, su programa político tenía afinidad con el comunismo; muchas sectas comunistas modernas en vísperas de la revolución de febrero no disponían de un arsenal teórico tan rico como “los de Münzer” en el siglo XVI. En su programa el resumen de las reivindicaciones plebeyas aparece menos notable que la anticipación genial de las condiciones de emancipación del elemento proletario que apenas acababa de hacer su aparición entre los plebeyos. Este programa exigía el establecimiento inmediato del reino de Dios, de la era milenaria de felicidad tantas veces anunciada, por la reducción de la Iglesia a su origen y la supresión de todas las instituciones que se hallasen en contradicción con este cristianismo que se decía primitivo y que en realidad era sumamente moderno. Pero según Münzer este reino de Dios no significaba otra cosa que una sociedad sin diferencias de clase, sin propiedad privada y sin poder estatal independiente y ajeno frente a los miembros de la sociedad. Todos los poderes existentes que no se conformen sumándose a la revolución serán destruidos, los trabajos y los bienes serán comunes y se establecerá la igualdad completa. Para estos fines se fundará una liga que abarcará no sólo toda Alemania, sino la cristiandad entera; a los príncipes y grandes señores se les invitará a sumarse y cuando se negaren a ello la liga con las armas en la mano los destronará o los matará a la primera ocasión. Inmediatamente Münzer se puso a organizar esta liga. Sus predicaciones tomaron un carácter todavía más violento y revolucionario; con la misma pasión que mostraba en condenar a los curas, tronaba contra

los príncipes, la nobleza y el patriciado y describía con colores sombríos la opresión presente comparándola con el cuadro fantástico de su reino milenario de igualdad social republicana. Además, publicaba un panfleto revolucionario tras otro y enviaba emisarios a todas partes, mientras él mismo organizaba la liga de Altstedt y sus alrededores.

El primer fruto de esta propaganda fue la destrucción de la capilla de Santa María en Mellerbach, cerca de Altstedt, con lo que se consiguió, el mandamiento: “Destrozad sus altares, romped sus columnas y quemad sus ídolos por el fuego, porque sois un pueblo santo” (Deut. 7, 5). Los príncipes se trasladaron personalmente a Altstedt y llamaron a Münzer al castillo. Allí pronunció un sermón como nunca lo habían oído de Lutero, esta “carne plácida de Wittenberg” como le llamaba Münzer. Basándose en el Nuevo Testamento insistió en que se debía matar a los gobernantes despiadados y especialmente a los frailes y curas que trataban el evangelio como una herejía. Los impíos no tienen derecho a vivir, si no fuera por la misericordia de los elegidos. Si los príncipes no destruyen a los impíos, Dios les quitara la espada, pues *el poder sobre la espada pertenece a la comunidad*. Los príncipes y grandes señores son la hez de la usura, del robo y del bandidaje; se apropian toda la creación; los peces en el agua, las aves en el aire y las plantas sobre la tierra les pertenecen. Y además de todo esto predicán a los pobres: “no robaras”, mientras ellos roban lo que pueden y explotan al campesino y al artesano; cuando cometen la menor falta los mandan colgar, y a la postre vendrá el doctor Mentiras²³ para dar su bendición y decir: Amen. “Los mismos señores hacen que les odie el pobre. No quieren quitar la causa de la rebeldía. ¿Cómo podría esto mejorar a la larga? ¡Ay, señores, que bien estará esto cuando el Señor ande entre los viejos jarros con una barra de hierro! Y como digo, seré rebelde. Y así estará bien.”

Este sermón díolo Münzer a la imprenta. El duque Juan de Sajonia desterró al impresor e impuso la censura del gobierno ducal de Weimar a todos los escritos de Münzer. Pero Münzer ni hizo caso de esta orden. En la ciudad libre de Mühlhausen mandó imprimir un panfleto sumamente violento. Pidió al pueblo se manifestase “para que vean y entiendan todos cómo son nuestros caciques, aquellos sacrílegos que de Dios han hecho un hombrezuelo pintado”; y terminó con las siguientes palabras: “El mundo entero tendrá que sufrir un gran trastorno; empezara tal revuelo que los sacrílegos serán precipitados de sus sitios y los humildes enaltecidos”. Como lema “Tomas Münzer con el martillo” puso sobre la portada: “Escucha: he puesto mis palabras en tu boca y te he colocado hoy por encima de las gentes y de los imperios, para que arranques, rompas, disperses y destruyas y para que plantes y construyas. Una muralla de hierro esta levantada entre los reyes, príncipes, curas y el pueblo. Que vayan a pelear aquellos, la victoria milagrosa será el ocaso de los tiranos impíos y brutales”.

Desde tiempo atrás la ruptura con Lutero y su partido era un hecho consumado. El mismo Lutero había tenido que aceptar muchas reformas eclesiásticas que Münzer había introducido sin consultarle. Observaba la actividad de Münzer con el recelo airado que siente un reformador moderado frente al empuje de un partido revolucionario. En la primavera de 1524 Münzer había escrito a este prototipo de filisteo y burócrata tísico, a Melanchton, que él y Lutero no entendían, nada del movimiento, que buscaban ahogarlo en la beatería y pedantería bíblica y que toda su doctrina estaba podrida. “Queridos hermanos, dejad la espera y las dudas, el tiempo urge, el verano está en la puerta. No hagáis amistad con los impíos, pues ellos impiden que la palabra obre con toda su fuerza. No aduléis a vuestros príncipes, si no queréis perecer con ellos. ¡Oh, sutiles doctores!, no os enfadéis, que no puedo obrar de otra manera”.

²³ Lutero.

Varias veces Lutero desafió a Münzer a discutir con él en pública controversia; pero si este se encontraba dispuesto a la lucha abierta ante el pueblo, no tenía en cambio, el menor deseo de iniciar una lucha teológica ante el público parcial de la Universidad de Wittenberg. No quería “reservar el producto espiritual exclusivamente para la alta escuela”. Si Lutero era sincero ¿por qué no empleaba su influencia en hacer cesar las medidas arbitrarias contra el impresor y la censura de sus escritos, para poder decidir la lucha libremente por medio de la prensa?

Ahora, después de publicado aquel folleto revolucionario de Münzer, Lutero lo denunció públicamente. En su carta impresa “a los príncipes de Sajonia contra el espíritu rebelde” declaró a Münzer instrumento de Satán e invitó a los príncipes, interviniesen y expulsasen a los instigadores de la rebelión que no se contentaban con propagar sus malas doctrinas, sino que predicaban la insurrección y la resistencia violenta contra las autoridades.

El primero de agosto Münzer, acusado de fomentar manejos subversivos, tuvo que justificarse ante los príncipes reunidos en el palacio de Weimar. Se habían comprobado hechos sumamente graves; habían descubierto su liga secreta, conocían su intervención en las asociaciones de mineros y campesinos. Lo amenazaron con el destierro. De regreso en Altstedt, supo que el duque Jorge de Sajonia pedía su extradición; se habían interceptado cartas escritas por él y en las que llamaba a los súbditos de Jorge a la resistencia armada contra los enemigos del Evangelio. Si no hubiese abandonado la ciudad el ayuntamiento lo hubiera entregado.

Entre tanto, la agitación creciente que reinaba entre los campesinos y plebeyos, había facilitado enormemente la propaganda de Münzer. Había encontrado agentes inestimables en la persona de los anabaptistas. Esta secta no tenía un dogma positivo bien definido, la aglutinaba la oposición contra todas las clases dominantes y el símbolo común del segundo bautismo. Hacían una vida severa y ascética; incansables, fanáticos e impávidos en la agitación, se habían agrupado más y más en derredor de Münzer. Excluidos por las persecuciones de toda residencia fija, corrían por Alemania, propagando en todas partes la nueva doctrina de Münzer, en la que encontraban la explicación de sus propias necesidades y deseos. Muchos fueron torturados, quemados o ejecutados, pero la valentía y la perseverancia de estos emisarios no conocían límites; y dada la creciente excitación del pueblo su actuación tuvo un éxito inmenso. Al huir de Turingia, Münzer encontró el terreno preparado cualquiera que fuese su ruta.

Cerca de Nuremberg, a donde se dirigió inmediatamente, se acababa de ahogar en sus gérmenes una revuelta campesina. Münzer hizo una agitación solapada; y pronto aparecieron hombres que defendieron sus teorías más atrevidas sobre la intranscendencia de la Biblia y la vanidad de los sacramentos y declaraban que Cristo no era más que un hombre y que la autoridad secular era contraria a Dios. “¡Allí anda el Satanás, el espíritu de Altstedt!”, exclamó Lutero. En Nuremberg, Münzer dio a la imprenta su respuesta a Lutero. No vaciló en acusarlo de adular a los príncipes y de apoyar a la reacción con su actitud ambigua. Sin embargo, el pueblo conquistará su libertad y al doctor Lutero le pasará lo que a un zorro capturado. El ayuntamiento mandó recoger el panfleto y Münzer tuvo que abandonar la ciudad.

Atravesando Suabia se trasladó a Alsacia y a Suiza, regresando luego a la Selva Negra, donde la insurrección ya había estallado desde había algunos meses, acelerada en gran parte por la labor de sus emisarios anabaptistas. Este viaje de propaganda efectuado por Münzer merece haber contribuido en gran medida a la organización del partido popular, a la clara definición de sus reivindicaciones y a la insurrección general en abril de 1525. Entonces se manifiesta claramente la doble eficacia de Münzer frente al pueblo al que animaba empleando las frases del profetismo religioso que eran las únicas

comprensibles para todos, y frente a los iniciados con los que podía hablar abiertamente de su tendencia final. Antes, en Turingia, había reunido un grupo de hombres decididos que pertenecían al pueblo y a las capas inferiores del clero y los había colocado al frente de las asociaciones clandestinas, pero luego, en la Alemania del suroeste, el mismo se transforma en eje de todo el movimiento revolucionario. Establece relaciones entre Sajonia, Turingia y Franconia y Suabia hasta Alsacia y la frontera suiza; entre sus discípulos y jefes de su liga se encuentran agitadores como Hubmaier en Waldshut, Conrado Grebe en Zúrich, Francisco Rabmann en Griessen, Schappelar en Memmingen, Jacobo Wehe en Leipheim, el doctor Mantel en Stuttgart, que en su mayoría eran sacerdotes revolucionarios.

Münzer permanecía en Griessen cerca de la frontera suiza y desde allí corría a través del Hegau y Klettgau etc. Las persecuciones sangrientas de que los príncipes y señores asustados hicieron víctimas a esta nueva herejía plebeya, contribuyeron mucho a encender el espíritu de rebeldía y a fortalecer la unión. Después de cinco meses de agitación en la Alemania del sur, cuando la insurrección era inminente, Münzer regresó a Turingia, donde quería dirigir personalmente las operaciones y donde los encontraremos más tarde.

Veremos cómo el carácter y la actuación de ambos jefes reflejará fielmente la actitud de sus respectivos partidos. Si la indecisión, el miedo ante la potencia, cada vez mayor, del movimiento, el servilismo cobarde de Lutero correspondió exactamente a la política vacilante y ambigua de la burguesía, la decisión, la energía revolucionaria de Münzer se refleja en la fracción más avanzada de los plebeyos y campesinos. Pero mientras Lutero se contentaba con expresar el pensamiento y los anhelos de la mayoría de su clase para conquistar una popularidad sumamente barata, Münzer, en cambio, se adelantó en todo a las ideas y reivindicaciones que en su época abrigaban los plebeyos y campesinos y con la élite de los elementos revolucionarios existentes constituyó un partido que en la medida en que estaba a la altura de sus ideas y de su energía no formaba sino una ínfima minoría de la masa sublevada.

III Los movimientos precursores de la gran guerra campesina entre 1476 y 1517

A los cincuenta años de haber sido aplastado el movimiento husita empezaron a manifestarse los primeros síntomas del naciente espíritu revolucionario de los campesinos alemanes. La primera conspiración de campesinos se originó en 1476, en el obispado de Witsburgo, país empobrecido a consecuencia de las guerras husitas y “por el mal gobierno, los numerosos tributos y prestaciones, las enemistades, guerras, incendios, matanzas, prisiones, etc.” y que continuaba siendo víctima del pillaje más vergonzoso por parte de los obispos, curas y nobles.

Un joven pastor y músico, *Juan Boheim de Niklashausen* llamado también “timbalero” y Pfeiferhanslein²⁴ se hizo profeta en el valle del Tauber. Contaba que la virgen María se le había aparecido y que le había ordenado quemase el timbal y dejase el baile y los placeres sensuales para exhortar al pueblo a la penitencia. Cada cual debía renunciar a sus pecados y al vano placer de este mundo, deshacerse de joyas y adornos y emprender una peregrinación a la virgen de Niklashausen para obtener el perdón de sus pecados.

En este primer precursor del movimiento nos encontramos con el mismo ascetismo que caracteriza todas las insurrecciones medievales de tipo religioso, como también en tiempos recientes el comienzo de todo movimiento proletario. Esta austeridad ascética, este postulado del renunciamiento de todos los placeres y diversiones, establece frente a las clases dominantes el principio de la igualdad espartana y constituye una etapa de transición necesaria, sin la cual la capa inferior de la sociedad nunca se podrá poner en marcha. Para desplazar su energía revolucionaria, para tener la conciencia de su posición hostil frente a los demás elementos de la sociedad, para concentrarse como tal clase, debe empezar por deshacerse de todo lo que pudiera reconciliarla con el orden establecido y renunciar a los pocos placeres que todavía le hacen soportable su vida mísera y que ni la presión más fuerte le podrá arrebatar. Por su forma fanática y violenta, así como por su contenido, este *ascetismo plebeyo y proletario* se distingue fundamentalmente del *ascetismo burgués*, tal como lo predicaban la moral burguesa, luterana y los puritanos ingleses (que difieren de los Independientes y otras sectas más avanzadas) y que en el fondo no es más que la *parsimonia burguesa*. Claro está que este ascetismo plebeyo y proletario pierde su carácter revolucionario en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas modernas incrementa (hasta el infinito) el material disfrutable haciendo innecesaria la igualdad espartana, y al mismo tiempo la posición del proletariado en la vida social, así como su carácter será más y más revolucionario. El ascetismo desaparece de entre las masas para refugiarse entre los sectarios que se transformaron ya sea directamente en avaricia burguesa, ya sea en una beatería hipócrita que en la práctica no será más que la mezquina avaricia de los artesanos gremiales y burguesotes pedantes. No hace falta predicar el desprendimiento a la masa proletaria pues ya no le queda casi nada de que desprenderse.

²⁴ Juanito de la flauta.

La exhortación a la penitencia que hizo Pfeiferhäslein logró grandes aplausos; todos los profetas de la insurrección empezaban recitándola y en efecto, únicamente el esfuerzo violento, la renunciación repentina y total al género de vida acostumbrado eran capaces de galvanizar; esta masa campesina dividida y dispersa que había crecido en un ambiente de obediencia ciega. Empezaron las peregrinaciones a Niklashausen y aumentaron rápidamente. Mientras más acudía el pueblo, más abiertamente el joven rebelde se pronunciaba sobre sus proyectos. La madre de Dios le había anunciado que desde entonces en adelante no debía haber emperador ni príncipe ni papa, ni otra autoridad espiritual o secular. Todos los hombres debían considerarse como hermanos, ganarse el pan con el trabajo de sus propias manos y nadie debía poseer más que el otro. Había que suprimir radicalmente los censos, pechos, servicios, peajes y otros tributos y garantizar en todas partes el libre disfrute de los bosques, del agua y de los pastos.

El pueblo acogió con simpatía este nuevo evangelio, la fama del profeta del “mensaje de Nuestra Señora” se extendió rápidamente. Los peregrinos afluyeron del Odenwald, del Mein, del Kocher y del Jaxt y hasta de Baviera, de Suabia y del Rin. Relataban los milagros que decían habían hecho, se arrodillaban ante él y lo veneraban como a un santo; peleaban para obtener las franjas arrancadas de su gorro, como si fueran reliquias y amuletos. Los curas se volvieron en balde contra él calificando su historia como un embeleso diabólico y sus milagros como un engaño infernal. La masa de los creyentes aumentaba rápidamente, la secta revolucionaria empezó a formarse, los sermones dominicales del pastor rebelde congregaban 40.000 personas y aún más.

Durante varios meses Pfeiferhäslein adoctrinó a las masas. Pero no pensaba limitarse a predicar. Tenía relaciones secretas con el cura de Niklashausen y con dos caballeros, Kunz de Thunfeld y su hijo, partidarios de la nueva doctrina y futuros jefes militares de la insurrección proyectada. Por fin, el domingo que precedió a la fiesta de San Kiliano y cuando creía tener las fuerzas suficientes dio la señal esperada. “Y ahora, terminó su sermón, id a vuestras casas y pensad en lo que os anunció la santísima madre de Dios: el próximo domingo dejad que mujeres, niños y ancianos permanezcan en casa, pero vosotros, los hombres, vendréis a Niklashausen el día de Santa Margarita que es el próximo sábado, trayendo a vuestros hermanos y amigos, cualquiera que sea su número. Pero no vengáis con el bastón de los peregrinos, sino con las armas, la vela de los peregrinos en una mano, en la otra la espada o la alabarda: entonces la Santa Virgen os comunicará su voluntad”.

Pero antes de que llegasen las masas de campesinos, los jinetes del obispado fueron de noche a buscar al profeta insurrecto y lo llevaron al castillo de Witsburgo. El día convenido llegaron cerca de 34.000 campesinos armados, pero la prisión de su jefe, los desanimó. La mayor parte se dispersó; los iniciados, capitaneados por Kunz de Thunfeld y su hijo Miguel, se reunieron cerca de 16.000 hombres y con ellos marcharon al castillo. El obispo les intimó a retirarse haciéndoles grandes promesas; pero apenas empezaron a separarse cuando les sorprendieron los jinetes del obispo, haciendo varios prisioneros. Dos de ellos fueron decapitados y Pfeiferhäslein fue quemado en hoguera. Kunz de Thunfeld huyó y no fue readmitido en el país hasta después de haber cedido todos sus bienes al obispado. Las peregrinaciones a Niklashausen continuaron durante algún tiempo hasta que finalmente desaparecieron.

Después de este primer intento Alemania permaneció tranquila durante largo tiempo. Únicamente al final del siglo empezaron otra vez las conspiraciones e insurrecciones campesinas.

No hablaremos aquí de la insurrección de los campesinos holandeses en 1491 y 1492 que finalmente fueron aplastados por el duque Alberto de Sajonia en la batalla de Heemskerk, tampoco nos ocuparemos de la sublevación de los campesinos en la abadía

de Kempten en la alta Suabia, ni de la insurrección de 1497 en Frisia encabezada por Syaard y que fue reprimida por el mismo Alberto de Sajonia. Estas sublevaciones ya se producen en regiones muy apartadas del teatro de la verdadera guerra campesina, ya no son sino luchas de campesinos libres que resisten al intento de imponerles la dominación feudal. Pasaremos directamente a las dos grandes conspiraciones que fueron el prelude de la guerra campesina: el *Bundschuh*²⁵ y el *pobre Conrado*. La misma carestía que había provocado la insurrección de los campesinos en los Países Bajos fue el motivo para que en 1493 se formara en Alsacia una liga secreta de campesinos y plebeyos a la que perteneció también gente de la oposición burguesa y que fue vista con simpatía hasta por una parte de la pequeña nobleza. El centro de la conspiración estaba en la región de Selestado, Sulz, Dambach Rosheim, Scherweiler, etc. Los conjurados planearon tomar por sorpresa la fortaleza del Selestado en cuanto tuvieran la fuerza suficiente y pensaban incautarse de los caudales de los municipios y de los conventos organizando desde allí la insurrección en Alsacia entera. La bandera que iban a desplegar en el momento de la insurrección llevaba bordada una bota de campesino con correas largas, el "*Bundoschuk*" que durante los siguientes 20 años iba a ser el símbolo de las conspiraciones campesinas.

Los conspiradores celebraban sus reuniones de noche, sobre el monte Hungerberg desierto. La admisión de nuevos miembros se acompañaba de ceremonias misteriosas, amenazando a los traidores con penas severísimas. Sin embargo, el plan fue descubierto precisamente cuando se iba a dar el golpe contra el Selestado, en la semana santa de 1493. Las autoridades intervinieron rápidamente deteniendo a muchos conjurados que fueron torturados y descuartizados o decapitados, los restantes fueron desterrados del territorio después de cortarles los dedos o las manos. Muchos huyeron a Suiza.

Pero esta primera dispersión no había liquidado al *Bundschuh*. Al contrario, siguió existiendo en secreto y los numerosos fugitivos que corrían a través de Suiza y Alemania del sur fueron otros tantos emisarios que hallando en todas partes la misma opresión y el mismo afán de sublevarse popularizaron el *Bundschuh* en todo el actual país de Baden.

La fortaleza y perseverancia que mostraron los campesinos de la Alemania del sur conspirando desde 1493 durante cerca de 30 años y removiendo todos los obstáculos que la vida de los campos oponía a una mayor centralización, la constancia que los movió a seguir conspirando después de tantas dispersiones, derrotas y ejecuciones de sus jefes, hasta que por fin llegó el momento de la insurrección general, verdaderamente admirables.

En 1502 hubo indicios de agitación secreta entre los campesinos del obispado de Espira que entonces comprendía también la región de Bruchsal. Allí el *Bundschuh* se había reorganizado con notable éxito. Había 7.000 hombres en la liga cuyo centro se hallaba en Untergrombach, entre Bruchsal y Weingarten y cuyas ramificaciones se extendían hasta orillas del Mein y del Rin, por todo el margravisto de Baden. Exigían que no se pagara censo ni diezmo, ni tributo ni peaje a los príncipes, nobles y curas; que se suprimiera la servidumbre; que se confiscaran los conventos y otros bienes eclesiásticos para repartirlos entre el pueblo y que no se reconociera a otro señor que al emperador.

Por primera vez los campesinos exigen la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio del pueblo y el establecimiento de una monarquía alemana única e indivisible; las reivindicaciones que la fracción avanzada de los campesinos y plebeyos reproducirá periódicamente desde aquel momento, hasta que Tomas Münzer transforme el reparto de los bienes eclesiásticos en su incautación en beneficio de la comunidad y la monarquía alemana en república única e indivisible.

²⁵ Bota con correas.

Igual que el antiguo Bundschuh el nuevo tenía su sitio para celebrar las reuniones clandestinas, su juramento de guardar el secreto, su ceremonial de admisión y su bandera donde al lado de la bota figuraba la inscripción: ¡No pedimos sino la justicia de Dios! El plan de acción se parecía al de los alsacianos; en un golpe de sorpresa se iba a tomar la ciudad de Bruchsal donde la mayoría de los habitantes pertenecía a la liga; allí se organizaría un ejército ligero que se enviaría a los principados vecinos formando un centro de reclutamiento ambulante.

El plan fue denunciado por un sacerdote al que uno de los conspiradores le había revelado en secreto de confesión. Inmediatamente los gobiernos tomaron sus medidas. Se concentraron tropas y se procedió a efectuar detenciones en masa. El emperador Maximiliano, el “último caballero” dictó los decretos más sanguinarios contra los “manejos criminales” de los campesinos. En algunos sitios hubo alborotos y conatos de resistencia armada; pero los grupos aislados de campesinos no resistieron mucho tiempo. Algunos conspiradores fueron ejecutados, otros huyeron; pero el secreto fue guardado con tanto celo que la mayoría hasta de los mismos jefes pudo con toda tranquilidad permanecer en sus propias aldeas o por lo menos en los territorios vecinos.

Después de esta nueva derrota hubo otro espacio de tranquilidad aparente en la lucha de clases. En los primeros años del siglo XVI se forma en Suabia la liga del “*pobre Conrado*” probablemente en relación con los dispersos miembros del Bundschuh; en la Selva Negra el Bundschuh subsistió en algunos círculos pequeños; pasaron diez años hasta que un jefe campesino enérgico logró reunir los hilos dispersos en una gran conspiración. Ambos movimientos se produjeron sucesivamente durante los años 1513 a 1515, tan agitados, al mismo tiempo que la serie de las grandes insurrecciones de los campesinos suizos, húngaros y eslovenos.

Fue Joss Fritz de Untergrombach, fugitivo de la conspiración de 1502, antiguo soldado y carácter a todas luces eminente, quien restableció el Bundschuh en la región del alto Rin.

Después de su fuga había vivido en varios lugares entre el lago de Constanza y la Selva Negra y finalmente se había establecido en Lehen cerca de Friburgo en Brisgovia, donde se había hecho guarda forestal. Las actas de la instrucción contienen detalles interesantísimos sobre la actividad que desarrolló reorganizando la liga desde allí, obrando con gran acierto para hacer ingresar la gente más diversa. Gracias a los dones diplomáticos y a la extraordinaria perseverancia de este conspirador ejemplar le fue posible ganar a un sinnúmero de gentes de todas clases; caballeros, curas, burgueses, plebeyos y campesinos; y parece seguro que organizó al mismo tiempo varias conspiraciones.

A todos los elementos aprovechables los utilizaba con gran habilidad y acierto. Además de los emisarios iniciados empleaba a los vagabundos y mendigos para las misiones de menor importancia. Joss Fritz estaba en relación directa con los reyes de los mendigos y a través de ellos era dueño de toda la masa de vagabundos. Estos reyes de los mendigos desempeñaban un papel importante en su conspiración. Fueron tipos sumamente originales; el uno corría por el país acompañándolo una muchacha que decía tener heridas en los pies; pedía limosnas para ella. En su sombrero llevaba más de ocho medallas, los “catorce apotropeanos”, “Santa Odilia”, “Nuestra Señora”, etc.; tenía gran barba roja y un enorme bastón con puñal y puntilla. Otro que pedía en nombre de San Valentín, vendía especias y sanguijuelas y llevaba un gabán largo, color de hierro, boina roja con el “Niño de Trento”, una espada y en el cinturón gran número de navajas y un puñal. Otros tenían heridas que conservaban abiertas artificialmente y vestían las correspondientes prendas extravagantes. Había por lo menos diez de ellos; por una remuneración de 2.000 florines iban a encender las llamas de la insurrección

simultáneamente en Alsacia, en el margraviato de Baden y en Brisgovia. El día de la feria de Saverna se iban a encontrar en Rosen con 2.000 hombres de los suyos, para colocarse bajo el mando de Jorge Schneider, excapitán de lansquenets que iba a dirigir la toma de la ciudad. Entre los verdaderos miembros de la liga se organizó un servicio de estafetas de un lugar a otro: Joss Fritz y Cristóbal de Friburgo, su principal emisario, iban a caballo de un sitio a otro y de noche pasaban revista a los nuevos reclutas. Las actas de instrucción dan una prueba más que suficiente de la enorme difusión de la liga a orillas del Rin superior y en la Selva Negra; contienen un sinnúmero de los lugares más diversos de aquella región. En su mayoría son oficiales artesanos; los demás son campesinos y también hay taberneros, algunos nobles, curas como el de Lehen y lansquenets sin trabajo. Esta composición muestra el gran desarrollo que había adquirido el Bundschuh bajo la dirección de Joss Fritz; el elemento plebeyo de las ciudades empezaba a imponerse más y más. Las ramificaciones de la conspiración se extendían por toda Alsacia y Baden hasta Wurtemberg y hasta orillas del Mein. De vez en cuando se convocaban grandes asambleas sobre los montes apartados como el Kniebis, etc., para deliberar sobre los asuntos de la liga. Los jefes se reunían en el campo de Hartmatte cerca de Lehen asistiendo a la reunión los afiliados del lugar, así como los delegados de otras aldeas; allí se aprobaron los diez artículos de la liga. No se reconocería a ningún soberano fuera del emperador y (según querían algunos) del Papa; la supresión de la justicia imperial, la limitación de la jurisdicción eclesiástica a los asuntos eclesiásticos: la suspensión del pago de todos los intereses, cuando los pagos efectuados llegaran a cubrir el capital; la limitación del interés al cinco por ciento; la libertad de caza, pesca, pasto y corte de leña; la prohibición a los curas de tener más de una prebenda; la incautación de los bienes eclesiásticos y tesoros de los monasterios en beneficio de la caja militar de la liga; la supresión de todos los tributos y tasas injustas; la paz eterna en toda la cristiandad; la intervención enérgica contra todos los adversarios de la liga; el establecimiento de un impuesto a favor de la liga; la conquista de la plaza fuerte de Friburgo (para servir de centro a la liga); la iniciación de negociaciones con el emperador tan pronto como estuvieran reunidas las tropas de la liga y negociaciones con Suiza en caso de negarse a escucharlos el emperador. Estos fueron los puntos convenidos. En ellos se manifiesta claramente la forma cada vez más precisa y concreta de las reivindicaciones campesinas y plebeyas y se nota como al mismo tiempo fue necesario hacer concesiones de igual importancia a los moderados y a los tímidos.

La ofensiva estaba anunciada para el otoño de 1513. No faltaba más que la bandera y para encargarla Joss Fritz marchó a Heilbronn. Al lado de toda clase de emblemas e imágenes la bandera mostraba el Bundschuh y una inscripción que decía: “Señor, ayuda a tu justicia divina”. Pero durante su ausencia se intentó prematuramente tomar por sorpresa la ciudad de Friburgo; el intento se descubrió a tiempo; algunas indiscreciones en la propaganda ayudaron al ayuntamiento de Friburgo y al margrave de Baden a descubrir la trama y la traición de dos de los conspiradores completó la serie de las revelaciones. El margrave, el ayuntamiento y el gobierno imperial de Ensisheim movilizaron a sus esbirros y soldados; se detuvo a varios miembros del Bundschuh que fueron sometidos al tormento y ejecutados; pero también esta vez escaparon los demás, entre ellos Joss Fritz. Los gobiernos suizos ahora persiguieron con gran violencia a los fugitivos y hasta ejecutaron a algunos; pero les sucedió lo que a sus vecinos; no pudieron impedir que la mayoría de los fugitivos permaneciese cerca de su antigua residencia y volviese a ella pasado algún tiempo. El que más se ensañó fue el gobierno alsaciano de Ensisheim, que mandó degollar, torturar en la rueda y descuartizar a un gran número de fugitivos. Joss Fritz se estableció en la orilla suiza del Rin, haciendo frecuentes incursiones a la Selva Negra sin que fuese posible capturarlo.

Los suizos tuvieron razones serias para aliarse esta vez con los gobiernos vecinos en contra de los miembros del Bundschuh; lo demuestra la sublevación campesina que estalló el año siguiente (en 1514) en *Berna, Solura y Lucerna* y que tuvo como consecuencia la depuración de los gobiernos aristocráticos y del patriciado. Los campesinos lograron conquistar bastantes derechos. El éxito de estas insurrecciones locales fue debido únicamente a la falta de centralización que en Suiza era aún más absoluta que en Alemania. También en 1525 los campesinos pudieron liquidar a sus señores locales, pero sucumbieron ante los grandes ejércitos organizados de los príncipes que no existían en Suiza.

Al mismo tiempo que se organizaba el Bundschuh de Baden (y según parece en relación directa con él) se había tramado otra conspiración en Wurtemberg. Según las actas, existió desde 1503. Como al disolverse el Bundschuh de Untergrembach este nombre se había hecho demasiado peligroso, tomaron el de “*pobre Conrado*”. Su sede central era el valle del Rems en la falda del monte Hohenstufen. Su existencia ya no era un secreto, por lo menos para el pueblo. Gracias a la opresión vergonzosa que ejercía el gobierno del duque Ulrico y con motivo de los años de hambre que provocaron el estallido de 1513 y 1514 el número de miembros del Bundschuh había crecido rápidamente; las nuevas contribuciones sobre el vino, la carne y el pan y el impuesto sobre el capital que era de un pfenning anual por cada florín, hicieron estallar la revuelta. En primer lugar, se iba a tomar la ciudad de Schorndorf donde los cabecillas del complot solían reunirse en casa del cuchillero Gaspar Pregizer. La insurrección estalló durante la primavera de 1514. 3.000 campesinos (5.000 según algunos) cercaron la ciudad, pero los servidores del duque les hicieron toda clase de promesas y los movieron a retirarse otra vez. El duque Ulrico acudió con 80 jinetes y como había prometido suprimir los nuevos impuestos encontró tranquilidad absoluta. Prometió asimismo convocar la dieta para que examinase todas las reclamaciones. Pero los jefes de la liga sabían perfectamente que Ulrico no quería sino aprovecharse de la tranquilidad momentánea para levantar y concentrar las tropas suficientes para poder faltar a su palabra y recaudar los impuestos por la fuerza. En vista de esto los jefes cursaron desde la casa de Gaspar Pregizer (la “*cancillería del pobre Conrado*”) las invitaciones a un congreso de la liga, encontrando en todas partes el apoyo de los emisarios. El éxito de la primera sublevación en el valle del Rems había contribuido a popularizar todavía más el movimiento; las invitaciones y los emisarios encontraron un terreno favorable y al congreso que se celebró el 28 de mayo en Untertürkhen acudieron numerosos delegados de todo Wurtemberg. Decidieron activar la agitación y en la primera ocasión, dar la batalla en el valle del Rems para desde allí propagar la insurrección. Mientras tanto Juan Bantel de Dettingen, antiguo soldado, y Juan Singer, de Würtingen, cultivador, muy estimado entre los suyos, llevaron a la liga la representación de la montaña de Suabia. La sublevación se desencadenó en todas partes. Si bien Juan Singer fue sorprendido y capturado, las ciudades Backnang, Winnenden y Markgroningen cayeron entre las manos de los campesinos aliados con los plebeyos y el país entero de Weinsberg hasta Blaubeuren y de allí hasta la frontera de Baden se encontró en plena insurrección; Ulrico tuvo que ceder. Pero al mismo tiempo que convocó a la dieta para el día 25 de junio y escribió a las ciudades libres y príncipes vecinos pidiendo auxilio contra la insurrección que ponía en peligro a todos los príncipes, autoridades y patricios del imperio y que tenía “tan extraña semejanza con el Bundschuh”.

Entre tanto la dieta, es decir, los representantes de las ciudades y un gran número de campesinos que a su vez exigían una representación en ella, se fueron reuniendo en Stuttgart desde el día 18 de junio. Los prelados aún no habían llegado, los caballeros ni siquiera habían sido convocados. Los grupos de la oposición en la ciudad de Stuttgart y dos bandas de campesinos que amenazaban desde Loenberg y el valle del Rems apoyaron

las reivindicaciones campesinas. Sus delegados fueron admitidos; se acordó destituir y castigar a los odiados consejeros del duque, Lamparter, Thumb y Lorcher y se decidió poner al lado del duque un consejo compuesto por cuatro caballeros, cuatro ciudadanos y cuatro campesinos, concediéndose un presupuesto fijo a la casa ducal e incautándose la dieta de los conventos y monasterios en beneficio del erario público.

A estos acuerdos revolucionarios el duque Ulrico opuso un golpe de estado. El día 21 de junio marchó a Tübingen con sus caballeros y consejeros, lo siguieron los prelados; ordenó a los ciudadanos lo siguieran igualmente, lo que hicieron. Allí continuaron las sesiones de la dieta, pero sin los campesinos. Bajo la presión del terrorismo militar los burgueses traicionaron a sus aliados los campesinos. El día 8 de julio se firmó el tratado de Tübingen que impuso al país el pago de cerca de un millón de deudas ducales y al duque unas cuantas restricciones de las que nunca hizo caso, mientras los campesinos debieron contentarse con unas cuantas promesas imprecisas y platónicas y una ley contra las asociaciones y rebeldía que (ésta sí) era bastante positiva. Naturalmente ya no se volvió a hablar de la representación campesina en la dieta. Las masas rurales se agitaron indignadísimas a causa de la traición. Pero el duque había reconquistado su crédito al encargarse los estados del pago de sus deudas; ya pudo levantar tropas y también sus vecinos, sobre todo el elector del Palatinado, le enviaron cuerpos auxiliares; antes de finalizar el mes de julio el tratado de Tübingen fue aceptado por el país entero que no tardó en prestar juramento. Sólo en el valle del Rems resistió el “*pobre Conrado*” estando a punto de matar al duque que había acudido otra vez personalmente; los campesinos continuando su oposición establecieron su campo sobre el monte Kappelberg.

Pero al prolongarse esta situación la mayoría de los insurgentes se dispersó por falta de víveres y los restantes también terminaron por marcharse a sus aldeas, engañados por un convenio ambiguo que firmaron con algunos delegados de la dieta. A despecho del convenio, Ulrico, a cuyo ejército se habían incorporado las compañías voluntarias puestas a su disposición por las ciudades (que ahora después de conseguidas sus reivindicaciones se volvían fanáticamente contra los campesinos), atacó el valle del Rems saqueando ciudades y aldeas. Fueron detenidos 1.600 campesinos. 16 fueron decapitados inmediatamente, a los demás se les impusieron grandes multas en beneficio de la hacienda ducal. Muchos tuvieron que permanecer en la cárcel durante largo tiempo. Se dictaron leyes severísimas para impedir la reorganización de la liga y toda reunión de campesinos; la nobleza de Suabia formó una liga con el solo fin de reprimir todo intento de sublevación. Sin embargo, los caudillos del “*pobre Conrado*” habían podido refugiarse en Suiza de donde volvieron uno a uno, pasados algunos años.

Simultáneamente con el movimiento de Warttemberg se mostraron síntomas de nuevas perturbaciones debidas al Bundschuh en Brisgovia y en el margraviato de Baden. En el mes de junio se intentó una sublevación cerca de Bühl que fue sofocada en el acto por el margrave Felipe: el jefe, Sebastián Cubel, fue detenido en Friburgo y decapitado.

En la misma primavera de 1514 estalló la guerra de los campesinos en toda Hungría. Se habían hecho llamamientos a la cruzada contra los turcos, como siempre, prometiendo la libertad de los siervos y vasallos que se ofrecieran. Se reunieron 60.000 poniéndose bajo las órdenes de Jorge Dosa que se había distinguido en las guerras anteriores contra los turcos y al que se concedió un título de nobleza. Pero los caballeros y magnates húngaros vieron con muy malos ojos esta cruzada que los iba a despojar de su propiedad, es decir, de sus servidores. Persiguieron a las bandas de campesinos e hicieron volver a sus siervos a la fuerza, maltratándolos. Al enterarse los cruzados de lo sucedido, estalló la rabia de los campesinos oprimidos. Lorenzo y Bernabé, los más ardientes predicadores de la cruzada encendieron con sus discursos revolucionarios el odio del ejército contra la nobleza. El mismo Dosa se dejó llevar de la ira de sus tropas

contra la nobleza traidora: los cruzados se constituyeron en ejército de la revolución y Dosa se colocó a la cabeza de este nuevo movimiento.

Los campesinos acamparon en el campo de Rakos cerca de Pest. Comenzaron las hostilidades produciéndose escaramuzas con los partidarios de la nobleza en las aldeas cercanas y en los suburbios de Pest; pronto se trabaron combates y finalmente sobrevino la matanza general de todos los nobles que cayeron en manos de los campesinos, quemándose gran número de castillos. La corte amenazó en balde. Después de haberse ejecutado los primeros fallos de la justicia popular contra los nobles al pie de las murallas de la misma capital, Dosa procedió a nuevas operaciones. Dividió su ejército en cinco columnas. Dos fueron enviadas a las montañas de la alta Hungría para sublevar al pueblo y exterminar a la nobleza. La tercera columna bajo las órdenes del ciudadano de Pest, Ambrosio de Szaleves se quedó en Rakos para vigilar la capital: la cuarta y quinta columnas marcharon contra Szegedin conducidas por Dosa y su hermano Gregorio.

Entre tanto, la nobleza se reunió en Pest y pidió auxilio a Juan Zapolva, voivoda de Transilvania.

Unida a los ciudadanos de Budapest, la nobleza derrotó y aniquiló al cuerpo que acampaba sobre el Rakos después de que Szaleves se había pasado al enemigo con los elementos burgueses del ejército campesino. Un sinnúmero de prisioneros fue ejecutado de la manera más cruel, los restantes fueron enviados a sus pueblos después de cortarles las narices y las orejas.

Dosa fracasó en Szegedin y marchó hacia Canad ocupando la ciudad después de haber derrotado a un ejército de la nobleza bajo el mando de Batory Istvan y el obispo Csaky. Por las crueldades de Rakos, tomó represalias sangrientas en los prisioneros entre los cuales se hallaban el obispo y el tesorero real Teliki. En Canad proclamó la república, la supresión de la nobleza, la igualdad ciudadana y la soberanía del pueblo; luego marchó a Temesvar donde Batory se había hecho fuerte. Pero mientras sitiaba esta fortaleza durante dos meses, recibiendo como refuerzo un nuevo ejército mandado por Antonio Hosza, las dos columnas que operaban en la alta Hungría sucumbieron ante la nobleza en varias batallas y Juan Zapolva se aproximaba con las tropas de Transilvania. Zapolva atacó y dispersó a los campesinos; Dosa fue apresado y asado en un trono de hierro candente, sus propios hombres tuvieron que comerlo vivo; sólo bajo esta condición se les perdonó la vida. Los campesinos dispersos se rehicieron bajo el mando de Lorenzo y Hosza, pero sufrieron otra derrota y todos los que cayeron en manos de los enemigos fueron empalados o ahorcados. Millares de cadáveres de campesinos colgaban al lado de las carreteras y a la entrada de las aldeas quemadas. Se dice que fueron cerca de 60.000 los que cayeron en la lucha y más tarde en las matanzas. En la siguiente reunión de la dieta, la nobleza tuvo especial cuidado en hacer reconocer una vez más la esclavitud de los campesinos como ley básica del país.

En el origen de la insurrección campesina de Carintia y Estiria que estalló al mismo tiempo, estaba una conspiración parecida a la del Bundschuh que nació en el año 1503. Entonces ya se había provocado una insurrección en esta tierra expoliada por la nobleza y los funcionarios imperiales, devastada por las invasiones de los turcos y atormentada por el hambre. En 1513, los campesinos eslovenos unidos a los alemanes de la región, levantaron otra vez la bandera de la "stara prawa" (de los derechos antiguos) pero en este año aún fue posible apaciguarlos; en 1514 se congregaron ya grandes masas, pero la promesa del emperador Maximiliano de restablecer los antiguos privilegios los movió a dispersarse otra vez. Más violento fue el estallido en la primavera de 1515, cuando el pueblo, tantas veces engañado, buscó su venganza por las armas. Como en Hungría, destruyeron todos los castillos y conventos y los jurados de campesinos juzgaron y ejecutaron a los nobles capturados. En Estiria y Carintia el capitán imperial

Dietrichstein logró apaciguar a los sublevados, pero en Cacniola no fue posible dominarlos, hasta la conquista de la Rain, tomada por sorpresa, y las numerosas atrocidades que luego cometieron los austriacos y que fueron el digno complemento de las infamias de la nobleza húngara.

Bien se comprende que después de una serie de derrotas decisivas y en vista de tantas atrocidades cometidas por la nobleza, los campesinos alemanes permanecieron tranquilos durante largo tiempo. Sin embargo, no cesaron las conspiraciones y las sublevaciones locales. En 1516 volvió a Suabia y a los territorios del alto Rin la mayoría de los fugitivos afiliados al Bundschuh y al “*pobre Conrado*” y en 1517 el Bundschuh se había extendido otra vez por la Selva Negra. El propio Joss Fritz, que aún llevaba la vieja bandera de 1513 escondida sobre su pecho, corría por la Selva Negra desarrollando una gran actividad. La conspiración se organizó otra vez. Se volvieron a convocar las asambleas en el monte Eniebis. Pero no se guardó el secreto, se enteraron los gobiernos e intervinieron. Algunos, fueron capturados y ejecutados; los miembros más activos e inteligentes tuvieron que huir, entre ellos, Joss Fritz que logró escapar una vez más pero que según parece murió en Suiza poco tiempo después, ya que su nombre no vuelve a aparecer posteriormente.

IV La sublevación de la nobleza

Mientras aun duraba en la Selva Negra la represión de la cuarta conspiración del Bundschuh, Lutero dio en Wittenberg la señal para el movimiento que iba a arrastrar a todas las clases, conmoviendo hasta los fundamentos del imperio. Las “tesis” del monje agustino de Turingia cayeron como la chispa en el polvorín. Las múltiples y divergentes tendencias de los caballeros y de los burgueses, de los campesinos y de los plebeyos, de los príncipes que anhelaban la plena soberanía y de las capas inferiores del clero, de las sectas místicas clandestinas y de la oposición que formaban los escritores eruditos y satírico-burlescos, hallaron en estas tesis una expresión común alrededor de la cual se agruparon con una rapidez sorprendente. Por poco que durase esta alianza de todos los elementos de oposición, formada del día a la mañana, reveló de un golpe la enorme pujanza del movimiento y lo ayudó a progresar rápidamente.

Pero fue justamente este rápido desarrollo el que trajo consigo los gérmenes de discordia latentes, dividiendo de nuevo a los elementos opuestos por su forma de vida que componían esta masa bulliciosa, haciéndoles adoptar otra vez su acostumbrada actitud hostil. La concentración de las abigarradas masas de oposición en derredor de dos figuras centrales, no tardó en producirse; la nobleza y los burgueses estaban incondicionalmente de parte de Lutero; los campesinos y los plebeyos sin considerar a Lutero como un enemigo directo, formaban como antes, su propio partido de oposición revolucionaria. Pero ahora el movimiento era general y mucho más potente que antes de Lutero; ya existía la necesidad de una lucha directa entre ambos partidos que se enfrentaban abiertamente. Esta enemistad no tardó en manifestarse; Lutero y Münzer se combatían en la prensa y desde el púlpito, de igual modo que los ejércitos de los príncipes, caballeros y ciudades, compuestos en su mayoría por fuerzas luteranas o que por lo menos simpatizaban con el luteranismo, dispersaban las bandas de campesinos y plebeyos.

Hasta qué punto divergían los intereses y necesidades de los diferentes elementos que habían aceptado la Reforma lo demuestra, ya antes de la guerra campesina, la intencionalidad de la nobleza que deseaba conseguir sus objetivos frente a los príncipes y los curas.

Ya nos es conocida la posición que ocupaba la nobleza alemana al comienzo del siglo XVI.

Estaba a punto de perder su independencia frente a los príncipes de sangre y espirituales, cada día más poderosos. En la misma medida en que decaía, decaía también el poder imperial y el imperio se disolvía en varios principados autónomos. Según pensaba la nobleza, su decadencia iba a coincidir con el hundimiento de los alemanes en tanto que nación. La nobleza y especialmente la nobleza independiente, era la clase que más directamente representaba al imperio y al poder imperial tanto por su oficio militar como por su posición frente a los príncipes. Era la clase de mayor espíritu nacional; poderosa cuando lo era el imperio y los príncipes débiles y poco numerosos y Alemania estaba unida. Por esto la indignación de los caballeros ante la lamentable situación política de Alemania y ante la impotencia del imperio frente al extranjero que se acentuaba en la medida en que la casa imperial incorporaba al imperio una tras otra las provincias que había heredado. Las intrigas de las potencias extranjeras en el interior de Alemania, los

complots que los príncipes alemanes tramaban contra el poder imperial con ayuda del extranjero, todo esto indignaba grandemente a los caballeros. La primera reivindicación de la nobleza tenía forzosamente que ser la reforma del imperio sacrificando a los príncipes y alto clero. Esta reivindicación fue formulada por *Ulrico de Hutten*, el representante teórico de la nobleza alemana, en unión de Francisco Sickingen, su representante militar y político.

Esta reforma del imperio que exigía en nombre de la nobleza, Hutten la había formulado de manera muy enérgica y radical. Pedía nada menos que la supresión total de los príncipes, la secularización de todos los principados y bienes eclesiásticos y el establecimiento de una *democracia de los nobles* con cabeza monárquica; es decir, aproximadamente lo que había sido en sus mejores días la difunta república polaca. Hutten y Sickingen creían que el gobierno de la nobleza, la clase eminentemente militar, el apartamiento de los príncipes, representantes de la división, el aniquilamiento del poder sacerdotal y la liberación de Alemania del yugo espiritual de Roma devolverían a Alemania su unidad, su libertad y su fuerza.

La democracia de los nobles basada en la servidumbre tal como existió en Polonia y en forma algo modificada durante los primeros siglos en los reinos conquistados por los germanos, es una de las formas más primitivas de la sociedad que en el curso normal de la evolución se transformó en jerarquía feudal perfecta que marca una etapa muy superior. Esta democracia de los nobles era pues imposible en la Alemania del siglo XVI. Imposible, porque ya existían en Alemania grandes y poderosas ciudades. Por otra parte, no era posible aquella alianza de la pequeña nobleza con las ciudades que en Inglaterra logró la transformación de la monarquía feudal jerárquica en monarquía burguesa constitucional. En Alemania subsistía la nobleza antigua mientras en Inglaterra había sido exterminada en las guerras de la Rosa y sustituida por una nueva nobleza de origen y tendencia burgueses; en Alemania subsistía la servidumbre, las fuentes de ingreso de la nobleza tenían carácter feudal mientras en Inglaterra estaba casi abolida; allí la nobleza disfrutaba de la propiedad burguesa del suelo, su fuente de ingreso era la renta burguesa. Finalmente, la centralización de la monarquía absoluta que en Francia existía desde los tiempos de Luis XI acentuándose progresivamente gracias, sobre todo, al antagonismo entre la nobleza y la burguesía, era totalmente imposible en Alemania por no existir casi ninguna de las condiciones para la centralización nacional.

Mientras más se empeñaba Hutten en realizar su ideal más concesiones tenía que hacer y menos contenido podía dar a su reforma del imperio. Por si sola no era la nobleza lo suficientemente poderosa para conseguir sus fines, lo demostraba su creciente debilidad frente a los príncipes. Había que conseguir aliados, y los únicos posibles eran las ciudades, los campesinos y los teóricos influyentes de la Reforma. Pero las ciudades conocían a la nobleza lo suficiente para no fiarse de ella y para negarse a todo compromiso. Los campesinos con mucha razón consideraban como su mayor enemigo a la nobleza que los explotaba y maltrataba. Y los grandes teóricos estaban de parte de los burgueses, de los príncipes o de los campesinos.

¿Qué promesa positiva podía hacer la nobleza a los burgueses y campesinos respecto a una reforma del imperio, cuyo principal objeto consistía en mejorar las condiciones de la propia nobleza? En sus escritos de propaganda Hutten no tuvo más remedio que hacer el silencio sobre todo lo que se refería a las relaciones entre la nobleza, las ciudades y los campesinos echando la culpa de todos los males a los príncipes, a los curas y a la influencia de Roma y tratando de convencer a los burgueses que era su interés permanecer, por lo menos, neutrales, en la lucha inminente entre los príncipes y la nobleza. Hutten no habla en absoluto de la abolición de la servidumbre y de los tributos que el campesino debía a la nobleza.

En aquel tiempo la posición de la nobleza alemana frente a los campesinos era idéntica a la de los nobles polacos frente a sus campesinos en las insurrecciones de 1830-1846. Igual que en las recientes insurrecciones polacas en la Alemania de entonces, el movimiento no podía vencer sino por una alianza de todos los partidos de la oposición y, sobre todo, de la nobleza, con los campesinos. Precisamente esta alianza era imposible en ambos casos. La nobleza no se veía precisada a renunciar a sus privilegios políticos, a sus fueros feudales y a su jurisdicción sobre los campesinos; y los campesinos no podían, sobre la base de unas perspectivas tan poco seguras, aventurarse a concluir una alianza con la nobleza que era precisamente la más oprimida. Lo mismo que en Polonia en 1830, en Alemania de 1522, la nobleza no podía ya atraerse a los campesinos. Tan sólo la abolición completa de la servidumbre y del vasallaje, el renunciamiento a todos los privilegios feudales hubiera hecho posible la unión de la población rural con la nobleza; pero la nobleza, como toda clase privilegiada, no tenía el menor deseo de renunciar voluntariamente a sus ventajas, a su superioridad y a la mayor parte de sus ingresos.

Al comenzar la lucha, los nobles se encontraron solos frente a los príncipes. Era evidente que los príncipes que durante dos siglos habían continuamente ganado terreno iban a aplastarlos también esta vez con gran facilidad.

El desarrollo de la lucha es conocido. Hutten y Sickigen, que ya era el jefe militar y político reconocido de los nobles de la Alemania central, lograron constituir en el año 1522, en Landau una alianza sexenal de la nobleza de Renania, Suabia y Franconia, para fines de autodefensa, como decían. Con sus propios medios y con la ayuda de los caballeros vecinos. Sickigen concentró un ejército y organizó el reclutamiento en Franconia a orillas del bajo Rin, en los Países Bajos y en Westfalia; en septiembre de 1522 entabló las hostilidades desafiando al elector-arzobispo de Treveris. Pero mientras sitiaban esta ciudad los príncipes intervinieron rápidamente interceptándole sus aprovisionamientos. El landgrave de Hessen y el elector del Palatinado acudieron en auxilio del arzobispo y Sickigen tuvo que refugiarse en su Castillo de Landstuhl. A pesar de los esfuerzos de Hutten y de sus demás amigos, los nobles aliados lo abandonaron atemorizados por la acción rápida y eficaz de los príncipes; Sickigen gravemente herido entregó Landstuhl muriendo poco después.

Hutten tuvo que huir a Suiza y murió a los pocos meses en la isla de Ufenau en el lago de Zúrich.

Esta derrota aniquiló el poder de la nobleza como corporación independiente de los príncipes. Desde entonces la nobleza no aparece sino al servicio y bajo la dirección de aquellos. La guerra de los campesinos que estalló poco después la obligó todavía más a colocarse bajo la protección de los príncipes y al mismo tiempo demostró que la nobleza alemana prefería seguir explotando a los campesinos siendo dependiente, que vencer a los príncipes y curas formando alianza abierta con los campesinos emancipados.

V La guerra de los campesinos en Suabia y Franconia

Desde que Lutero movilizó a todos los elementos de oposición de Alemania con su declaración de guerra contra la jerarquía católica, no hubo año en que los campesinos no reprodujesen sus antiguas reivindicaciones. Desde 1518 hasta 1523 menudearon las insurrecciones locales de los campesinos en la Selva Negra y en la alta Suabia. A partir de la primavera de 1524 estas sublevaciones adquirieron un carácter sistemático. En abril de este año los campesinos de la abadía de Marchthal se negaron a prestar los servicios personales; en el mes de mayo los campesinos de Santa Blasa suspendieron el pago de los tributos feudales; en junio los campesinos de Steinheim cerca de Memmingen, declararon que no pagarían el diezmo ni los otros tributos; en julio y agosto se sublevaron los campesinos de Turgovia y fueron pacificadas, en parte, gracias a la mediación de los ciudadanos de Zúrich, y en parte, por la brutalidad de la confederación suiza que mandó ejecutar a varios jefes. Por fin se produjo una sublevación decisiva en el landgraviato de Stühlingen que marca el *principio de la guerra de campesinos*.

Del día a la mañana los campesinos de Stühlingen se negaron a prestar sus servicios al landgrave; se concentraron fuertes bandos que conducidos por *Juan Müller de Bulgenbath*, marcharon a Waldshut el día 24 de octubre de 1524. Allí fundaron una hermandad evangélica en unión de los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos no tardaron en ingresar en la alianza pues ya se encontraban en conflicto con el gobierno austriaco por la persecución religiosa de que hacía víctima a su predicador *Baltasar Hubmaier*, amigo y discípulo de Tomas Münzer. Se les impuso una contribución de tres *kreuzers* semanales, una suma enorme en aquellos tiempos. Se enviaron emisarios a Alsacia, a orillas del Mosela y del alto Rin y a Franconia para hacer ingresar en la alianza a todos los campesinos, proclamándose como principal objetivo la supresión de la dominación feudal, la destrucción de todos los castillos y conventos y la supresión de toda soberanía fuera de la imperial. La bandera de la alianza era la *tricolor alemana*.

La insurrección se extendió rápidamente por toda la parte alta del actual país de Baden. El pánico se apoderó de la nobleza de Suabia cuyas fuerzas militares se hallaban casi todas ocupadas en Italia, luchando contra Francisco I de Francia. No le quedó otra salida que la de aplazar la decisión entablando largas negociaciones para procurarse entre tanto el dinero necesario para levantar tropas aguardando tener la suficiente fuerza para poder castigar a los insolentes campesinos con “el saqueo, el fuego y la sangre”. Entonces dio comienzo aquella traición sistemática, la falta continua a la palabra dada, la perfidia consecuente por la cual los príncipes y la nobleza se distinguieron durante toda la guerra campesina y que fue su arma más eficaz frente a los campesinos descentralizados y de difícil organización. La liga de Suabia que abarca los príncipes, a la nobleza y a las ciudades imperiales del suroeste de Alemania, se interpuso, pero sin dar garantías positivas a los campesinos. Estos siguieron en movimiento. Del 30 de septiembre a mediados de octubre Juan Müller de Bulgenbach atravesó la Selva Negra hasta Urach y Furtwangen aumentando sus efectivos hasta 3.500 hombres con los que tomó posiciones cerca de Eratingen (no lejos de Stühlingen) La nobleza solo disponía de 1.700 hombres y aun éstos se hallaban dispersos. Se vio forzada a negociar una tregua que por fin se concluyó en el campamento de Eratingen.

Prometieron a los campesinos la conclusión de un tratado directamente entre ambas partes o por intervención de un árbitro y el examen de sus quejas por el tribunal de Stockach.

Los campesinos se pusieron de acuerdo sobre 16 artículos cuya sanción iban a pedir al tribunal de Stockach. Eran sumamente moderados. La supresión del derecho de caza, de los servicios personales, de los tributos más abrumadores y de los privilegios señoriales en general, la protección contra las detenciones arbitrarias y contra los tribunales facciosos era todo lo que pedían.

Pero apenas los campesinos habían vuelto a sus hogares cuando la nobleza exigió el pago de todos los derechos objeto de litigio hasta que el tribunal se hubiera pronunciado. Como era natural los campesinos se negaron a efectuarlo remitiéndose al tribunal. El conflicto se reprodujo; los campesinos se reunieron de nuevo, los príncipes y señores concentraron sus tropas. Esta vez el movimiento se extendió a Brisgovia y hasta a una gran parte de Wurtemberg. Las tropas encabezadas por *Jorge Truchsess de Waldburg*, el Duque de Alba de la guerra campesina, observaban a los campesinos y derrotaron a algunos grupos aislados que acudían como refuerzos, pero sin arriesgar un ataque de conjunto. Jorge Truchsess negoció con los jefes campesinos logrando se firmase algún que otro convenio.

A fines de diciembre dieron comienzo las deliberaciones del tribunal de Stockach. Los campesinos protestaron contra la composición del tribunal, exclusivamente formado por nobles. Como contestación les leyeron el acta de nombramiento imperial. Las deliberaciones se prolongaron, mientras tanto, se armaban la nobleza, los príncipes y las autoridades de la liga de Suabia. El archiduque Fernando que además de sus reinos hereditarios de la Austria actual gobernaba a Wurtemberg, la Selva Negra y la Alsacia del sur ordenó se procediese con la mayor severidad contra los campesinos rebeldes. Había que capturarlos y matarlos sin piedad, había que perderlos como fuera, quemando y devastando sus bienes, arrojando del país a sus hijos y mujeres. Ya se ve como los príncipes y señores guardaban la tregua y que era lo que entendían por “mediación amistosa” y “examen de las quejas”. El archiduque Fernando al que la casa Welser de Augsburgo había otorgado un empréstito, se armó a toda prisa; la liga de Suabia decretó nuevos impuestos y alistamientos de tropas dando tres breves plazos para el cumplimiento de esta orden.

Todas estas sublevaciones coinciden con la estancia de Tomas Münzer que permaneció cinco meses en el sur. Aunque no existen pruebas directas de su intervención en el desencadenamiento y la marcha del movimiento, se puede comprobar indirectamente. Los más decididos de los revolucionarios campesinos eran en su mayoría sus discípulos y compartían sus ideas. Se les atribuían los doce artículos, así como la carta de los artículos de los campesinos del sur, aunque por cierto no fue el quien redactó los primeros. Cuando ya regresaba a Turingia hizo público un folleto revolucionario dirigido a los campesinos rebeldes.

Al mismo tiempo el duque Ulrico, expulsado de Wurtemberg desde 1519, estaba intrigando para entrar otra vez en posesión de su país con ayuda de los campesinos. Desde su expulsión trataba de utilizar el partido revolucionario al que ayudaba continuamente. Se halla su nombre en casi todas las revueltas locales que se produjeron entre 1520 y 1524 en la Selva Negra y en Wurtemberg; ahora se preparaba abiertamente a invadir Wurtemberg desde su castillo de Hohentwiel. Pero los campesinos no hicieron sino aprovecharse de él; nunca tuvo influencia alguna sobre ellos y aun menos su confianza.

Así pasó el invierno sin que se registrasen hechos decisivos. Los grandes señores se escondieron y la sublevación de los campesinos ganó mayor extensión. En enero de

1525, el país entero, desde el Rin hasta el Danubio y el Lech estaba en plena efervescencia y en febrero se desencadenó la tormenta.

Mientras las *bandas de la Selva Negra y del Hegau*, capitaneadas por Juan Müller de Bulgenbach conspiraban con Ulrico de Wurtemberg, participando algunas en su fracasada expedición contra Stuttgart (en febrero y marzo de 1525), los campesinos del Ried cerca de Ulm se sublevaron el 9 de febrero y se reunieron cerca de Baltringen en un campamento rodeado de terrenos pantanosos. Izaron la *bandera roja* y formaron la columna de Baltringen conducida por Ulrico Schmid que tenía 10.000 o 12.000 hombres.

El día 25 de febrero el destacamento del alto Allgäu se concentró al lado del monte Schusser, con motivo del rumor de que las tropas marchaban contra los descontentos que también allí se habían manifestado. El 26 se reunieron los ciudadanos de Kempten que durante todo el invierno habían peleado con un arzobispo y se unieron a los rebeldes. Las ciudades de Memmingen y Kaufbeuren se agregaron al movimiento bajo ciertas condiciones; por primera vez se manifestó lo ambiguo de la posición que las ciudades ocupaban en esta lucha. El 7 de marzo fueron aprobadas en Memmingen los “doce artículos de Memmingen” vigentes para todos los campesinos del Alto Allgäu.

Con motivo de un mensaje llegado del Allgäu se formó el *destacamento del Lago* a orillas del lago de Constanza. También este destacamento se fortaleció rápidamente; tenía su cuartel general en Bermatingen.

Asimismo, se levantaron en los primeros días de marzo los campesinos del bajo Allgäu, en la región de Ochsenhausen y Schellenberg, en Zeil y Waldburg que formaban los dominios de Truchsess. Este destacamento del bajo Allgäu que contaba con 7.000 hombres, acampaba cerca de Wurzach.

Los cuatro destacamentos aceptaron los artículos de Memmingen que además de ser mucho más moderados que los del Hegau denotaban una sorprendente falta de energía en todo lo que se refería al comportamiento de las bandas armadas frente a la nobleza y a los gobiernos. La decisión y la energía cuando no faltaron por completo no aparecieron sino en pleno transcurso de la guerra cuando los campesinos ya habían adquirido suficiente experiencia en cuanto a la actuación de sus enemigos.

Al mismo tiempo que se constituían estos destacamentos, se formó el sexto a orillas del Danubio. Todos los campesinos de la región, de Ulm y Donauwörth, de los valles del Iller, Roth y Biber se congregaron en Leipheim donde establecieron su campamento. De 15 pueblos habían venido todos los hombres capaces de llevar armas, otros 117 habían enviado fuertes contingentes. Jefe del *destacamento de Leipheim* era Ulrico Schön; actuaba como predicador el cura de Leipheim, Jacobo Wehe.

A primeros del mes de marzo había en los seis campamentos de 30.000 a 40.000 campesinos armados, procedentes de la alta Suabia. Los destacamentos se componían de elementos muy diversos. En todas partes el partido revolucionario de Münzer era la minoría. Sin embargo, constituía el eje y el principal sostén de las bandas de campesinos. La gran masa estaba siempre dispuesta a aceptar compromisos con los señores, con tal de que les hicieran aquellas concesiones que esperaban obtener por coacción al adoptar su actitud amenazante. Al prolongarse la lucha y cuando se aproximaban los ejércitos de los príncipes, los campesinos estaban hartos de guerra y la mayor parte de los que aun tenían algo que perder se marcharon a casa. Grandes masas de lumpen-proletarios vagabundos se habían agregado a los destacamentos; su presencia hacía difícil el mantenimiento de la disciplina y sus frecuentes deserciones desmoralizaban a los campesinos. Así se explica que, al principio, los campesinos no saliesen de su actitud puramente defensiva; la desmoralización cundía entre ellos que aun prescindiendo de su insuficiente táctica y de la escasez de buenos jefes no hubieran podido estar a la altura de los ejércitos regulares.

Aún antes de haberse concentrado los destacamentos, el duque Ulrico desde el Hohentwiel invadió Wurtemberg con tropas mercenarias y algunos campesinos del Hegau. La liga de Suabia habría sido derrotada si del otro lado los campesinos hubiesen atacado a las tropas de Truchsess. Pero gracias a la actitud puramente defensiva de las bandas Truchsess logró concluir rápidamente un armisticio con los campesinos de Baltringen, del Allgäu y del Lago, entablando negociaciones y prometiendo someter el litigio a los tribunales el domingo de Judica (el 2 de abril). Mientras tanto pudo ocupar Stuttgart, marchar contra el duque Ulrico y obligarlo a abandonar de nuevo el territorio de Wurtemberg, el día 17 de marzo. Luego se volvió contra los campesinos, pero los lansquenets de su propio ejército se insubordinaron negándose a marchar contra ellos. Por fin consiguió pacificar a los amotinados y trasladarse a Ulm (donde se concentraron nuevos refuerzos) no sin haber establecido un puesto de observación cerca de Kirchheim.

La Liga de Suabia que por fin tenía las manos libres después de concentrar las primeras tropas se quitó la careta declarando estar decidida a “resistir por las armas y con la ayuda de Dios a los intentos arbitrarios de los campesinos”.

Mientras tanto los campesinos observaban escrupulosamente el armisticio. Para la sesión del tribunal anunciada para el domingo de Judica habían redactado los famosos *doce artículos* que contenían sus reivindicaciones. Pedían la libre elección y destitución de los sacerdotes por la comunidad, la supresión del pequeño diezmo y la utilización del gran diezmo para fines públicos, después de pagados los haberes de los curas; además pedían la restricción de los servicios personales, tributos e hipotecas, la restitución de los montes comunales y particulares ocupados arbitrariamente, el restablecimiento de sus privilegios suprimidos y el cese de las arbitrariedades de la justicia y administración. Se ve que en las bandas campesinas prevalecía el criterio conciliador del partido moderado.

El partido revolucionario ya había establecido su programa en la *carta de artículos*. En esta carta abierta, dirigida a todos los campesinos los invitaba a ingresar en la “unión y hermandad cristiana” para acabar con todos los tributos sea por las buenas “lo que no parece posible”, sea por la violencia; al mismo tiempo amenazaba a los recalcitrantes con la “excomuni3n secular”, es decir, con excluirlos de la sociedad y de todo trato con los miembros de la un3n. Tambi3n hab3a que incluir todos los castillos, conventos y fundaciones religiosas en la excomuni3n secular, en caso que los nobles, curas y frailes no las abandonaran voluntariamente, para vivir en casas ordinarias como los otros hombres, ingresando en la un3n cristiana. Este manifiesto tan radical, redactado seguramente *antes* de la insurrecci3n que estall3 en la primavera de 1325 trata, sobre todo, de la revoluci3n, del aniquilamiento de las clases hasta entonces dominantes; la “excomuni3n secular” marca a los opresores y traidores a los que hay que matar, los castillos que han de ser quemados, los conventos y fundaciones que se han de confiscar y cuyos tesoros deben ser vendidos.

Pero antes de que los campesinos pudiesen someter sus doce artículos a los árbitros recibieron la noticia de la traici3n de la liga de Suabia y de la pr3xima llegada de las tropas. Sin tardar tomaron sus medidas. En Geisbeuren celebraron una asamblea general los campesinos del Allgäu, de Baltringen y del lago. Los cuatro destacamentos se entremezclaron organizándose cuatro columnas nuevas y se acordó la incautaci3n de los bienes eclesiásticos, la venta de las joyas en beneficio de la caja militar y la quema de los castillos. Así se impuso al lado de los *doce artículos*, la *carta de los artículos*, como regla de conducta de los beligerantes y el domingo de Judica, el día en que se iba a firmar la paz fue la fecha de la *sublevaci3n general*.

La excitaci3n creciente, los incesantes conflictos locales entre los campesinos y la nobleza, las noticias de la insurrecci3n en la Selva Negra que crec3a continuamente extendiéndose hasta el Danubio y el Lech bastan ampliamente para explicar la rapidez

con que se sucedieron las sublevaciones campesinas en las dos terceras partes de Alemania. Pero la simultaneidad de todas estas sublevaciones parciales es prueba de que a la cabeza de los movimientos se hallaban personas que lo habían organizado por medio de emisarios, anabaptistas y otros. En los últimos días de marzo se produjeron disturbios en Wurtemberg, a orillas del Neckar, en el Odenwald y en la alta y media Franconia; pero ya antes se había fijado en todas partes la fecha del 2 de abril para llevar a cabo el levantamiento general y el golpe decisivo; la insurrección de las masas se produjo en la primera semana de abril. El día 1 de este mes los campesinos del Allgäu, Hegau y los del Lago tocaron las campanas a rebato convocando asambleas de masa y llamando al campamento a todos los hombres capaces de llevar armas al mismo tiempo que los de Baltringen comenzaron las hostilidades contra los castillos y conventos.

En Franconia, donde el movimiento se agrupaba alrededor de seis centros, la insurrección estalló unánimemente en los primeros días de abril. Cerca de Nordlingen los campesinos constituyeron dos campamentos; con su ayuda triunfó en la ciudad el partido revolucionario cuyo jefe era *Antonio Forner* que fue nombrado alcalde; Nordlingen paso al lado de los campesinos. En el territorio de Anspach los campesinos se sublevaron entre los días 1 y 7 de abril; desde allí la insurrección se extendió a Baviera. Cerca de Rottenburg los campesinos estaban en armas desde el 22 de marzo; en la ciudad de Rottenburg los pequeños burgueses y plebeyos acaudillados por *Esteban de Menzingen* derribaron al gobierno de los honorables el 27 de marzo; pero como las prestaciones de los campesinos constituían el principal ingreso de la ciudad, el nuevo gobierno, a su vez, adoptó frente a ellos una actitud vacilante y ambigua. En el obispado de Witsburgo todos los campesinos y las pequeñas ciudades se sublevaron al principio del mes y en el obispado de Bamberg la insurrección general fue tan potente que a los cinco días el obispo se vio obligado a transigir. Y en el norte, en la frontera de Turingia se formó el gran campamento de Bildhansen.

En el Odenwald, donde el aristócrata, excanciller de los condes de Hohenlohe, *Wendel Hipler* y el tabernero de Ballenberg, *Jorge Metzler*, se habían puesto a la cabeza del partido revolucionario; el movimiento comenzó el 26 de marzo.

De todas partes los campesinos afluyeron a orillas del Tauber. A ellos se unieron 2.000 hombres que procedían del campamento de Rottenburg. Jorge Metzler asumió el mando y el 4 de abril, después de llegar los refuerzos, marchó al monasterio de Schöntal donde se le unieron los del Neckartal. Su jefe era *Jäcklein Rohrbach*, tabernero de Böckingen cerca de Heilbronn. El domingo de Judica habían proclamado la insurrección en Fleim, Southeim, etc., mientras Wendel Hipler con algunos conjurados tomaba por sorpresa la aldea de Ohringen, arrastrando al movimiento a los campesinos de la región. En Schöntal ambas columnas, reunidas en el “*destacamento blanco*”, aceptaron los doce artículos organizando expediciones contra los castillos y conventos. El destacamento blanco tenía 8.000 hombres y disponía de cañones y de 3.000 carabinas. Florián Geyer un caballero de Franconia se agregó y formó la “*cuadrilla negra*”, cuerpo de elite que se reclutaba, sobre todo, entre las milicias de Rottenburg y Ohringen. El conde Luis de Helfenstein, gobernador de Neckarsulm, enviado por el gobierno de Wurtemberg, comenzó la lucha. Mandó pasar por las armas a todos los campesinos que cayeron entre sus manos. El destacamento blanco marchó contra él. Estas matanzas, como también la noticia de haber sido derrotados los de Leipheim y muerto Jacobo Wehe, víctima de las numerosas crueldades de Truchsess, exacerbó a los campesinos. El conde de Helfenstein se había hecho fuerte en Weinsberg y allí fue atacado. Florián Geyer asaltó el castillo, la ciudad fue ocupada tras larga lucha y el conde Luis con varios caballeros fue hecho prisionero. Al día siguiente Jacklein Rohrbach y los más decididos de entre sus hombres juzgaron a los prisioneros. El conde y catorce de los suyos fueron sentenciados a ser

“pasados por las baquetas”, la más ignominiosa muerte que se les podía dar. La toma de Weinsberg y la venganza terrorista que Jacklein tomó en el conde ejercieron el debido efecto sobre la nobleza. Los condes de Lowenstein ingresaron en la unión campesina y los de Hohenlohe que ya lo habían hecho, pero sin prestar los auxilios prometidos, enviaron inmediatamente la artillería y la pólvora exigida.

Los cabecillas deliberaron sobre la oportunidad de nombrar jefe a Gotz de Berlichingen “que podía ganar a la nobleza”. La proposición agradó; pero Florián Geyer que veía en este estado de ánimo de los jefes y campesinos el comienzo de la reacción se separó del destacamento y con su cuadrilla negra corrió por la región del Neckar y luego por la de Witsburgo quemando todos los castillos y destruyendo los nidos de los frailes.

El resto del destacamento marchó hacia Heilbrohn. En esta poderosa ciudad libre, existía (como en todas partes) frente a los honorables, una oposición burguesa y otra revolucionaria. En cumplimiento de un acuerdo secreto con los campesinos esta última abrió en medio del tumulto las puertas de la ciudad a J. Metzler y Jacklein Rohrbach. Los jefes campesinos la ocuparon con sus hombres y la hicieron miembro de la hermandad que les pago 1.200 florines en dinero y puso a su disposición una compañía de voluntarios. Tan sólo saquearon las propiedades del clero y las de la orden teutónica. El día 22 los campesinos se marcharon otra vez dejando una pequeña guarnición. Heilbronn iba a ser el centro de los diferentes destacamentos que enviaron sus delegados para deliberar sobre la acción y las reivindicaciones comunes de los campesinos. Pero la oposición burguesa, que desde la entrada de los campesinos se había aliado con los honorables, predominaba otra vez en la ciudad impidiendo se tomasen medidas enérgicas y aguardando la llegada de los ejércitos monárquicos para traicionar definitivamente a los campesinos.

Los campesinos se acercaron al Odenwald. El 24 de abril Gotz de Berlichingen que pocos días antes se había ofrecido al elector del palatinado y luego a los campesinos para volver a ofrecerse al elector, tuvo que ingresar en la hermandad evangélica y asumir el mando del destacamento *blanco* (en contraposición al *negro* de Florián Geyer). Pero al mismo tiempo era prisionero de los campesinos que desconfiaban de él, lo vigilaban y no le dejaban tomar decisiones sin la previa autorización de los cabecillas. Pasando por Buchen Götz y Metzler marcharon a Amorbach donde permanecieron del 30 de abril hasta el 5 de mayo propagando la insurrección por toda la región de Maguncia. Obligaron a la nobleza a seguir el movimiento por lo cual se salvaron los castillos y únicamente los conventos fueron saqueados y quemados. El destacamento se había desmoralizado progresivamente: los más enérgicos se habían marchado con Florián Geyer o con Jacklein Rohrbach que también se había separado después de la toma de Heilbronn, probablemente porque el juzgador del conde de Helfenstein no podía ya formar parte de un destacamento que quería llegar a un acuerdo con la nobleza.

Este afán de reconciliarse con la nobleza era ya en si una prueba de desmoralización. Poco después Wendel Hipler propuso una reorganización muy conveniente; había que alistar a los lansquenetes que se ofrecían diariamente y renunciar a renovar los efectivos, como se venía haciendo hasta entonces, reclutando nuevos contingentes todos los meses y licenciado los antiguos. Al contrario, había que guardar los hombres bastante expertos que ya estaban haciendo su servicio. Pero la asamblea comunal desechó ambas proposiciones. Los campesinos envanecidos por los éxitos, consideraban la guerra como una mera expedición de pillaje y la competencia de los lansquenetes no era como para agradecerles. En cambio, querían reservarse el derecho de volver a casa cuando se hubieran llenado los bolsillos. En Amorbach el concejal Juan Berlín llegó incluso a hacer aprobar por los cabecillas y consejeros del destacamento la llamada “declaración de los doce artículos”, un documento en el cual se habían suavizado hasta las últimas asperezas de los doce artículos, atribuyendo a los campesinos un

lenguaje de humilde suplica. Pero esta vez la cosa fue demasiado fuerte; en medio de un gran escándalo los campesinos desecharon la declaración, conservando sus primitivos artículos.

Mientras tanto, se había producido un cambio decisivo en el obispado de Witsburgo pidiendo auxilio (aunque en balde) a todos sus vecinos. Por fin se había visto forzado a transigir momentáneamente. El 2 de mayo se reunió la dieta, en la que tenían representación los campesinos; pero, antes de llegar a ningún acuerdo, se interceptaron algunas cartas que revelaron los manejos y la traición episcopal. La dieta se disolvió inmediatamente y se entabló la lucha entre las ciudades sublevadas, los campesinos y la gente del obispo. El 5 de mayo, el obispo huyó a Heidelberg; al día siguiente, Florián Geyer con la cuadrilla negra llegó a Witsburgo, y con él el *destacamento de Franconia* venido del Tauber, formado por los campesinos de Mergentheim, Rottenburg y Anspach. El día 7, luego Götz, de Berlichingen, con el destacamento blanco; en seguida empezó el sitio de Frauenberg.

Desde fines de marzo y comienzo de abril se había formado otro destacamento en la región de Limpurg. Ellwangen y Hall. El de Gaildorf, o *destacamento blanco*, común, se manifestó con gran violencia, sublevando la región entera y quemando muchos conventos y castillos, entre ellos el castillo de Hohenstaufen. Obligó a todos los campesinos a unirse y forzó a todos los nobles a ingresar en la hermandad cristiana.

A principios de mayo, hizo una incursión en Wurtemberg, siendo rechazado. Entonces, como en 1848, el particularismo de los pequeños estados de Alemania no permitía una acción concertada de revolucionarios que pertenecían a diferentes estados. Limitados a un territorio reducido, los campesinos Gaildorf tuvieron forzosamente que disgregarse, una vez vencidos todos los obstáculos en este territorio. Se pusieron de acuerdo con la ciudad de Gmünd y se dispersaron, dejando tan sólo 500 hombres armados.

A fines de abril se habían formado bandas de campesinos en el Palatinado, a ambas orillas del Rin. Destruyeron muchos castillos y conventos; el 1 de mayo tomaron Neustadt del Hardt; los de Buchrain, que habían atravesado el Rin, habían ya impuesto un tratado a la ciudad de Espira. Con las escasas tropas del elector, el mariscal de Saverna no pudo nada contra ellos y, el 10 de mayo, el elector tuvo que firmar un tratado con los insurgentes, en el cual les prometía que la dieta acabaría con los motivos de sus quejas.

En algunas regiones de Wurtemberg, la insurrección había estallado muy pronto. En febrero, los campesinos de los montes de Urach habían formado una alianza contra los curas y grandes señores; a fines de marzo se sublevaron los campesinos de Blaubeuren, Urach, Münsingen, Balingen y Rosenfeld. Las bandas de Gaildorf invadieron el territorio de Wurtemberg, cerca de Göppingen; las de Jacklein Rofhbach, cerca de Brakkenheim, y los restos del destacamento derrotado de Leipheim entraron cerca de Pfullingen, sublevando a la población campesina. En otras regiones se produjeron también serios disturbios. El 6 de abril, Pfullingen tuvo que capitular ante los campesinos. El gobierno del archiduque austriaco estaba en situación muy comprometida. Carecía en absoluto de dinero, sus tropas eran escasas. Las ciudades y aldeas se hallaban en condiciones malísimas; no tenían guarnición ni municiones. La misma fortaleza de Asperg estaba casi desamparada.

El intento del gobierno de movilizar los contingentes de las ciudades contra los campesinos fue la causa de su derrota momentánea. El 16 de abril, el contingente de Bottwar se negó a salir y, en vez de ir a Stuttgart, marchó al monte Wunnenstein, cerca de Bottwar, en donde forma el núcleo de un campamento de campesinos y ciudadanos que creció rápidamente. El mismo día estalló la sublevación del Zabergau; el monasterio de Maulbronn fue saqueado y un gran número de conventos y castillos quedaron

totalmente destrozados. Los campesinos del Zabergau recibieron refuerzos del pueblo cercano de Bruchrain.

A la cabeza de las bandas del Wunnenstein se puso *Matern Feuerbacher*, concejal de Bottwar, uno de los jefes de la oposición burguesa que estaba comprometido lo suficiente para verse obligado a ir con los campesinos. Sin embargo, nunca depuso su actitud sumamente moderada, impidiendo la aplicación de la *carta de los artículos* en lo que se refería a los castillos y buscando siempre la conciliación de los campesinos con la burguesía moderada. Impidió la unión de los campesinos de Wurtemberg con el destacamento blanco; obligó a los de Gaildorf a que abandonasen el territorio.

El día 19 de abril fue destituido por sus tendencias burguesas; pero al día siguiente volvieron a nombrarle capitán. Era insustituible, y el mismo Jäcklein Rohrbach, cuando el día 22, con 200 hombres decididos, se unió a los de Wurtemberg, no tuvo más remedio que dejarlo en su puesto, limitándose a vigilar estrechamente su actuación.

El 18 de abril, el gobierno intentó negociar con los campesinos del Wunnenstein. Los campesinos insistieron en hacerle aceptar los doce artículos, pero esto no lo podían consentir los delegados. El destacamento se puso en marcha. El día 20 llegó a Lauffen, donde rechazó por última vez las proposiciones del gobierno. El 22, los 6.000 hombres habían llegado a Bietigheim, amenazando a Stuttgart. Casi todos los concejales que constituían el ayuntamiento de esta ciudad habían huido, siendo sustituidos por una comisión de ciudadanos. Entre estos existían las divergencias de siempre entre los honorables, la oposición burguesa y los plebeyos revolucionarios. El 25 de abril, estos últimos abrieron las puertas de Stuttgart, que fue inmediatamente ocupada por los campesinos. Allí se llevó a cabo la organización del *destacamento blanco cristiano* (que fue el nombre que tomaron los campesinos) y se fijaron las reglas para la paga de los combatientes y el reparto del botín y del rancho. También se incorporó una compañía, compuesta por vecinos de Stuttgart, mandados por Theus Gerber.

El 29 de abril, Feuerbacher marchó con todo el destacamento contra los campesinos de Gaildorf; hizo ingresar en la unión a todos los habitantes de la región y, así, obligó a la gente de Gaildorf a retirarse. De este modo impidió que los elementos revolucionarios de su destacamento, acaudillados por Rohrbach, se reforzasen por la incorporación de los peligrosos extremistas de Gaildorf. Habiendo recibido noticias que anunciaban la llegada de Truchsess, Feuerbacher marchó contra él, y el día 19 de mayo mandó acampar en Kirchheim del Teck.

Acabamos de referir el origen y el desarrollo de la sublevación en la parte de Alemania que debemos considerar como el terreno de acción del primer grupo de las bandas campesinas. Antes de pasar a los demás grupos (Turingia, Hessen Alsacia, Austria y los Alpes), tendremos que decir algo sobre la campaña de Truchsess, que logró aplastar a este primer grupo de insurgentes al principio con sus propios medios y luego con el apoyo de varios príncipes y ciudades. No nos hemos vuelto a ocupar de Truchsess, desde que llegó a Ulm, a fines de marzo, dejando en Kirchheim un puesto de observación, al mando de Dietrich Spät. Las tropas de Truchsess, después de haber recibido en Ulm los refuerzos enviados por la liga Suaba, consistentes en poco menos de 10.000 hombres, entre los que se contaban 7.200 de infantería, formaban el único ejército disponible para atacar a los campesinos. Los refuerzos llegaron muy lentamente a Ulm, por las dificultades con que tropezaba el reclutamiento en los países sublevados, por la penuria de los gobiernos y porque en todas partes las escasas tropas que había eran absolutamente indispensables para guarnecer fortalezas y castillos. Ya sabemos cuán escasas eran las tropas de que disponían aquellos príncipes y ciudades que no pertenecían a la liga Suaba. Todo dependía, pues, de las victorias que Jorge Truchsess alcanzara con su ejército. Truchsess se volvió, primero, contra el *destacamento de Baltringen*, que, entretanto, había

empezado a destruir castillos y conventos en las cercanías del Ried. Al acercarse las tropas de la liga, los campesinos se retiraron al interior del Ried; pero, viéndose envueltos, tuvieron que abandonar los pantanos, pasaron el Danubio y se hicieron fuertes en los barrancos y selvas de la montaña suaba. Allí estaban a salvo de la artillería y caballería, que constituían la fuerza principal del ejército liguero, y Truchsess cesó de perseguirles. Marchó contra los de Leipheim, que tenían 4.000 hombres en el valle del Mindel y otros 6.000 en Illertissen, sublevando la región entera, destruyendo castillos y conventos y preparando sus tres columnas para emprender la marcha sobre Ulm. Parece que también allí existía cierta desmoralización entre los campesinos que disminuía el valor guerrero del destacamento; porque, desde los primeros momentos, Jacobo Wehe quiso entrar en negociaciones con Truchsess. Pero ahora éste no le hizo caso, ya que contaba con la suficiente fuerza militar. El 4 de abril atacó la columna principal, cerca de Leipheim, dispersándola completamente. Jacobo Wehe, Ulrico Schön y otros dos cabecillas fueron capturados y decapitados. La plaza de Leipheim se rindió y, después de dar algunas batidas por la región quedó sometido todo el distrito.

Una nueva rebelión de sus lansquenetes que exigían mayor botín y el pago de un suplemento detuvo a Truchsess hasta el 10 de abril. Luego volvió hacia el sur, contra los de Baltringen, que, entretanto, habían invadido sus señoríos de Waldburg, Zeil y Wolfegg, sitiando sus castillos. Otra vez encontró a los campesinos divididos, y el 11 y 12 de abril los venció separadamente en varios combates, dispersando también este destacamento. El resto, bajo el mando del cura Florián, se replegó hacia el lago de Constanza.

Entretanto el destacamento del lago había dado numerosas batidas y había hecho ingresar en la hermandad a las ciudades de Buchhorn (hoy Friedrichshafen) y Wollmatingen. El 13 se celebró un gran consejo de guerra en el monasterio de Salem, acordando salir al encuentro de Truchsess. Inmediatamente se tocaron las campanas a rebato y 10.000 hombres, a los que luego se incorporaron los vencidos de Baltringen, se reunieron en el campamento de Bermatingen. El 15 de abril sostuvieron un combate favorable contra Truchsess, que aún no quería exponer su ejército a una batalla decisiva, porque, además, se había enterado de que, a su vez, se acercaban los del Heagu y del Allgäu. El 17 de abril firmó con los campesinos del lago y del Baltringen el convenio de Weingarten, que encontraron ventajoso y que aceptaron sin vacilar. Además, consiguieron de los delegados del alto y bajo Allgäu que aceptasen también el convenio, marchando luego a Wurtemberg.

Su astucia lo salvo de la catástrofe segura. Si no hubiese sabido engañar a estos campesinos débiles, cortos de entendimiento y en su mayoría ya desmoralizados, y a sus jefes incapaces, miedosos y corruptibles, él y su pequeño ejército se hubieran visto encerrados e irremediablemente perdidos en medio de cuatro columnas que, por lo menos, sumaban de 25.000 a 30.000 hombres; pero la poca inteligencia de sus enemigos (este es, fatalmente, el defecto de las masas campesinas) le hizo posible deshacerse de ellos en el momento preciso en que hubiesen podido acabar con la guerra de un solo golpe, por lo menos en Suabia y Franconia. Los campesinos del lago mostraron tal empeño en cumplir este convenio, que naturalmente resultó ser un engaño, que llegaron incluso, a tomar las armas contra sus propios aliados del Hegau. Los campesinos del Allgäu, cuando supieron la traición de sus jefes, se declararon en contra del convenio; pero, entretanto, Truchsess se había salvado del peligro.

Los campesinos del Hegau que no estaban incluidos en el convenio de Weingarten dieron, poco después, otra prueba de este particularismo estúpido, de este provincialismo testarudo que acabó por hundir todo el movimiento. Cuando Truchsess se había marchado a Wurtemberg sin que hubiesen dado resultado las negociaciones con los del Hegau, estos

se fueron tras él, permaneciendo siempre a su retaguardia; pero no se les ocurrió unirse con el destacamento blanco cristiano de Wurtemberg, por la sencilla razón de que los de Wurtemberg y los del valle de Neckar también se habían negado a auxiliarlos en cierta ocasión. Por eso, cuando Truchsess se había alejado lo suficiente, volvieron tranquilamente y marcharon a Friburgo.

Al entrar Matern Feuerbacher con los campesinos de Wurtemberg en Kirchheim, el cuerpo de observación que Truchsess había dejado se retiró a Urach. Después de intentar la ocupación de Urach, Feuerbacher se dirigió a Nürtingen pidiendo auxilio a todos los insurgentes de la región para dar la batalla decisiva. Realmente, llegaron grandes refuerzos, tanto del bajo Wurtemberg como del Gau; sobre todo los campesinos del Gau, agrupados en derredor de los restos de los de Leipheim, que se habían retirado a la parte occidental de Wurtemberg propagando la insurrección en los valles del alto Neckar y Nagold hasta Böblingen y Leonberg, acudieron en dos fuertes columnas, y el 5 de mayo se unieron a Feuerbacher en Nürtingen. Encontraron a Truchsess cerca de Böttingen. Su número, su posición y la artillería de que disponían sorprendió a Truchsess. Según su método acostumbrado, no tardó en iniciar las negociaciones, llegando a un armisticio con los campesinos. En cuanto los campesinos se sintieron seguros, Truchsess los atacó por sorpresa el 12 de mayo, en plena tregua, obligándoles a dar la batalla decisiva. Los campesinos opusieron una resistencia desesperada hasta que, por fin, la ciudad de Böttingen cayó en manos de Truchsess por la traición de los ciudadanos. Así, el ala izquierda de los campesinos se halló privada de su punto de apoyo y se vio deshecho y cercado. La batalla estaba decidida. El desorden cundió entre los campesinos poco acostumbrados a la disciplina y pronto huyeron a la desbandada; los que no fueron muertos o apresados por los jinetes de la liga tiraron las armas apresurándose a regresar a sus pueblos. El destacamento blanco cristiano y, con él, la insurrección de Wurtemberg, estaban totalmente deshechos. Theus Gerber logro huir a Esslingen. Feuerbacher huyó a Suiza, Jacklein Rohbarch fue hecho prisionero, encadenado y llevado a Neckargartach, donde Truchsess lo manda atar a un palo, amontonando leña a su alrededor, siendo asado vivo a fuego lento, mientras él se banquetaba con sus caballeros gozando de tan noble espectáculo.

Desde Neckargartach, Truchsess hizo una incursión en el Kraichgau para apoyar las operaciones que estaba realizando el elector del Palatinado. Al recibir éste la noticia de los éxitos de Truchsess, rompió la tregua con los campesinos y atacó el Buchrain el 23 de mayo, tomando y quemando Malsch tras una resistencia encarnizada y, después de saquear varias aldeas, ocupó Bruchsal. Al mismo tiempo, Truchsess atacó a Eppingen, capturando a Antonio Eisenhut, jefe local del movimiento, al que el elector mandó ejecutar inmediatamente en compañía de otros doce cabecillas. De este modo, sometió el Buchrain y el Kraichgau, que tuvieron que pagar cerca de 40.000 florines de indemnización. El ejército de Truchsess que, como consecuencia de las batallas últimas, se hallaba reducido a 6.000 hombres y el del elector, que tenía 6.500, se unieron para marchar contra los campesinos del Odenwald.

La noticia de la derrota de Böttingen llenó de terror a los insurgentes. Las ciudades libres que habían caído en las duras manos de los campesinos respiraron por primera vez. Heilbronn dio el primer paso hacia la reconciliación con la liga Suaba. En Heilbronn se hallaba la cancillería de los campesinos y se reunían los delegados de los diferentes destacamentos para deliberar sobre las proposiciones que en nombre de todos los campesinos insurgentes iban a dirigir al emperador y al Reich. De estas negociaciones, que tenían por fin crear un derecho común vigente en toda Alemania, resaltó una vez más que ni la campesina ni ninguna otra clase estaban lo suficientemente desarrolladas para reorganizar la vida de la nación entera según sus intereses. Desde el primer instante se

vio que para otros fines era imprescindible ganar a la nobleza y, sobre todo, a la burguesía. La dirección de las negociaciones vino a parar a manos de Wendel Hipler. De todos los jefes del movimiento, fue Wendel Hipler quien mejor se dio cuenta de la situación. No era un revolucionario de grandes ideas como Münzer ni un representante de los campesinos como Metzler o Rohrbach. Su gran experiencia, su conocimiento práctico de las relaciones entre las diferentes clases, le impedía representar exclusivamente a una sola clase en contra de las demás que participaban en el movimiento. Lo mismo que Münzer, que representaba a una clase que se hallaba totalmente al margen de la sociedad oficial, es decir, a los gérmenes del proletariado, presintió el comunismo; así, Wendel Hipler, como representante del conjunto de todos los elementos progresivos de la nación, llegó a sentir la *sociedad burguesa moderna*. Aunque los principios que defendía y las reivindicaciones que formulaba no eran realizables inmediatamente, eran, sin embargo, el resultado algo idealizado pero necesario, de la disolución en que se hallaba la sociedad feudal; y cuando los campesinos se pusieron a elaborar proyectos de leyes para todo el imperio, tuvieron que tenerlo en cuenta. Así, pues, la centralización que exigían los campesinos adquirió en Heilbronn, una forma más positiva, pero completamente opuesta al concepto que de ella tenían aquéllos. Así, por ejemplo, se propuso la unificación de monedas, medidas y pesos, es decir, que se formularon reivindicaciones de acuerdo con los intereses de la burguesía de las ciudades, mucho más que en el interés de los campesinos. A la nobleza se le hicieron concesiones que se parecen mucho a las actuales leyes de amortización y cuya finalidad era la transformación de la propiedad feudal en propiedad burguesa del suelo. En el momento, pues, en que las reivindicaciones de los campesinos se resumieron en una “reforma del imperio”, se tuvieron que subordinar no a las reivindicaciones momentáneas de los burgueses, pero sí a sus intereses definitivos.

Mientras en Heilbronn aun duraba la discusión sobre estas reformas, Juan Berlin, el autor de la “declaración de los doce artículos”, salió a recibir a Truchsess y a negociar en nombre de los honorables ciudadanos la rendición de la ciudad. Los movimientos reaccionarios que se produjeron en la ciudad facilitaron la traición y Wendel y Hipler tuvo que huir con los campesinos. Marchó a Weinsberg donde trató de reunir los restos de los campesinos de Wurtemberg y los escasos efectivos móviles de Gaildorf. Pero de allí también tuvo que salir al acercarse Truchsess y el elector del Palatinado, dirigiéndose a Wirtzburgo para intentar movilizar el destacamento blanco. Entre tanto las tropas del elector y las de la liga sometieron toda la región del Neckar; obligaron a los campesinos a prestar de nuevo el juramento de fidelidad y quemaron muchas aldeas, degollando y ahorcando a todos los campesinos fugitivos que cayeron entre sus manos. La ciudad de Weinsberg fue quemada para vengar la muerte del conde Helfenstein.

Mientras tanto, los destacamentos reunidos cerca de Witsburgo sitiaban el Frauenberg; el 15 de mayo, aun antes de abrir brecha, intentaron con gran valentía asaltar la fortaleza, pero fue en balde. 400 hombres, de los más valientes que en su mayoría pertenecían al destacamento de Florián Geyer, cayeron muertos o heridos en los fosos. Dos días después llegó Wendel Hipler y reunió un consejo de guerra. Propuso no dejar más que 4.000 hombres para sitiar el Frauenberg y llevar el grueso del ejército, que comprendía cerca de 20.000 hombres, a un campamento cerca de Krautheim sobre el Jat, donde, ante los ojos de Truchsess, se pudieran concentrar todos los refuerzos. El plan era excelente; tan sólo por la cohesión absoluta de las masas y por su superioridad numérica se podía derrotar al ejército de los príncipes que ahora tenía cerca de 13.000 hombres. Pero la desmoralización y el desánimo de los campesinos eran ya demasiado grandes para permitir cualquier acción enérgica. También Gotz de Berlichingen (que poco después iba a traicionar abiertamente) parece haber contribuido a poner trabas al movimiento y así el plan de Hipler nunca llegó a realizarse. Al contrario, las columnas se dividieron como de

costumbre. Por fin, el destacamento blanco se puso en movimiento el 23 de mayo, prometiendo los de Franconia seguirles inmediatamente. El 26, las compañías del margraviato de Anspach que se hallaban en Wistburgo, emprendieron el regreso a su tierra al recibir la noticia de que el margrave había atacado a los campesinos. El resto del ejército que había actuado en el asedio con la cuadrilla negra de Florián Geyer tomó posiciones cerca de Heidingsfeld, no lejos de Witsburgo. El 24 de mayo el destacamento blanco llegó a Krautheim, en un estado que no le permitía entrar en campaña. Allí supieron muchos que sus aldeas habían prestado juramento a Truchsess y con este pretexto se volvieron a su casa. El destacamento siguió la marcha hasta Neckarsulm, y el día 28 entabló negociaciones con Truchsess. Al mismo tiempo, enviaron mensajeros a Franconia, Alsacia y a la Selva Negra para pedir el envío urgente de refuerzos. De Neckarsulm, Gotz regresó a Ohringen. El destacamento disminuía a diario; el mismo Gotz de Berlichingen desapareció durante la marcha; se había ido a su casa después de haberse puesto de acuerdo con Truchsess sobre esta desertión, actuando como intermediario su antiguo compañero de armas Dietrich Spät. En Ohringen, una noticia falsa sobre la supuesta llegada del enemigo, provocó el pánico de la masa desanimada y desorientada; el destacamento se dispersó con gran desorden; Metzler y Wendel Hipler lograron, con grandes esfuerzos, conservar a unos 2.000 hombres, a los que condujeron otra vez a Krautheim. Mientras tanto, se acercaban los 5.000 campesinos de Franconia; pero Gotz, que, por lo visto, quería cometer otra traición, había ordenado se desviaran en su marcha hacia Ohringen, pasando por Lowenstein; de este modo no pudieron encontrar al destacamento blanco y marcharon a Neckarsulm. Truchsess estaba sitiando esta pequeña ciudad, ocupada por algunas compañías del destacamento blanco. Los de Franconia llegaron por la noche y vieron las hogueras del campamento de la liga, pero sus jefes no tuvieron el valor de atacarlo y se retiraron a Krautheim, donde, por fin, encontraron los restos del destacamento blanco. El día 29, como no llegaron los refuerzos Neckarsulm, se rindió a los ligueros; inmediatamente Truchsess mandó ejecutar a trece campesinos y luego salió al encuentro de los destacamentos, matando, saqueando y quemándolo todo en su camino. En los valles del Necker, Kocher y Jaxt marcaban su camino las ruinas y los cadáveres de campesinos colgados de los árboles.

Cerca de Krautheim, los campesinos sufrieron su primer encuentro con Truchsess y tuvieron que replegarse hacia Königshofen, sobre el Tauber, obligados por un movimiento envolvente de Truchsess. Allí tomaron posición con 8.000 hombres y 32 cañones. Truchsess se acercó, ocultándose detrás de los montes y en los bosques; hizo avanzar columnas para hostilizar la retaguardia, y el 2 de junio los atacó con tanta energía y en número tan superior, que, a pesar de la resistencia que varias columnas opusieron hasta muy entrada la noche, los dispersó y derrotó completamente. Como siempre, la caballería de la liga, la “muerte de los campesinos”, contribuyó muy eficazmente a aniquilar al ejército de los insurgentes, arrojándose sobre los campesinos puestos en desorden por el fuego de artillería y fusilería y los ataques con lanza, dispersándolos completamente para matarlos uno a uno. El ejemplo de los 300 ciudadanos de Königshofen que servían en el ejército campesino da una idea de los métodos de guerra que empleaban Truchsess y su caballería. Todos, menos quince, fueron pasados a cuchillo durante la batalla, y de estos quince, otros cuatro fueron decapitados posteriormente.

Después de liquidar de este modo a los campesinos del Odenwald, del valle del Neckar y de la baja Franconia, Truchsess sometió toda la región dando batidas para quemar aldeas enteras, llevando a cabo numerosas ejecuciones; luego se trasladó a Wirtzburgo. En el camino supo que el segundo destacamento de Franconia, capitaneado por Florián Geyer y Gregorio de Burg-Bernsheim, se hallaba cerca de Suledorf, a donde se dirigió inmediatamente. Desde que fracasó el asalto a la fortaleza del Frauenberg,

Florián Geyer comenzó a negociar con los príncipes y ciudades, especialmente con la ciudad de Rottenburg y el margrave Casimiro de Anspach, acerca de su ingreso en la hermandad campesina al recibir la noticia de la derrota de Königshofen, interrumpió las gestiones. El destacamento Anspach, conducido por Gregorio de Burg-Bernsheim, se incorporó al suyo. Este destacamento se había formado recientemente. Con un espíritu digno de un Hohenzollern, el margrave Casimiro había sabido contener la sublevación de sus territorios, ya por medio de promesas, ya por amenaza de las tropas. Observaba una neutralidad perfecta frente a todos los destacamentos extraños, mientras éstos no atraían a sus súbditos. Trató de encauzar el odio de los campesinos contra las fundaciones eclesiásticas, contando con enriquecerse mediante su incautación posterior. Entretanto, se armaba, aguardando los acontecimientos. Apenas recibió la noticia de la batalla de Böttlingen, atacó a los campesinos rebeldes, saqueando y quemando sus aldeas y mandando ahorcar y acuchillar a muchos; pero los campesinos se concentraron rápidamente y, bajo el mando de Gregorio de Burg-Bernsheim, le derrotaron el 29 de mayo en Windsheim. Cuando le estaban persiguiendo, recibieron un llamamiento de los del Odenwald pidiendo auxilio. Sin vacilar se dirigieron a Heidigenfeld, de donde volvieron a Witsburgo en compañía de Florián Geyer (el 2 de junio). Sin haber recibido más noticias de los del Odenwald, siguieron su marcha con 4.000 hombres, dejando a otros 5.000 en la ciudad. El resto se había dispersado. Envalentonados por noticias falsas sobre el resultado de la batalla de Königshofen, Los sorprendió Truchsess cerca de Sulzдор, derrotándolos completamente. Como siempre, los jinetes y mercenarios de Truchsess hicieron una matanza tremenda. Florián Geyer logró conservar seis mil hombres (lo que quedaba de su cuadrilla negra), y con ellos se abrió camino hasta Ingolstadt. 2.000 hombres ocuparon la iglesia y el cementerio; otros 4.000, el castillo. Las tropas del Palatinado los persiguieron y tomaron la aldea, incendiando la iglesia; los que no perecieron en las llamas, fueron muertos cuando huían. El fuego de las tropas abrió brecha en la vieja muralla del castillo, iniciándose el asalto. Dos veces los campesinos, protegidos por una segunda muralla rechazaron a las tropas, que, destruyendo también esta muralla, lograron en su tercer asalto tomar el castillo. La mitad de los campesinos pereció; Geyer logró escapar con los últimos 200. Pero el lugar en que se había refugiado fue descubierto al día siguiente (el lunes de Pentecostés); las tropas del Palatinado rodearon el bosque donde se hallaba escondido y mataron a todos. Durante estos dos días no hicieron más que 17 prisioneros. Florián Geyer se salvó otra vez con unos cuantos hombres decididos y fue a reunirse con los de Gaildorf, que todavía disponían de unos 7.000 hombres. Pero cuando llegó ya se habían disuelto en su mayoría, aterrados por las malas noticias que de todas partes recibían. Geyer intentó reunir en los bosques a los que huían; pero el 9 de julio las tropas lo sorprendieron cerca de Hall, donde murió luchando.

Truchsess, que después de la victoria de Königshofen había hecho llegar sus noticias a las tropas sitiadas en el Frauenberg, avanzó hacia Witsburgo. Con el mayor secreto, el ayuntamiento de la ciudad se puso de acuerdo con él, y el 7 de julio el ejército de la Liga pudo cercar la ciudad, ocupada por 5.000 campesinos, y a la mañana siguiente logró entrar sin sacar la espada, por las puertas que el ayuntamiento había mandado abrir. Gracias a esta traición cometida por los “honorables” de Witsburgo fue desarmado el último destacamento de Franconia, cayendo prisioneros todos sus jefes. Truchsess se apresuró a ordenar la ejecución de 81. Uno tras otro, llegaron a Witsburgo los diferentes príncipes de Franconia; el obispo de Witsburgo, el de Bamberg, y el margrave de Brandenburgo, Anspach. Estos excelentes señores procedieron a distribuirse los papeles que iban a desempeñar. Truchsess continuó la marcha, acompañado por el obispo de Bamberg, que se apresuró a romper el tratado que había firmado con sus campesinos, entregando su país a las hordas incendiarias del ejército liguero. El margrave Casimiro

devastó su propio país. Quemó la ciudad de Teiningen, saqueo numerosas aldeas y las entregó a las llamas; en cada ciudad juzgaba y castigaba cruelmente a los rebeldes. En Neustadt, sobre el Aisch, mandó decapitar a 18 hombres; en la marcha de Bügel, a 43. De allí marchó a Rottenburg, donde los honorables ya habían iniciado la contrarrevolución, deteniendo a Esteban de Menzingen. Ahora los pequeños burgueses y plebeyos tuvieron que pagar cara su actitud ambigua frente a los campesinos, a los que hasta el último momento se habían negado a prestar ayuda, persistiendo en su egoísmo estúpido y oprimiendo las industrias rurales para favorecer a los gremios de la ciudad y resistiéndose a renunciar a los ingresos municipales que procedían de los servicios feudales de los campesinos. El margrave mandó decapitar a 16 de ellos; como era natural, en primer lugar a Menzingen. El obispo de Witsburgo procedió de la misma manera, saqueando, destrozando y quemando lo que encontraba en el camino. En su paseo triunfal mandó ejecutar a 256 rebeldes; su obra culminó con la ejecución de otros 13 ciudadanos, ordenada cuando volvió a Witsburgo.

En la región de Maguncia, el gobernador Guillermo, obispo de Estrasburgo, restableció el orden sin encontrar resistencia. No mandó ejecutar más que a cuatro individuos. También se habían producido disturbios en el Rheingau, pero todos habían vuelto a sus casas hacía tiempo; sin embargo, Frowen de Hutten, primo de Ulrico, invadió la región y la “pacificó” completamente por la ejecución de doce cabecillas. En Fráncfort, que también había visto importantes movimientos revolucionarios, la paz fue mantenida en el primer momento gracias a la transigencia del ayuntamiento y luego por tropas mercenarias. Después de la traición del elector, otros 8.000 campesinos se habían reunido en el Palatinado empezando otra vez a quemar conventos y castillos; pero el arzobispo de Treveris llamó al mariscal de Saverna y con su ayuda los venció el 23 de mayo en Pfedersheim. Una serie de crueldades (tan sólo en Pfedersheim fueron ejecutados 82) y la toma de Wissemburgo (el 7 de julio) terminaron con aquella insurrección.

De todos los destacamentos, no quedaban ya más que dos que no hubieran sido vencidos: el de Hegau y de la Selva Negra y el del Allgäu. El archiduque Fernando había intrigado con ambos, igual que el margrave Casimiro y otros príncipes, que querían aprovecharse de la sublevación para apoderarse de tierras y principados eclesiásticos, él quería utilizarla para ensanchar los dominios de la casa de Austria. Había tratado con Walter Bach, el caudillo del Allgäu, y con Juan Müller de Bulgenbach, del Hegau, para conseguir que los campesinos se declarasen favorables a la unión con Austria; pero, a pesar de ser corruptibles ambos jefes, consiguieron únicamente que los del Allgäu concluyesen una tregua con el archiduque, observando neutralidad frente a Austria.

En su retirada de Wurtemberg, los del Hegau habían destruido un gran número de castillos y habían recibido refuerzos del margraviato de Baden. El 13 de mayo marcharon a Friburgo; el 18 comenzaron a cañonear la ciudad, y el 23 entraron con las banderas desplegadas, una vez que hubo capitulado. Desde allí marcharon a Stockach y Radolfzell, hostilizando sin éxito a las guarniciones de estas ciudades. Éstas, lo mismo que la nobleza y las ciudades cercanas, invocaron el tratado de Weingarten para pedir auxilio a los campesinos del Lago, y los rebeldes del destacamento del Lago movilizaron 5.000 hombres contra sus propios aliados. Hasta tal punto llegó el particularismo estúpido de estos campesinos. Tan solo 600 campesinos que querían unirse a los del Hegau se negaron a ello, siendo reducidos por la fuerza; pero los del Hegau ya habían abandonado el asedio, cumpliendo una orden de Juan Müller de Bulgenbach, vendido al enemigo. Poco después huyó Juan Müller y los campesinos se dispersaron. Los que quedaban se hicieron fuertes en el puerto de Hitzingen, donde, el 16 de julio, fueron vencidos y aniquilados por las tropas que habían llegado entretanto. Gracias a la mediación de las ciudades suizas, los del Hegau obtuvieron un tratado, lo cual no impidió que Juan Müller

fuera detenido en Laufenburgo y decapitado, a pesar de su traición. También Friburgo, en Brisgovia, se separó de la Liga campesina (el 17 de julio), mandando tropas contra ella; pero allí también terminaron el 18 de septiembre por firmar un tratado en Offenburgo, por ser demasiado débiles las fuerzas regulares. Las ocho unidades de la Selva Negra y del Klettgau que aún no habían sido desarmadas se levantaron de nuevo, irritadas por la tiranía del conde de Sulz y fueron vencidos en octubre. El 13 de noviembre se impuso un tratado a los de la Selva Negra y el 6 de diciembre cayó Waldshut, el último baluarte de la insurrección a orillas del alto Rin.

Al marcharse Truchsess, los del Allgäu habían reanudado su campaña contra los conventos y castillos, tomando enérgicas represalias por los desmanes de las tropas. Frente a ellos había escasas fuerzas, que no los atacaban más que cuando se encontraban aislados y sin poderlos perseguir en el interior de los bosques. En junio estalló un movimiento contra los honorables en la ciudad de Memmingen, que hasta entonces habían guardado neutralidad. La represión del movimiento se debe tan sólo a la presencia de algunas tropas de la Liga que por casualidad se hallaban en las afueras y que pudieron en el momento oportuno prestar auxilio a los honorables. Schapeler, que había sido el predicador y jefe del movimiento plebeyo, logró huir a San Galo. Los campesinos avanzaron sobre la ciudad; pero apenas habían empezado a abrir brecha, cuando supieron que Truchsess había salido de Witsburgo marchando contra ellos. El 27 de junio salieron a su encuentro, formados en dos columnas que pasaron por Babenhausen y Obergünzburg. El archiduque Fernando intentó de nuevo ganarlos para la casa de Austria. Invocando la tregua que había concluido con ellos, ordenó a Truchsess no siguiera avanzando; pero la Liga de Suabia le ordenó atacarlos, prescindiendo únicamente de los saqueos e incendios. No obstante, Truchsess era demasiado inteligente para renunciar a su arma decisiva, aun en el caso en que le hubiera sido posible mantener el orden entre los lansquenetes que del lago de Constanza hasta el Mein habían ido de desmán en desmán. Los campesinos tomaron posición con cerca de 23.000 hombres a orillas del Iller y del Leubas. Con 11.000 hombres, Truchsess se colocó frente a ellos. Ambas posiciones eran fuertes; la caballería no podía operar en este terreno accidentado, y si los lansquenetes de Truchsess eran superiores a los campesinos por su organización, disciplina y recursos militares, también los del Allgäu tenían en sus filas un gran número de viejos soldados y capitanes expertos, disponiendo, además, de numerosa artillería bien servida. El 19 de julio, los de la Liga abrieron el fuego con sus cañones, y al día siguiente continuó el cañoneo en ambos bandos, pero sin resultado. El 21, Jorge de Frundsberg, con 3.000 lansquenetes se incorporó a los de Truchsess. Conocía a muchos campesinos que habían servido bajo su mando en Italia; y entabló negociaciones con ellos. La traición triunfó donde no bastaron los recursos militares.

Walter Bach y varios jefes y artilleros se dejaron comprar. Mandaron pegar fuego a todas las provisiones de pólvora y ordenaron un movimiento envolvente. Apenas los campesinos habían abandonado su fuerte posición, cuando cayeron en la emboscada que les había preparado Truchsess, de acuerdo con Bach y los otros traidores. Les fue imposible defenderse, pues, para colmo, sus jefes traidores los habían abandonado bajo el pretexto de hacer un reconocimiento, hallándose pronto camino de Suiza. Dos columnas fueron totalmente aniquiladas: la tercera, bajo el mando de Knopf de Lenbas, pudo retirarse ordenadamente. Tomó posiciones sobre el monte Kollenberg, cerca de Kempten, donde la cercó Truchsess. Allí tampoco se atrevió a atacarles, sino que les cortó los convoyes y trató de desmoralizarlos quemando doscientas aldeas en los alrededores. El hambre y la vista de sus hogares en llamas les movió, por fin, a rendirse (el 25 de julio). Más de 20 campesinos fueron ejecutados en el acto. Knopf de Lenbas, el único jefe de

este destacamento que no había traicionado su bandera, logró refugiarse en Bregenz; pero allí fue detenido y ahorcado tras larga prisión.

Así termina la guerra de los campesinos en Suabia y Franconia.

VI La guerra de los campesinos en Turingia, Alsacia y Austria

Al estallar las primeras insurrecciones en Suabia, Tomas Münzer se había apresurado a volver a Turingia, fijando su residencia en la ciudad libre de Mühlhausen, donde más fuerza tenía su partido. En su mano reunía los hilos de todo el movimiento; conocía el alcance de la tormenta que se iba a desencadenar en Alemania del sur y se había encargado de hacer de Turingia el centro del movimiento en el norte. Encontró un ambiente sumamente propicio. En la propia Turingia, que había sido el centro de la Reforma, la excitación había llegado a su punto culminante; la miseria material que reinaba entre los campesinos oprimidos, así como las doctrinas revolucionarias, religiosas y políticas que circulaban, habían preparado también en los países vecinos, en Hessen, Sajonia y en la región del Harz el terreno para la insurrección general. Sobre todo en Mühlhausen, la tendencia extremista de Münzer había ganado a la masa de la pequeña burguesía, que esperaba con impaciencia el día en que iba a hacer sentir a los orgullosos patricios los efectos de su superioridad numérica. Para que no se adelantaran al momento convenido, el propio Münzer tenía que calmarlos: pero su discípulo Pfeiffer, que dirigía este movimiento, ya estaba comprometido hasta tal punto, que no pudo contenerlos más. El 17 de marzo de 1525, mucho antes de iniciarse la sublevación general en la Alemania del sur, hizo su revolución la ciudad de Mühlhausen. El viejo ayuntamiento patricio fue destituido, el “consejo eterno” que acaba de ser elegido se encargó del gobierno, bajo la presidencia de Tomas Münzer.

Lo peor que puede suceder al jefe de un partido extremo es ser forzado a encargarse del gobierno en un momento en el que el movimiento no ha madurado lo suficiente para que la clase que representa pueda asumir el mando y para que se puedan aplicar las medidas necesarias a la dominación de esta clase. Lo que realmente puede hacer no depende de su propia voluntad, sino del grado de tensión a que llega el antagonismo de las diferentes clases, y del desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de la producción y circulación, que son la base fundamental del desarrollo de los antagonismos de clase. Lo que *debe* hacer, lo que exige de él su propio partido, tampoco depende de él ni del grado de desarrollo que ha alcanzado la lucha de clases y sus condiciones; el jefe se halla ligado por sus doctrinas y reivindicaciones anteriores, que tampoco son el resultado de las relaciones momentáneas entre las diferentes clases sociales ni del estado momentáneo y más o menos casual de la producción y circulación, sino de su capacidad (grande o pequeña) para comprender los fines generales del movimiento social y político. Se encuentra, pues, necesariamente ante un dilema insoluble: lo que realmente *puede* hacer se halla en contradicción con toda su actuación anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido; y lo que *debe* hacer no es realizable. En una palabra: se ve forzado a representar, no a su partido y su clase, sino la clase llamada a dominar en aquel momento. El interés del propio movimiento le obliga servir a una clase que no es la suya y a entretener a la propia con palabras, promesas y con la afirmación de que los intereses de aquella clase ajena son los de la suya. Los que ocupan esta posición ambigua están irremediabilmente perdidos.

Hemos visto ejemplos en los últimos tiempos; recordemos la posición que en el último gobierno provisional de Francia ocupaban los representantes obreros, a pesar de que no representaban sino una etapa muy inferior en el desarrollo del proletariado. Quienes después de las experiencias del gobierno de febrero (no hablemos de los nobles gobiernos provisionales y regencias del imperio en Alemania) todavía pueden anhelar puestos oficiales, o son extraordinariamente torpes o no pertenecen al partido revolucionario más que de palabra. Pero la posición de Münzer al frente del “consejo eterno” de Mühlhausen era todavía mucho más arriesgada que la de cualquier gobernante revolucionario en la actualidad. No sólo aquel movimiento, sino todo aquel siglo, no estaban maduros para la realización de las ideas que el propio Münzer había empezado a imaginar tarde y confusamente. La clase a la que representaba acababa de nacer y no estaba, ni mucho menos, completamente formada y capaz de subyugar y transformar a la sociedad entera.

El cambio de la estructura social que había imaginado no tenía el menor fundamento en las circunstancias materiales existentes, en las que se gestaba un orden social que iba a ser exactamente contrario al orden que había soñado. Sin embargo, seguía ligado por sus predicaciones anteriores sobre la igualdad cristiana y la comunidad de bienes evangélica; tenía que hacer, por lo menos, un intento de su aplicación. Se proclamó la comunidad de los bienes, el trabajo obligatorio para todos y la supresión de toda autoridad; pero, en realidad, Mühlhausen seguía siendo una ciudad libre republicana con una constitución algo más democrática, con un senado elegido por sufragio universal y controlado por la asamblea y con una organización de beneficencia improvisada apresuradamente en las casas particulares. Esta revolución social que tanto horrorizaba a los burgueses protestantes de la época, no pasó, en realidad, de un ensayo tímido e inconsciente para establecer prematuramente la actual sociedad burguesa.

El propio Münzer parece haberse dado cuenta del abismo que separaban a sus teorías de la realidad concreta, un abismo que tanto menos podía ignorar él, cuanto más desfiguraban su genial teoría las cabezas incultas de sus partidarios. Con un celo aun para el desusado se puso a propagar y organizar el movimiento; escribió cartas y mandó emisarios a todas partes. Sus escritos y predicaciones reflejan un fanatismo revolucionario que aun teniendo en cuenta sus escritos anteriores, produce estupefacción. El tono humorístico y juvenil de los panfletos revolucionarios de Münzer ha desaparecido por completo, como también el lenguaje ponderado y sistemático del pensador que había empleado en algunas ocasiones. Ahora Münzer es profeta de la revolución con todo su ser; enciende incesantemente el odio contra las clases dominantes, despierta las pasiones más violentas, y cuando habla lo hace empleando las frases encendidas que el delirio religioso y nacional atribuía a los profetas del antiguo testamento. El nuevo estilo al que tuvo que acostumbrarse indica el nivel cultural del público sobre el que tenía que influir. El ejemplo de Mühlhausen y la agitación de Münzer no tardaron en producir su efecto en las demás regiones. En *Turingia*, en el campo de *Eichsfeld*, en el *Harz* en los *ducados de Sajonia*, en *Hessen* y *Fulda*, en la *alta Franconia* y en el *Vogtland* se levantaron los campesinos y formaron bandas, que quemaron castillos y conventos. Münzer era el jefe reconocido de casi todo el movimiento cuyo centro seguía siendo Mühlhausen, mientras que en Erfurt triunfaba un movimiento puramente burgués, adoptando el partido que allí gobernaba una actitud ambigua frente a los campesinos.

Al principio los príncipes de Turingia estaban frente a los campesinos tan impotentes y desorientados como los de Franconia y Suabia. En los últimos días de abril el landgrave de Hessen logró por fin concentrar un cuerpo de ejército; este landgrave era el mismo Felipe cuya piedad le valió tantos elogios por parte de los historiadores burgueses y protestantes de la Reforma y sobre cuyas infamias cometidas contra los campesinos también escucharemos algo en este pequeño relato. En varias expediciones

rápidas el landgrave Felipe, gracias a su actitud enérgica, sometió a la mayor parte de su país, luego movilizó a nuevos contingentes y entró en el territorio del abad de Fulda del que había sido vasallo hasta entonces. El 3 de mayo venció a los campesinos de Fulda cerca de Frauenberg y sometió al país entero, aprovechando la ocasión no sólo para librarse de la soberanía del abad, sino para transformar toda la abadía de Fulda en un feudo de Hessen, reservándose (claro está) el derecho de secularizarla más tarde. Luego ocupó Eisenach y Langehsalza y unido a las tropas del duque de Sajonia marchó contra Mühlhausen, el foco principal hombres provistos de alguna artillería, cerca de Frankenhausem.

Los campesinos de Turingia no tenían ni mucho menos, el valor guerrero que una parte de los destacamentos de Suabia y Franconia mostraron frente a Truchsess; no disponían de armamento suficiente, estaban indisciplinados, en sus filas había pocos soldados veteranos, los jefes faltaban por completo. El propio Münzer no tenía sin duda el menor conocimiento militar. Sin embargo, los príncipes creyeron oportuno aplicar la misma táctica que tantas veces había procurado la victoria de Truchsess: la felonía. El 16 de mayo iniciaron negociaciones concluyendo un armisticio para atacar de repente a los campesinos, antes de terminar la tregua.

Münzer y los suyos se habían hecho fuertes detrás de una barrera de carros en el monte que aun lleva el nombre de Schlachtherg²⁶. Ya cundía de desmoralización entre las bandas. Los príncipes prometieron una amnistía, si las bandas entregaban vivo a Münzer. Éste mandó formar un círculo para discutir las preposiciones de los príncipes. Un caballero y un cura se pronunciaron a favor de la capitulación; Münzer los hizo conducir en medio del círculo y los mandó decapitar en el acto. Este acto de energía terrorista fue saludado con entusiasmo por los revolucionarios decididos y tuvo como consecuencia levantar un poco el ánimo de los campesinos; sin embargo, la mayor parte de estos se hubieran dispersado sin oponer resistencia, si no se hubiesen dado cuenta de que a pesar de la tregua los lansquenets de los príncipes, que habían cercado el monte avanzaban hacia ellos en columnas cerradas. Se apresuraron a tomar posición detrás de los carros, pero las balas de cañón y de arcabuz ya habían empezado a hacer estragos entre los campesinos casi indefensos y poco acostumbrados a la guerra y los lansquenets habían ya llegado hacia la barrera de carros. Después de una breve resistencia irrumpieron en la línea de carros, apoderándose de los cañones de los campesinos y dispersándolos. Estos huyeron a la desbandada y cayeron en manos de las columnas envolventes y de la caballería, que hicieron una horrible matanza. De los 8.000 campesinos murieron 5.000; el resto logró refugiarse en Frankenhausem, pero con él entró también la caballería. Münzer que estaba herido en la cabeza fue descubierto en una casa y capturado. El 25 de mayo se rindió también Mühlhausen; Pfeiffer que había permanecido en la ciudad logró huir, pero acabó por ser detenido cerca de Eisenach.

En presencia de los príncipes, Münzer fue sometido a tormento y luego decapitado. Subió al cadalso con el mismo valor que había mostrado durante toda su vida. Tenía a lo sumo cuarenta y ocho años cuando murió. También Pfeiffer fue decapitado, y con estos dos murieron muchísimos más. En Fulda el “piadoso” Felipe de Hessen había iniciado la carnicería; entre otros, él y los príncipes sajones mandaron ejecutar con la espada a 24 rebeldes en Eisenach, a 41 en Langensalza, a 300 después de la batalla de Frankenhausem, a más de 100 en Mühlhausen, a 26 en Germar, a 30 en Tugenda, a 12 en Sangerhausen y a 8 en Leipzig, sin hablar de las numerosas mutilaciones y de otros medios más pacíficos tales como los saqueos e incendios de aldeas y ciudades.

²⁶ Monte de la batalla.

Mühlhausen tuvo que renunciar a su independencia de ciudad imperial para ser incorporada a los principados sajones, igual que la abadía de Fulda lo había sido al landraviato de Hessen.

Los príncipes atravesaron la montaña de Turingia, donde los campesinos de Franconia procedentes del campamento de Bildhausen se habían unido a los de Turingia quemando numerosos castillos. Cerca de Meiningen se produjo un combate; los campesinos salieron derrotados retirándose hacia la ciudad. Pero esta repentinamente cerró sus puertas y amenazó con atacarles por la espalda. Los campesinos a los que la traición de sus aliados había colocado en una situación difícil, capitularon ante los príncipes y se dispersaron aun antes de terminar las negociaciones. El campamento de Bildhausen se había disuelto hacía tiempo; con la disolución de estas bandas se aniquilaron los últimos restos de la insurrección en Sajonia, Hessen, Turingia y en la alta Franconia.

En Alsacia la sublevación se había producido más tarde que en la orilla derecha del Rin. En el obispado de Estrasburgo los campesinos no se sublevaron hasta mediados de abril; los siguieron los de la alta Alsacia y del Sundgau. El 18 de abril una banda de campesinos de la Baja Alsacia saqueó el monasterio de Altorf; en la región de Ebersheim y Barr así como en los valles de Willer y del Urbis se formaron otras bandas. Pronto se unieron, formando el gran destacamento de la baja Alsacia que organizó la toma de las ciudades y aldeas y la destrucción de los conventos. En todas partes un hombre de cada tres tuvo que incorporarse al ejército. Los doce artículos de este destacamento son mucho más radicales que los de Suabia y Franconia.

Mientras la primera columna de la baja Alsacia se concentraba cerca de San Hipólito y (fracasado el intento de ganar esta ciudad) se apoderaba de Barken el 10, de Rappoltsweiler, el 13 y de Reichenweiler, el 14 de mayo, gracias a un acuerdo con los ciudadanos, la segunda columna al mando de Erasmo Gerber salió a tomar Estrasburgo por sorpresa. El intento fracasó y la columna se dirigió hacia los Vosgos destruyendo el monasterio de Mauersmünster y sitiando Saverna que se rindió el 13 de mayo. Desde allí marchó a la frontera de Lorena sublevando la parte limítrofe de este ducado mientras fortificaba los puertos de la montaña. En Herborlzheim a orillas del Sarre y en Neuburgo se establecieron grandes campamentos; 4.000 campesinos alemanes de Lorena se hicieron fuertes cerca de Sarreguemines: en la vanguardia por fin había dos destacamentos el de Kolben en los Vosgos, cerca de Stiirzelbrun, y el de Kleeburgo cerca de Wissemburgo, que defendían el frente y el ala derecha, mientras el ala izquierda se apoyaba en las tropas de la alta Alsacia.

Estas se hallaban en movimiento desde el 20 de abril: el 10 de mayo había hecho ingresar la ciudad de Sulz en la hermandad campesina. lo mismo habían hecho el 12 con Gebweiler y el 15 con Sennheim. El gobierno austriaco y las ciudades libres de la región se unieron inmediatamente contra los campesinos, pero no tenían fuerza suficiente para resistirles y mucho menos para atacarles. Excepto algunas pocas ciudades, a mediados de mayo toda Alsacia estaba en manos de los insurgentes.

Pero ya se estaba acercando el ejército que iba a castigar a los campesinos alsacianos por su osadía. Fueron los *franceses* los que allí restablecieron la dominación de la nobleza. El duque Antonio de Lorena se puso en marcha el 6 de mayo, a la cabeza de un ejército de 30.000 hombres, entre ellos la flor de la nobleza francesa y tropas auxiliares españolas, piemontesas, lombardas, griegas, y albanesas. El 16 de mayo tuvo el primer encuentro cerca de Lutzelstein con 4.000 campesinos a los que venció sin dificultad y el 17 hubo de capitular la ciudad de Saverna ocupada por los campesinos. Mientras entraban aun las tropas lorenesas desarmando a los campesinos, se violó el acuerdo de capitulación; los lansquenets se arrojaron sobre los campesinos indefensos

matando a muchos de ellos. Las demás columnas de la baja Alsacia se dispersaron y el duque Antonio marchó contra los de la alta Alsacia. Estos se habían negado a acudir en auxilio de los de la baja Alsacia cuando se hallaban en Saverna; ahora se vieron atacados por el grueso de las fuerzas lorenesas y se defendieron muy valientemente, pero la enorme superioridad numérica (30.000 contra 7.000) y la traición de un gran número de caballeros, sobre todo la del corregidor de Reichenweiler, hacía inútil toda su valentía. Fueron totalmente derrotados y diseminados. El duque sometió a toda Alsacia con la crueldad acostumbrada. El Sundgau fue la única región a la que no castigó con su presencia. Allí el gobierno austriaco intimó a sus campesinos la conclusión del tratado de Ensisheim amenazándoles con llamar al duque. Pero el mismo gobierno no tardó en romper este tratado, mandando ahorcar a un sinnúmero de predicadores y dirigentes del movimiento. Pero los campesinos del Sundgau se volvieron a sublevar hasta que por fin fueron incluidos en el tratado de Offenburgo (el 18 de septiembre).

Queda por relatar la guerra de campesinos en los *Alpes austriacos*. Desde que se inició el movimiento de las “stara prawa” estos territorios, así como el vecino *arzobispado de Salzburgo*, se hallaban en una oposición permanente frente al gobierno y a la nobleza; también allí las doctrinas de la Reforma habían encontrado un terreno favorable.

Desde 1522 la ciudad de Salzburgo, apoyada por los campesinos y mineros, estaba en conflicto con el arzobispo, discutiéndose los privilegios de la ciudad y la libre práctica de la religión. A fines de 1524 el arzobispo atacó la ciudad con lansquenets mercenarios amedrentándola con los cañones del castillo, al mismo tiempo que perseguía a los predicadores herejes. Decretó nuevos impuestos abrumadores provocando de este modo la indignación de toda la población. En la primavera de 1525, simultáneamente con las insurrecciones de Suabia, Franconia y Turingia se sublevaron todos los campesinos y mineros del país, formando bandas dirigidas por los capitanes *Prossler* y *Weitmoser*, que libertaron la ciudad y sitiaron el castillo de Salzburgo. Igual que los campesinos de la Alemania occidental, constituyeron una liga cristiana formulando sus reivindicaciones en catorce artículos.

En la primavera de 1525 se sublevaron también los campesinos de Estiria, alta Austria, Carintia y Carniola, donde nuevos tributos arbitrarios perjudicaban los intereses más vitales del pueblo. Tomaron un gran número de castillos, derrotando cerca de Gryss al viejo capitán general Dietrichtein, el vencedor de la “stara prawa”. Si bien el gobierno logró apaciguar a una parte de los insurgentes engañándoles, la masa no perdió por eso su cohesión, al contrario, se unió a los de Salzburgo y de este modo todo el arzobispado de Salzburgo, la mayor parte de la alta Austria, Estiria, Carintia y Carniola estuvieron en poder de los campesinos y mineros.

Las doctrinas de los reformadores tuvieron también muchos partidarios en el Tirol; allí más que en las otras regiones de los Alpes austriacos, los emisarios de Münzer habían actuado con éxito. Allí como en otras partes, el archiduque Fernando perseguía a los predicadores de la nueva doctrina y violaba los derechos de la población con leyes fiscales arbitrarias. La consecuencia fue la insurrección en la primavera del mismo año 1525. Capitaneados por Geirmaier, discípulo de Münzer y el único gran talento militar de todos los jefes campesinos, éstos se apoderaron de un sinnúmero de castillos y procedieron muy enérgicamente contra los curas, sobre todo en el sur, a orillas del Adige. También se sublevaron los campesinos del Vorarlberg y se unieron a los del Allgäu.

En este trance el archiduque hizo concesión tras concesión a los rebeldes, a los que poco antes había querido exterminar a fuerza de incendios, saqueos y matanzas. Convocó a las dietas de los estados de la casa de Austria concluyendo un armisticio con los campesinos hasta que se reunieran aquéllas. Mientras tanto, se armaba a toda prisa para poder cambiar lo más pronto posible su lenguaje, frente a los “insolentes”.

Naturalmente el armisticio no duró mucho tiempo. En los ducados, Dietrichstein al que escaseaba el dinero, se dedicó al saqueo. Sus tropas eslavas y húngaras se permitieron las crueldades más vergonzosas contra la población. Los estirios volvieron a levantarse y en la noche del 2 al 3 de julio sorprendieron al capitán general Dietrichstein en Schladming y mataron a todos los que no hablaban alemán. Dietrichstein fue capturado: el día 3 por la mañana los campesinos constituyeron un tribunal de jurados que condenó a muerte a cuarenta nobles checos y croatas. Fueron ejecutados en el acto. Este gesto hizo un gran efecto; el archiduque se apresuró a acceder a todas las peticiones de los estados en los cinco ducados (la alta y Baja Austria, Estiria, Corintia y Carniola).

También en el Tirol se asentaron las condiciones de la dieta, restableciéndose la tranquilidad en el norte. Pero el sur, que insistió sobre sus primitivas reivindicaciones atenuadas por las decisiones de la dieta, continuó sobre las armas. En diciembre el archiduque logró por fin restablecer el orden por la fuerza haciendo ejecutar a un sinnúmero de cabecillas que habían caído en sus manos.

En agosto 10.000 bávaros conducidos por Jorge de Frundsberg, marcharon contra los de Salzburgo. Este alarde de fuerzas, así como las disensiones que reinaban entre los campesinos, los movieron a concluir un tratado con el arzobispo que también fue aceptado por el archiduque. Pero ambos príncipes, que entre tanto habían podido reforzar sus tropas, no tardaron en violar el tratado y de este modo los campesinos de Salzburgo se vieron obligados a sublevarse de nuevo. Los insurgentes se sostuvieron durante todo el invierno; en la primavera llegó Geismaier quien llevó a cabo una formidable campaña contra las tropas que avanzaban por todas partes. En una serie de combates brillantísimos que tuvieron lugar en mayo y junio de 1526, derrotó sucesivamente a los bávaros, austriacos, ligueros de Suabia y lansquenets del arzobispo de Salzburgo, impidiendo durante largo tiempo la unión de los diferentes ejércitos y aun tuvo tiempo para sitiar Radstat. Por fin tuvo que retirarse ante la enorme superioridad numérica de las fuerzas que lo cercaban; se abrió camino, conduciendo los restos de sus tropas a través de los Alpes austriacos al territorio veneciano. La república de Venecia y Suiza ofrecieron al incansable jefe campesino un punto de apoyo para nuevas intrigas. Durante un año trató de inducirlos a una guerra contra Austria que le daría una nueva oportunidad para sublevar a los campesinos. Pero mientras llevaba a cabo estas negociaciones murió víctima de un atentado; el archiduque Fernando y el arzobispo de Salzburgo no podían estar tranquilos, mientras aun viviese Geismaier y pagaron a un bandido que, en 1527, por fin, logró hacer desaparecer a tan peligroso revolucionario.

VII Las consecuencias de la guerra de los campesinos

Con la retirada de Geismaier sobre el territorio veneciano había llegado a su fin el último acto de la guerra campesina. En todas partes los trabajadores del campo estaban sometidos otra vez a la dominación de los señores eclesiásticos, nobles o patricios; no se respetaron los tratados que en algunos sitios se habían firmado; las antiguas cargas fueron aumentadas por las enormes indemnizaciones cuyo pago impusieron los vencedores a los vencidos. El más grandioso intento revolucionario del pueblo alemán terminó por una derrota vergonzosa y una opresión redoblada²⁷. Pero no fue la represión del movimiento la que a la larga hizo empeorar la situación de la clase campesina, pues antes de la guerra, la nobleza, los príncipes y los curas ya sacaban de sus vasallos lo que les era materialmente posible sacar; en aquella época la participación del campesino alemán en los productos de su trabajo, como la del proletariado de nuestros días, se limitaba al mínimo de medios de subsistencia, indispensable para su propio mantenimiento y para la reproducción de la clase campesina. De manera general no cabía ya una mayor explotación. Muchos campesinos acomodados estaban arruinados, un sinnúmero de vasallos había tenido que pasar a la servidumbre, grandes extensiones de tierra comunal habían sido confiscadas y por la destrucción de sus viviendas, la devastación de sus campos y el desorden general había arrojado a gran número de campesinos a la carretera entre los vagabundos o los plebeyos de las ciudades. Pero las guerras y las devastaciones eran fenómenos muy corrientes en aquella época, y el nivel de vida de la mayoría de los campesinos estaba tan bajo que su situación no podía ya empeorar a la larga a causa de los nuevos aumentos tributarios. Las guerras religiosas que siguieron y, por fin, la guerra de los treinta años con sus incesantes devastaciones y matanzas en masa fueron para los campesinos un golpe mucho más duro que la guerra campesina. Sobre todo, la guerra de los treinta años que aniquiló la mayor parte de las fuerzas productivas de la agricultura y que destruyó numerosas ciudades, fue la causa de la miseria verdaderamente espantosa en que durante mucho tiempo tuvieron que vivir los campesinos, plebeyos y burgueses arruinados.

Fue el *clero* quien más sufrió las consecuencias de la guerra campesina. Sus conventos y fundaciones habían sido quemados, sus tesoros robados y vendidos al extranjero o fundidos y sus provisiones se habían agotado. Los clérigos casi no habían podido oponer resistencia alguna, y el odio popular les había alcanzado con todo su vigor. Las demás clases, los príncipes, la nobleza y la burguesía hasta se alegraban en secreto por la mala suerte de los odiados prelados. La guerra de campesinos había popularizado la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio de los campesinos; los príncipes de sangre y una parte de las ciudades se pusieron a realizar esta secularización en su propio provecho; en los estados protestantes las propiedades de los prelados no tardaron en caer en manos de príncipes y patricios. Pero tampoco se había respetado la autoridad de los príncipes del clero, y los príncipes de sangre supieron aprovechar el odio popular

²⁷ El historiador burgués Engelhoff dice en su *Historia de Alemania durante la Reforma*, Berlín 1903, pág. 245... “Las atrocidades que cometieron unos reaccionarios faltos por completo del menor sentimiento humano, superaron diez veces todo lo que habían podido hacer los insurgentes [...] Se estima en 130.000 el número de campesinos muertos”.

en este sentido. Así vemos que el abad de Fulda terminó siendo un simple vasallo de Felipe de Hessen. Así la ciudad de Kempten obligó al príncipe abad a vender por un precio irrisorio una serie de valiosos privilegios que poseía en la ciudad.

También la *nobleza* había sufrido grandes daños. La mayor parte de sus castillos estaba en cenizas, muchas de las mejores familias estaban arruinadas y tuvieron que ganarse la vida al servicio de los príncipes. Su impotencia frente a los campesinos había quedado patente; la nobleza había sido derrotada en todas partes y forzada a capitular: lo único que la salvó fue la intervención de los ejércitos de los príncipes. La nobleza tuvo que perder su significación como clase imperial libre para caer más y más bajo la dependencia de los príncipes.

Tampoco las *ciudades* sacaron gran provecho de la guerra campesina. La dominación de los “honorables” quedó asegurada de nuevo; la oposición de los ciudadanos estaba quebrantada por mucho tiempo. Así la vieja rutina de los patricios fue sobreviviéndose hasta la revolución francesa, paralizando totalmente el comercio y la industria. Los príncipes hacían responsables a las ciudades de los éxitos momentáneos que en su seno había obtenido el partido burgués o plebeyo durante la lucha. Muchas ciudades que desde tiempo atrás formaban parte del territorio de los príncipes, sufrieron grandes perjuicios, se les privó de sus privilegios, entregándolas de manos atadas a la arbitrariedad de los príncipes explotadores, (p. e., Franken, Nansen, Arnstadt, Schmaikhalden, Witsburgo, etc.), muchas ciudades libres, aunque no fueron incorporadas a los principados (como Mühlhausen), pasaron a depender moralmente de los príncipes vecinos: así sucedió con un gran número de ciudades imperiales en Franconia.

Los *príncipes* fueron los únicos que en estas circunstancias pudieron sacar algún provecho de los resultados de la guerra campesina. Hemos visto en el comienzo de nuestra exposición que el incompleto desarrollo industrial, comercial y agrícola de Alemania hacía imposible toda centralización y unión de los alemanes en una *nación*, no permitiendo más que una centralización local o provincial; los príncipes eran los representantes de esta centralización dentro de la división y formaban la clase a la que únicamente debía beneficiar todo cambio de las condiciones sociales y políticas de la época. El nivel que había alcanzado Alemania era tan bajo, y el desarrollo de las diferentes provincias tan desigual, que al lado de los principados seculares aun podían subsistir soberanías eclesiásticas, ciudades republicanas y condes y barones independientes. Sin embargo, la evolución tendía, aunque lenta y penosamente, hacia la centralización *provincial*, es decir hacia la subordinación de las demás clases bajo la de los príncipes. Ellos por consiguiente fueron los únicos que podían ganar algo en la guerra de los campesinos y así fue. Ganaron, no sólo relativamente por debilitarse sus rivales, el clero, la nobleza y las ciudades, sino, también, llevándose lo mejor del botín. Los bienes eclesiásticos fueron secularizados en su beneficio; una parte de la nobleza más o menos arruinada tuvo que irse acogiendo bajo su soberanía; las indemnizaciones de las ciudades y de los campesinos vinieron a aumentar sus caudales; además las oportunidades de practicar sus operaciones financieras predilectas aumentaron de manera insólita al suprimirse la gran cantidad de privilegios de las ciudades.

El principal efecto de la guerra de campesinos fue agudizar y consolidar la división política de Alemania, esta misma división que había sido la causa del fracaso.

Hemos visto que Alemania estaba no solamente dividida en un sinnúmero de provincias independientes y totalmente ajenas unas a otras, sino que también en cada provincia la nación se dividía en numerosas clases y fracciones de clases. Además de los príncipes y curas nos encontramos con la nobleza y los campesinos en el campo y con los burgueses y plebeyos en las ciudades formando clases con intereses totalmente distintos, cuando no contrarios. Por encima de todos estos intereses tan complicados estaban

todavía los del emperador y del papa. Hemos visto como todas estas tendencias llegaron por fin (aunque de manera lenta, incompleta y desigual según las reuniones) a formar tres grandes grupos; hemos visto que a pesar de existir estos grupos cuya formación tanto trabajo había costado, cada clase se oponía por su parte a la evolución nacional por el cauce que le fijaban las circunstancias de la época. Y como cada clase quería ir al movimiento por su propia cuenta, entró en conflicto no sólo con todas las clases conservadoras, sino también con las demás clases de la oposición, teniendo que sucumbir finalmente. Así la nobleza en la sublevación de Sickingen, los campesinos en la guerra campesina, los burgueses con su Reforma moderada. Así los mismos campesinos no llegaron en las demás regiones alemanas a un acuerdo para la acción común con los plebeyos, entorpeciendo ambos el camino. Asimismo, hemos visto cuáles fueron las causas de esta fragmentación de la lucha de clases, de la consiguiente derrota total del movimiento revolucionario y de la derrota parcial del movimiento burgués.

La precedente exposición habrá demostrado a todos que la división local y provincial y el consiguiente particularismo hizo que se hundiera todo el movimiento; se había visto, cómo ni los burgueses, ni los campesinos, ni los plebeyos llegaron a la unidad de acción en la nación entera, como en cada provincia los campesinos actuaban por su propia cuenta negándose a ayudar a sus vecinos y cómo de esta manera fueron aniquilados aisladamente en sucesivas batallas y por ejércitos que ni siquiera sumaban la décima parte de la totalidad de los insurgentes. Los diferentes armisticios y tratados que algunos destacamentos aislados firmaron con sus adversarios constituyen otros tantos actos de traición a la causa común; el hecho de que los destacamentos se agrupasen, no con el fin de llevar a cabo, ellos mismos, una acción común, sino forzados, bajo la amenaza de sucumbir ante un enemigo común; constituye la prueba más contundente de la indiferencia que los campesinos de una provincia mantenían frente a los de otra a consecuencia de su mutuo desconocimiento

También allí es evidente la analogía con el movimiento de 1848-1850. También en 1848 estaban en pugna los intereses de las diferentes clases de la oposición, y cada una actuaba por su propia cuenta. La burguesía se había desarrollado lo suficiente para no tolerar ya el absolutismo burocrático-feudal, pero aún no tenía bastante fuerza para subordinar los deseos de otras clases a los suyos. El proletariado era aún demasiado débil para poder confiar en una rápida superación del periodo burgués y en una pronta conquista del poder; en cambio ya había podido apreciar bajo el absolutismo las delicias del régimen burgués y ya había adquirido el suficiente desarrollo para no dudar ni un momento de que la emancipación de la burguesía no era su propia emancipación. La masa de la nación, los pequeñoburgueses, artesanos y campesinos, se vio abandonada por la burguesía que aún era su aliado natural, pero que ya la consideraba como demasiado revolucionaria, y también en algunos casos por el proletariado por no ser bastante avanzada; como estaba dividida entre sí, ella tampoco pudo conseguir nada hallándose en oposición continua contra sus aliados de derecha e izquierda. Por fin el particularismo de los campesinos en 1525 no pudo ser mayor que el de todas las clases que tomaron parte en el movimiento de 1848. Lo demuestran con claridad diáfana las cien diferentes revoluciones locales seguidas de otras cien contrarrevoluciones llevadas a cabo con la misma facilidad y el mantenimiento final de la división en estados fragmentarios. *Quienes conociendo los resultados de las dos revoluciones alemanas de 1525 y de 1848 todavía son capaces de divagar sobre la "república federal" no merecen sino ser encerrados en un manicomio.*

Pero a pesar de tantas analogías, ambas revoluciones, la del siglo XVI como la de 1848-1850 se diferencian profundamente. La revolución de 1848, si bien no demuestra nada a favor de los progresos realizados en Alemania, por lo menos pone de manifiesto el progreso de Europa.

¿Quién se benefició con la revolución de 1525? Los príncipes. ¿Quién se benefició con la revolución de 1848? Los *grandes* príncipes, es decir Austria y Prusia. Detrás de los pequeños príncipes de 1525 se ocultaban los burgueses mezquinos de la época, que los tenían mediatizados por ser ellos quienes concedían y pagaban el impuesto, mientras los grandes príncipes de 1850, es decir, Austria y Prusia, representaban a los grandes burgueses modernos que los tienen bajo su férula, que es la deuda del estado. Pero detrás de los grandes burgueses están los proletarios.

La revolución de 1525 fue un asunto particular de Alemania. Los ingleses, franceses, checos y húngaros ya habían hecho su guerra de campesinos, cuando los alemanes empezaron a hacerla. Si Alemania estaba dividida, Europa lo estaba mucho más. La revolución de 1848 no fue un asunto particular de Alemania, sino parte de un gran acontecimiento europeo. Las causas que la motivaron y que no dejaron de influir en ella durante todo su transcurso no se producen en un sólo país, ni siquiera en un solo continente. Al contrario, los países que fueron el teatro de esta revolución son los que menos participaron en su génesis. No son sino materia más o menos amorfa e inconsciente, transformada en el curso de un proceso en el que ahora participa el mundo entero y por un movimiento que en las condiciones actuales de la sociedad no nos puede aparecer sino como una potencia extraña, aunque por fin resulta ser nuestro propio movimiento. La revolución de 1848-1850 no puede, por lo tanto, terminar como la de 1525.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
 - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria



